

Selecta

A trail of small, blue, stylized ants is scattered across the top half of the page, appearing to fly or crawl around the title text.

Hormigas en los pantalones



AGATHA ALLEN

Hormigas en los pantalones

Agatha Allen

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Dedicado a los jóvenes de todas las edades.

Capítulo 1

Mark Hale fue el seudónimo que se puso Antonio Febres cuando todavía era muy joven y empezaba a chapurrear inglés. Mark Hale era un adolescente marcado por la educación religiosa, un estudiante vago, un «aprendiz de hombre», como rezaba el título del libro de FEN[1], de Gonzalo Torrente Ballester. Debía de tener ya quince años y todavía vivía fantasías en las que era un líder cargado de desparpajo. Si en la vida real era timorato y poco destacado en los deportes, en las fantasías se liaba a puñetazos con el más pintado, era un as del balón y el primero de la clase. Unas veces era un fornido habitante de la selva, un Tarzán que tenía su cabaña en la copa de un árbol frondoso, y otras era un jugador internacional que daba a España días de gloria en los mundiales de fútbol. En otras ocasiones se figuraba dotado de la facultad de volar, como Superman, o inventaba paraísos fabulosos, sobre nubes de colores, entre músicas celestiales, donde podía contemplar al mismísimo Creador. Otras veces, en fin, se veía como un gran sabio, benefactor de la humanidad, o como un gran escritor, merecedor del Premio Nobel.

No había descubierto aún a las chicas, a las que veía como seres parecidos a los chicos, solo que con el pelo más largo y con dos pechos puntiagudos. Generalmente llevaban faldas a cuadros, porque eran colegialas de uniforme. Tampoco había descubierto aún los libros de texto, que se limitaba a comprar y arrinconar cada nuevo curso, aunque al final siempre acababa aprobando, un poco por lo que oía y otro poco por lo que adivinaba. Entonces fue cuando se le ocurrió que los libros servían para ser leídos, además de ser nidos de ácaros, y empezó a leer las lecciones antes de acudir a los exámenes, con un resultado espectacular: obtuvo buenas calificaciones y pasó a ser respetado, se convirtió de la noche a la mañana en un joven educado e inteligente, un modelo a seguir, una lumbrera. Parecía mentira que los libros pudieran transformar tan radicalmente a una persona con solo tomarse la molestia de leerlos.

Claro que siguió abandonándose a sus fantasías, pero en lugar de hacerlo en clase, lo hacía en misa, o en el cine, añadiendo mentalmente episodios a las películas, con lo que las dejaba mucho más presentables. También soñaba despierto después de comer, sentado en la mecedora de la abuela, o cuando se acostaba, mientras le entraba el sueño, que siempre dejaba inconcluso alguno de sus lances desafortunados.

Por lo que respecta a las chicas, decidió investigar ese campo empujado más por la curiosidad que por otra cosa, por si ocurría como con los libros, que se obraba un milagro cuando uno les dedicaba un poco de atención. Se unió a un grupito de colegiales que por la tarde, a la hora de merendar, iban a ver salir a las niñas del colegio. Salían en grupos, sonriendo y haciendo monerías, cambiando de posición dentro del mismo corrillo, a medida que avanzaban, soltando alguna que otra risita estentórea y diciendo frases enteras en voz tan alta que se oía perfectamente a lo largo y a lo ancho de la calle. Ellos, por su parte, se sentaban en el alféizar de algún escaparate a verlas pasar, sin atreverse a hablarles, y se decían secretos del tipo: ---Esta es «la mía».

O bien: ---Me ha mirado.

O: ---Está en el bote.

Alguno, más atrevido, se acercaba y entablaba conversación con «su» chica, y luego acompañaba a las amigas camino de sus casas, como si lo necesitaran, como si no lo conocieran perfectamente, lo cual era para Hale una tremenda pérdida de tiempo, porque para colmo el acompañante tenía que desviarse de su propio camino.

De modo que Hale se convenció pronto de que con aquello no iba a parecer más listo, como ocurría con los libros, y de que más bien sería considerado un papanatas, porque era un incordio tener que mirar fijamente a una chica para luego atreverse a abordarla y hablar con ella de cien cosas inútiles, entre las risitas y comentarios por lo bajo de sus amigas, acompañándolas en una dirección que no le convenía en absoluto. Pero se convenció asimismo de que no había más remedio que hacerlo, a menos que quisiera que le llamaran marica, y tuvo que escoger a «su» chica, una delgaducha de pelo trigueño y ojos chispeantes, y se puso a mirarla con la misma insistencia que si tuviera monos en la cara. Aquella noche, cuando regresaba cabizbajo a su casa, pensaba Hale que la chica se habría molestado por mirarla como si tuviera cara de pendejo, y que otro día se lo haría pagar

con algún tipo de desplante.

Pero para su sorpresa, cuando al otro día se resignó a volver a mirarla de hito en hito, ella le correspondió clavándole la vista en los ojos, con lo que Hale se ruborizó sobremanera y tuvo que agachar la cabeza.

---¡Ya es «tuya»! ---dijo alguien a su lado---, ¿Viste cómo te miraba?

Entonces Hale se vio forzado a dar el paso siguiente y acercarse a la delgaducha para entablar diálogo, lo cual resultó sumamente embarazoso, porque de qué iban a hablar, si no se habían visto en su vida. Fue entonces cuando Mark Hale supo para qué servían las chicas: cuando uno las había mirado como a un bicho raro, cuando se les había acercado y había intercambiado con ellas una conversación ridícula, uno ya podía referirse a la trigueña larguirucha de ojos chispeantes como «su» chica, y uno se convertía en «todo un hombre», mucho más hombre que con el libro de Torrente Ballester, y tenía la mar de mérito ante todo el mundo.

De modo que Hale, a los quince años, ya era todo un hombre.

Pasó el invierno y llegó la primavera. Los árboles fueron poblándose de hojas. Hale pensó que cuando tuviera vacaciones descansaría no solo de ser listo, sino también de ser hombre, y dejaría aquellos paseillos absurdos y aquellas conversaciones huecas que a nada conducían. Una noche de mayo, Hale soñó que «su» chica salía de detrás del altar, acompañada por su mejor amiga, durante la celebración del mes de María. Tanto «su» chica, la trigueña escuálida de ojos chispeantes, como la amiga, que tenía una larga cabellera lacia y oscura, eran tan elásticas que de pronto se estiraban muchísimo y llegaban hasta el cielo, y ambas blandían sendos ramilletes de violetas con dos lirios virginales. El celebrante, que estaba orlado con un resplandor de oro, que surgía claramente de la casulla, y tenía una papada de carne fofa, tomaba las flores y se las entregaba al monaguillo para que las repartiera entre los presentes, que asistían a la ceremonia con la devoción propia del mes de María.

---Pero no puedo repartir tan poca cosa entre tanta gente ---protestaba el monaguillo.

---Tú repártelo.

El monaguillo se encogía de hombros y procedía al reparto, y entonces se producía una nueva edición del milagro de los panes y los peces, solo que esta vez era a base de lirios y violetas. Cuantos más repartía, más tenía, y las flores daban abasto para todo el mundo.

Entonces el cura sentaba a las chicas en la primera fila de bancos y les cortaba el pelo con una pericia envidiable, y luego les pasaba la navaja, de hoja centelleante, como si fuera de plata bruñida, sobre el cráneo envuelto en una nube de espuma y les dejaba la cabeza monda y lironda como una bola de billar. Se veía a las claras que el hombre se desvivía por ejercer su oficio con maestría, y que escondía un cuerno de la abundancia bajo el suave tejido de la casulla. Desde el fondo de su indignación, Hale arrancaba el cuerno de la abundancia al celebrante, y dicho cuerno derramaba conserva de manzanas verdes. Hale se inclinaba sobre las chicas y veía que tenían los ojos vacíos y profundos como pozos, llenos de luz, y acto seguido se despertaba.

¡Uf, menos mal! Todo había sido un sueño.

Al acudir al baño, Mark Hale se dio cuenta de que tenía el calzoncillo empapado en una especie de mermelada blanca, pegajosa, que olía raro, y se le representó otra vez el cuerno de la abundancia y la conserva de manzanas del celebrante. Pensó que había pecado, y tuvo miedo de que si moría aquella noche se iba a condenar. Se pasó un buen rato tiritando, antes de lograr calmarse y volverse a dormir, y al día siguiente le faltó tiempo para acudir a confesarse.

---Los sueños no son pecado ---dijo el confesor.

---Pero...

---El depósito se llena y tiene que vaciarse. Reza tres padrenuestros y tres avemarías.

Capítulo 2

Hale pasó un verano muy placentero. Se levantaba tarde, iba a bañarse en bicicleta, dormía la siesta con la miel de sus fantasías en los labios y escuchaba discos en el tocadiscos de su padre. Escuchaba zarzuelas, pero evitaba decírselo a los amigos, y también escuchaba discos de los que compraba su prima o incluso él mismo, con sus pobres ahorrillos; discos de Paul Anka, de los Sírex y los Beatles; también tenía uno de Sara Montiel, *El último Cuplé*, uno de *twist* y uno de charlestón. Hale los ponía una y otra vez, incansable, sin orden ni concierto, pese a que sus amigos acabaron enterándose y se burlaban de su afición a las melodías lánguidas y altisonantes de su padre. Ellos escuchaban solo música moderna, así la llamaban, en un tocadiscos portátil que parecía una maleta y que nada tenía que ver con la voluminosa radiogramola Telefunken de su padre. La radiogramola tenía una tapa de madera en la parte superior que parecía la tapadera del váter, solo que debajo se ubicaba el plato giratorio, provisto de tres velocidades. Los discos de su padre eran de 33 revoluciones y un tercio por minuto, mientras que los de los amigos de Hale eran todos de 45 rpm, y el ritmo también era más animadito. Escuchaban a los Animals, los Who, los Kinks, los Rolling Stones y aprendían inglés intentando descifrar las letras de las canciones, que a veces contenían mensajes tan significativos como el de *Muy lejos de aquí*, de los Animals: *We gotta get out of this place, if it's the last thing we ever do*[2].

Por entonces Hale y sus amigos empezaron a ir a la caza de las primeras turistas que se dejaban ver por el país. Hale iba a recordar toda su vida la primera vez que abordaron a un grupo de inglesas en la avenida. Eran mucho mayores que ellos, por no decir viejas, y desde luego menos atractivas que «su» chica, aunque, eso sí, eran mucho más altas y aun flacas. Pese a que no le gustaban lo más mínimo, Hale posó su mano sobre el hombro de una de ellas, como quien no quiere la cosa, y dijo un par de frases mal trabadas en inglés, ante la sorpresa de las divertidas mujeres, y luego retiró la mano como si se quemara, aun antes de que la inglesa se zafara del burdo abrazo. Ni que decir

tiene que esta hazaña le valió a Hale ser considerado «más hombre todavía» que cuando acompañaba a la trigueña larguirucha en tediosos paseos hasta su casa.

Poco tiempo después dos de los amigos que ya no estaban en el colegio, porque se conformaban con el bachillerato elemental, «ligaron» con un par de vistosas jovencitas y las pasearon por todas partes en el Simca 1000 del padre de uno de ellos. Era la primera conquista formal que se registraba entre los integrantes del grupo, y aquello fue tenido como una verdadera proeza, porque al decir de los amigos, las turistas chupaban de verdad y no eran ni con mucho tan modositas como las nativas.

Pero lo cierto es que las jovencitas escaseaban, y en cambio abundaban las «suecas» viejas ---entonces todas las guiris eran llamadas suecas---, y si había un par de niñas que jugaban a ser emancipadas resultaba todo un filón, por culpa de la abstinencia represiva que imperaba en el país. Bastaba con besar a una chica de buen ver y manosearla con impunidad para comprobar que el cielo estaba al alcance de la mano. A partir de entonces, a partir de aquella experiencia reveladora, Hale y sus amigos se dejaron el pelo largo, pese a que sus padres ponían el grito en el cielo y prometían raparles una noche mientras durmieran, y pese a que las chicas que antes acompañaban en insulsos paseos hasta sus casas decían al verles: ---Mira, ahí vienen las nenas.

Eso fue después de aquel verano en el que Hale se dedicó enteramente a sus ensueños y a vegetar tendido en la playa o sobre la cama. Todavía era muy niño; se limitaba a ir todas las noches al cine con su tío, igual que los veranos anteriores, y luego elucubraba a partir de las imágenes que más le habían gustado. Las películas eran reposiciones de temporadas pasadas, y alguna de ellas, como *Mundo de Noche*, la había visto Hale varias veces. Pero todavía le gustaba; le fascinaban las escenas de *ballet* en las que una mujer vestida con una malla negra, ceñida, muy atrevida para la época, volaba literalmente en brazos de sus compañeros de baile; se envaraba, se enroscaba al cuerpo de los bailarines y salía volando, y luego planeaba y era recogida antes de que se descrismara, y en su rostro no había ni una sombra de miedo, antes bien osadía, desparpajo, desafío; un desafío insultante...

Hale sustituía la cara de aquella bailarina por la de Calíope, una muchacha bonita, muy desenvuelta que acababa de conocer. Se la había presentado su prima, de manera más o menos formal, y era hija de un catedrático de instituto enamorado de la antigüedad clásica que había conseguido ponerle Calíope,

pese a la rigidez de las normas de registro civil en aquellos tiempos. Desde luego, tenía tres o cuatro años más que Hale; cualquiera tenía tres o cuatro años más que Hale por aquel entonces. Salieron con su prima y con el novio de su prima, y Calíope se emborrachó un poquito y se le acercó un mucho, bajándose un tirante para mostrarle cómo se había tostado la espalda en pocos días. Desde luego se había tostado, porque Hale se extasió en la contemplación de aquella piel blanca como la leche, donde nacían los pechos diminutos, recatados por el sugerente sostén blanco, y dijo, señalando con el dedo: ---Pero ahí no te has tostado.

---No, ahí no.

Hale aún estaba sorprendido de su propio atrevimiento y Calíope le guiñó un ojo con un mohín que le pareció encantador.

Después, mientras Calíope permaneció de vacaciones, Hale bajó algunas veces con ella a la playa, y con su prima y el novio de su prima. La prima de Hale se ponía un traje de baño estampado, un poco desteñido por el uso, y Calíope llevaba uno azul celeste, lleno de pequeños pliegues elásticos que la hacían parecer un hojaldre sumamente apetitoso. El novio, que era un poco calvo, tenía las piernas muy delgadas y muy blancas, y lucía un Meyba que le quedaba algo grande y se hinchaba como un globo cuando se zambullía en el mar. Al salir, chorreando agua y sonriendo de oreja a oreja, decía que iba a subirse a unas rocas para hacer el salto del ángel, y efectivamente lo hacía, y resultaba un ángel escuchimizado y bonachón, pero para decepción de Hale no se demoraba mucho en caer, como si fuera tan liviano como una pluma, ni se enroscaba en el aire para hacer piruetas como un avión o un atleta circense.

La prima de Hale no era guapa, pero tampoco fea. Ella misma decía que era una chica «del montón», y Hale se figuraba que en alguna parte había un montón de chicas y que uno podía acudir a escoger la que más le gustara sin tener que pagar por ella. La prima ponía mucha fantasía en su melenita, que lucía lisa y siempre bien peinada, como si acabara de salir de la peluquería, y tenía unos ojos azules realmente bonitos, probablemente lo mejor de su cara. Era de complexión delgada, huesuda, y la verdad es que de tipo no estaba nada mal. Cuando llevaba un buen rato al sol solía entrarle calor y se desataba los tirantes para darse crema bronceadora. Luego se quedaba tendida, inmóvil, con los ojos cerrados, como ebria de sol. Al tenderse de espaldas, con los tirantes sueltos, los pechos se le aplastaban contra el suelo y se le desbordaban por los lados, y con la piel dorada destacando los promontorios

de sus huesos casi parecía una diosa. Una diosa menor, tal vez, o la esclava segundona y dadivosa del harén de un sultán, pero diosa al fin y al cabo. Y si se agachaba mostraba buena parte de los pechos por el escote, immaculados, y se antojaban duros y puntiagudos, como estalactitas.

Calíope se soltaba también los tirantes. En realidad solía hacerlo antes que su prima y con mayor frecuencia que ella. Hale pensaba que lo hacía adrede para tentarle, pese a que era casi un niño, o tal vez precisamente porque era casi un niño. Muchas veces lo miraba de soslayo y sonreía por lo bajo, como mofándose de su impericia. Incluso tiraba del sujetador, para bajarlo un poco y sugerir la visión de sus pechitos respingones, niveos en comparación con el resto de la piel bronceada.

Nunca llegó a nada con Calíope; seguramente de haberlo intentado ella le hubiera dicho: ---Pero qué te has creído, niñato de mierda.

Nunca llegó a nada, pero muchas veces imaginó que los dos se alejaban a nado de la playa, descansando a trechos en un colchón hinchable, y llegaban casi sin darse cuenta a alta mar. Entonces a Hale le entraba un poco de miedo y proponía regresar. Pero Calíope se soltaba los tirantes y se subía al colchón para tumbarse de espaldas.

---Déjame que tome el sol.

Hale no sabía qué hacer. Notaba una erección debajo del agua y contemplaba, al principio con disimulo, los cabellos mojados de Calíope, su cuello de cisne, sus dos montecillos seductores que subían y bajaban con la respiración y con el vaivén propio del mar. Después pasaba un velero tripulado por marineros audaces que les invitaban a subir a bordo. Calíope trepaba por la escalerilla y departía con los hombres con la mayor naturalidad del mundo.

Al anochecer encendían hogueras y Calíope bailaba blandiendo una bengala que parecía que iba a estallar y que por fuerza tenía que lastimarle con las centellas. Su actuación era muy celebrada por los hombres, que bebían y gritaban excitados. Cuando la luna estaba ya en lo alto del cielo caía un silencio espeso, solamente estorbado por el ronroneo de las olas del mar y los gemidos de Calíope, que se libraba a los brazos de los hombres. Y si Hale se acercaba, solícito, para socorrerla, nada más que para socorrerla, ella le espetaba con desdén: ---¡Vete a la mierda, niñato!

Y se desternillaba de risa.

Capítulo 3

Calíope se marchó cuando se le acabaron las vacaciones y Hale no volvió a saber de ella. En realidad no la «amaba». Su recuerdo era solo unos ojillos vivarachos que siempre sonreían, aun sin motivo, una cabellera negra y una piel cetrina, empapada en sudor salado como el agua del mar. Se la imaginó desamparada y a su merced, eso sí, y luego le entraba remordimiento y tenía que confesarse; a continuación pasaba varias semanas sin figurársela en situaciones pecaminosas, varias semanas de «abstinencia» y acababa volviendo a caer en la tentación; entonces el confesor le decía que Jesucristo había dicho que había que perdonar setenta veces siete, es decir, siempre, y reiteraba que si lo que «veía» era en sueños que no se preocupara, porque el depósito se llenaba, etcétera.

Pero no era solo en sueños, porque en las apacibles tardes de septiembre, cuando solo había clase por la mañana, Hale se estaba hojeando algunas revistas francesas donde las chicas ya venían en bikini. Eran revistas atrasadas que le habían regalado para que practicara francés, y ciertamente se esforzaba en entender lo que decían los anuncios de ropa interior femenina, en los que aparecían chicas muy monas en bragas y sostén, o anuncios de cremas revitalizadoras y fortalecedoras del busto. Había modelitos de sostén --- *soutien-gorge*, decían en francés--- de todos los tamaños, graciosamente adornados con puntillas; los había blancos y negros, que se abrochaban por delante o por detrás. Y también había «bustos» de todas las formas y tamaños. En uno de los anuncios de crema para desarrollar salía una señora de «senos» formidables, moldeados en doble curva, como las astas de un toro de Miura. Hale creía que unos cántaros tan grandes no podían ser de verdad, sobre todo por lo firmes que se veían; aquello, por fuerza, tenía que estar pintado; pero estaba muy bien pintado, porque mismamente parecía una fotografía.

Había también fotos de bañadores; salía una chica con bikini blanco y gafas oscuras corriendo por la playa, y estaba muy delgada y muy bien proporcionada. Con solo ver la foto a Hale le parecía oler el perfume de su

cuerpo. Imaginaba que corría detrás de ella, pero ella le llevaba un buen trecho de ventaja, y además estaba habituada a correr, porque no se cansaba, de modo que no llegaba a atraparla. Lo cierto es que tampoco se atrevía a apretar mucho el paso, pero al caer la noche alcanzaban las puertas de un castillo solitario, la chica llamaba, le abrían, entraba, y Hale también entraba detrás de ella, y seguían los pasos de una guía mestiza que alumbraba el camino con una vela encendida.

Llegaban a una sala espaciosa, a cuyos lados se alineaban muchas muchachas morenas, sin que hubiera una sola rubia. La guía depositaba la vela en un candelabro y, ayudada por unas cuantas sirvientas, lavaba a Hale en una tina de agua tibia. Luego le ungían con perfumes y le daban a beber una gran copa de vino. Finalmente, le ponían unos calzoncillos de cuero negro, y las sirvientas abrían la boca para mostrarle los dientes con una sonrisa preciosa.

Acto seguido se encendía un foco en el centro de la sala y sobre una mesa con mantel blanco se hallaba tendida la chica del bikini blanco que había venido siguiendo. Hale avanzaba mecánicamente hacia ella y, al hacerlo, veía que detrás de la chica había un trono de oro, en el cual estaba sentada la mujer del busto enorme, la de la crema fortalecedora y desarrolladora, la que parecía pintada, y lo miraba con una mueca burlona. Hale se estremecía. La mujer se levantaba y avanzaba hacia él sin dejar de mirarle. Cuando estaba muy cerca se inclinaba ostentosamente y decía:

---Toca y cata, que son de verdad.

Hale no se atrevía a tocar ni a catar, estaba demasiado mareado, a punto de desvanecerse, y no era para menos, puesto que aquellas domingas colosales emanaban una fragancia embriagadora.

A continuación servían manjares exquisitos, y Hale comía glotonamente hasta el alba, cuya luz incierta asomaba por una trampilla del techo. La chica del bikini blanco se dedicaba a bailar, moviéndose voluptuosamente por toda la sala, invadida por la luz del amanecer. Hale parpadeaba afligido porque había vuelto a las andadas. Le invadía una enorme zozobra, un inmenso sentimiento de culpa, y se arrepentía y sentía asco de sí mismo. Mentalmente pedía perdón a Dios: «Señor, yo no soy digno de que entres en mi morada», decía, «mas di una sola palabra y mi alma quedará sana», y le pedía también fuerzas para no volver a pecar, rezando un padrenuestro.

---Y no nos dejes caer en la tentación...

Capítulo 4

Hale aún tuvo oportunidad de conocer a una chica francesa aquel mismo mes. Todavía hacía calor y todas las tardes iba a bañarse a una calita donde había cinco francesitas de muy buen ver que debían de ser de las primeras que se atrevían a llevar bikini por allí. Hale se pasaba el rato mirando, sin atreverse a acercárseles. Se fijó en que se intercambiaban el bikini. Unos días una llevaba el blanco, o el azul, o el rayado, y otros días lo llevaba otra. El que no cambiaba nunca de propietaria era el negro. Por lo que hace a la quinta chica no llevaba nunca bikini, sino un traje de baño oscuro. El bikini negro era de uso exclusivo de Marie, una rubita de curvas deliciosas y perfectas.

Las cinco francesitas estaban siempre rodeadas por una corte de tarzanes que farfullaban un francés deprimente y eran como sus ángeles custodios. Pero un día, al salir del mar, Marie, la rubita pajiza del bikini negro, se quedó mirando a Hale después de sacudirse el agua casi como un perro, y le sonrió largamente y con franqueza. A Hale se le hizo un nudo en la garganta y no pudo articular palabra, pese a que hablaba francés bastante bien. La volvió a ver durante las fiestas patronales de un pueblo cercano, y estaba sola, pero Hale fue igualmente incapaz de aproximársele. Había baile en la plaza, pero Hale no bailaba, sino que bebía con sus amigos en el chiringuito montado al efecto. Hale bebía sin demasiada convicción y se cansó pronto, de modo que fue a sentarse en un banco, que por cierto estaba atiborrado de gente. Sin que Hale se diera cuenta, Marie logró sentarse a su lado, y le ofreció un trago de su propio vaso.

---*Tu veux boire?*[3]

Hale la miró, perplejo.

---*Boire, tu comprends?*[4]

Hale estuvo a punto de decir: «*Oh, yes*», pero reaccionó a tiempo. Ahora que solo se atrevió a beber mecánicamente y agradecer la confianza con una sonrisa. La chica bebió a su vez y entonces Hale se encontró diciendo: ---*Qu'est-ce que c'est?*

Era la primera pregunta de la primera lección del manual de francés. La bebida, en cambio, era menos prosaica, menta con agua, algo que, según Marie, se bebía mucho en Francia. Hale debió de decir que le había gustado y luego, como el vaso estaba prácticamente vacío, aventuró: ---*Est-ce que je peux t'inviter?*[5]

---*Bon.*[6]

Bebieron. Bailaron. Hale bailaba muy mal y la chica bailaba muy bien. Hale pensaba que estaba muy buena y se ponía a cien. Uno de sus amigos le pellizcó y le llamó algo así como «ligón», lo cual debió de ser como una palabra mágica, porque entonces Hale adquirió, súbitamente, el aplomo que nunca había tenido con una chica. Se besaron y el amigo en cuestión no paraba de guiñarle el ojo desde el chiringuito, pero él estaba como fuera de sí y no se enteraba de nada. Luego continuaron bailando; bailaron hasta la madrugada, hasta que calló la música en la pista de baile, improvisada en medio de la calzada, y de sus amigos solo quedaba el de los guiños, que seguía sonriendo como un papanatas.

Después, claro, Hale fue como un héroe nacional entre sus amigos, que no consiguieron que les contara nada, pero tampoco desmintió nada de lo que dejaban entender. En realidad no había pasado gran cosa. Cuando Hale llegó a su casa meó contra la pared del garaje y la forma que quedó, más oscura sobre el zócalo pintado de rojo, tenía la forma de Marie. Entonces Hale imaginó todo lo que pudo haber sido y no fue, y lo imaginó con tanto verismo que hasta acabó creyéndoselo. Se vio detrás de una cerca, a la luz de la luna, emborrachándose de la esencia mentolada de aquella mujer dadivosa, como si estuviera en un paraíso particular. Sabía que, dijera lo que dijera, hiciera lo que hiciera, todo le iba a salir bien, porque aquella noche era uno de los «elegidos». Naturalmente, le dijo que estaba requetebién en bikini, y Marie sonrió, y se las arregló para hacerle ver que debajo llevaba puesto, precisamente, el bikini negro, el mismo bikini negro de la calita, el que rondaban los zánganos nativos chapurreando francés. Y Hale se puso fuera de sí y no sabía lo que hacía y, bueno, rodaron por el suelo y ella le reñía pero, vaya, se dejaba hacer y sonreía, mimosa, cuando su madre, la madre de Hale, apareció en la puerta del garaje en camión y puso el grito en el cielo cuando vio que había vuelto a mear contra la pared.

Capítulo 5

Hale volvió a ver a la francesita Marie, pero estaba rodeada de tarzanes las más de las veces, y esto le inhibía a la hora de acercársele. Algún tiempo después acabó desapareciendo de la calita, junto con sus compañeras y con los moscones musculosos. Se fue sin despedirse, o despidiéndose a la francesa, y los amigos le decían a Hale que había desperdiciado un verdadero filón.

---Te la podrías haber tirado todos los días, y ella te habría estado agradecida, porque las francesas son muy agradecidas.

Hale se sintió un poco triste, pero no mucho.

Se dedicó a estudiar con ahínco, como el año anterior, y adquirió fama de chico formal, inteligente y aplicado. Era de los más destacados de su clase, una clase de buenos alumnos, jóvenes que prometían mucho, cuyos padres se jactaban ---un «si es no, es veladamente»--- de la valía de sus hijos.

Pero Hale seguía siendo un muchacho solitario y poco sociable. Salía con sus amigos raros y melenudos, y durante el intervalo que en el colegio les dejaban para la merienda escuchaban *singles*[7] de conjuntos de moda, y llevaban esas canciones a los guateques y aún se atrevían a pedir a los curas que las pusieran por los altavoces del patio, los días de fiesta, y les decían que aquella era una música respetuosa, que incluso contenía versículos de la Biblia, como la canción *Turn, turn, turn*[8], de los Byrds.

A time for life, a time for death A time for love, a time for hate[9]

---Sí, sí que es de la Biblia.

Hale se preguntaba si aquellos curas jóvenes, ya hombres hechos y derechos, no eran más niños y estaban más reprimidos que ellos mismos.

Lo cierto es que en el patio había pocos chicos que se interesaran por la música de los Byrds. La mayoría seguían jugando al fútbol tan campantes. Hale y sus amigos sabían que ellos eran distintos, que ellos eran jóvenes rebeldes y vivían en otro mundo. No conseguían entender cómo sus padres podían escuchar las memeces que decían en los diarios hablados de la radio,

porque televisión solo tenían en casa del ricachón de la clase; Hale había visto una vez la televisión y todo aparecía tan borroso que no distinguías nada. El padre de Hale era de los que escuchaban la radio, y cuando el hijo decía que los diarios hablados eran una porquería, su padre decía: ---Pues a mí me gustan. Te enteras de cosas.

Un poco subrepticamente, Hale se buscó otra chica, puesto que la del año anterior, la rubita larguirucha, ya tenía novio formal, y había que agotar todas las posibilidades y probar también lo del amor platónico. Era una chica morena, de ojos negros y pelo lacio, a la que pretendían lo menos una docena de chicos del colegio. Todos la miraban y adoraban desde lejos, y Hale probó a dedicarle sus fantasías más puras: naufragios en islas paradisíacas, salvamentos accidentados, envejecer juntos en el mejor de los mundos posibles y todo género de patrañas. Pero dejó de «amar» a esa chica un día que le sonrió estando muy cerca y pudo comprobar que además de juntársele las cejas por en medio, a base de infinidad de pelitos negros, tenía tapizados de ese mismo vello los brazos y piernas; y claro, una «amada» de aquel género, tan ideal, tan a lo Laura de Petrarca o Isabel de Garcilaso, no podía ser tan peluda.

De modo que durante aquel curso Hale se encerró mucho en sí mismo, y para llenar los ratos libres que le dejaban el estudio y los amigos, siguió un curso por correspondencia para mejorar su francés y otro de dibujo. Hacía los dibujos con un perfeccionismo raro en su carácter, y lo cierto es que gustaban a todo el mundo, lo cual le tenía escamado, porque pensaba que algo que fuera realmente bueno no podía gustar a todo el mundo, ya que entonces todo el mundo sería bueno, y había muchísimo elemento vulgar que andaba suelto por ahí. Tanto gustaban sus dibujos que consiguió que su prima posara para él envuelta en un mantón negro, muy sugerente sobre la carne blanca. Pero no consiguió que se quitara el mantón, pese a que intentó trabajársela a base de decirle que estaba realmente guapa y que debían superar las trabas del sistema social aniquilador que imperaba por aquellos días, donde el sexo era tabú. Le dijo que la idea de Dios parecía regir la vida de la gente igual que en la Edad Media, que era lo que estaban viviendo, una segunda Edad Media, y que si se quitaba el mantón, el dibujo adquiriría la significación de una obra maestra. La verdad es que la prima estuvo a punto de picar, pero al final dijo que su novio no quería que enseñara nada.

---Si no lo supiera mi novio, lo haría.

Pero el novio ya sabía que había venido a posar, ¡malditos fueran todos los novios del mundo!

En cambio, en las fantasías de Hale su prima no lo dudaba un instante. Apartaba el mantón negro y quedaban a la vista sus carnes blancas como la leche, como la nalga virginal de un recién nacido. Entonces Hale la dibujaba con delectación. Ni siquiera se preocupaba por ocultarle la cara con los cabellos: que lo supiera todo el mundo, que supieran que su prima se mostraba tal como era, como una flor ávida de ser fecundada por la mirada hambrienta de los hombres.

Luego Hale sentía remordimiento y volvía a confesarse.

---Conque hiciste cosas feas, ¿solo o acompañado?

---Solo.

---¿Pensando en alguien?

---En mi prima.

---Bueno, hijo mío, bueno... Y dime, ¿cuántas veces?

Vuelta a la contrición y al propósito de enmienda. Hale rompía un segundo dibujo, que había hecho imaginando a su prima sin el mantón. Pero más adelante volvía a poner imaginación a otra pose de su prima, esta vez tomada de perfil, y volvía a caer en la tentación.

Fantaseaba con su prima con un vestido negro, que tenía una abertura lateral hasta el sobaco. La prima bailaba y Hale le abrazaba la cintura y la atraía hacia sí. Ella se movía muy bien sobre los zapatos de tacón de aguja, y Hale la besaba, y cada beso era una estrellita de plata. Ella seguía bailando como si tal cosa, feliz, acribillada de estrellitas de plata. Por desgracia, aquella noche Hale moría, y su prima se arrodillaba a rezar por él, y entonces se oía su voz, y era una voz de ultratumba que decía: ---No reces por mí, porque me he condenado.

Capítulo 6

El invierno se hacía largo, pese a que no era especialmente frío. Hale buscaba las calles desiertas para deleitarse con el rumor de sus pasos que repercutían en el silencio como un redoble de tambor. El aire húmedo le parecía negro y espeso como la noche, como si estuviera impregnado de alquitrán. Iba a escuchar la música que «hacían» sus amigos que habían formado un conjunto. Habían comprado los instrumentos a plazos; tenían dos bafles prestados, una batería modesta y un piano eléctrico que había aportado uno un poco mayor que ellos al incorporarse al grupo. Y tenían que pagar los plazos cuando llegara el verano, con el producto de las actuaciones, si les contrataban.

Habían conseguido un sótano húmedo donde ensayar. Lo hacían de noche, con lo que levantaban fuertes protestas entre los vecinos, que ni siquiera conseguían oír la radio, con el ruido que ellos armaban. Hubo infinidad de discusiones y peloterías, pero al final tuvieron que calmarse y acostumbrarse. Hale también se acostumbró a pasear de noche, con los oídos llenos de música estridente, después de los ensayos de sus amigos. Trataba de poner ritmo a sus pasos resonantes, se extasiaba percibiendo aquel mar de silencio nocturno, interrumpido por los ladridos de un perro solitario, a la luz anémica de los faroles, tarareando acaso aquella canción de Simon y Garfunkel que pronto se hizo famosa, *Los sonidos del silencio*.

Sus amigos cantaban en un inglés que despistaba mucho, porque no acababa de ser nada en concreto. Cuando a principios del verano siguiente tocaron para los turistas en los hoteles, una inglesita le preguntó algo en un inglés muy raro, y Hale solo acertó a decir, sonriente: ---*Oh, yes*.

Pero no había entendido ni jota.

Ella también sonreía abiertamente y Hale se sintió tan ridículo que decidió aprender inglés a marchas forzadas. La inglesita, por otro lado, era bonita. Tenía el pelo rubio, los ojos azules y un perfil encantador. Hale bailó con ella dos o tres piezas. Había contestado con monosílabos, fingiendo entenderla,

riendo a veces tan tontamente que le parecía que su boca se ensanchaba hasta convertirse en un zapato. Otro día, mientras ayudaba a montar los aparatos, la inglesita entró con dos amigas. Llevaban un bikini escueto, tentador ---casi uno para todas--- y hablaban por los codos, sin que ni Hale ni sus amigos lograran entenderlas, aunque, eso sí, las examinaban de pies a cabeza, casi olfateándolas como perros sabuesos.

---*Dance?*[10]

---*Oh, yes.*

Pronto fueron tres parejas las que bailaban. Hale apretó, como por casualidad, un botón y su inglesita quedó casi en cueros. Se estremecía de lo lindo en sus brazos, como si fuera su madre y su padre, su hermana y una amiga de su hermana al mismo tiempo, como si estuviera en el cielo. La besaba, la apretaba, la tocaba, y su corazón, el corazón de ella, latía frenético, como un caballo desbocado. Luego dijo, tímidamente: ---*I'm a virgin*[11].

Todos sus amigos dijeron que tirársela sería un infanticidio.

Fue el primer ligue de Hale, pero no creo que fuera el primer amor. Se llamaba Jamie, y cuando se marchó le estuvo mandando cartas durante algún tiempo, y Hale las contestaba usando profusamente el diccionario.

Pero eso fue después, durante el largo y tedioso invierno siguiente. Los inviernos ofrecían en realidad muy pocas posibilidades. Había, eso sí, algunas chicas nativas que también iban a los ensayos. Una de esas chicas era Sonia, una trigueña de ojos pardos que estaba la mar de bien y que se dejaba acompañar por Hale. Era alta ---y entonces no abundaban las chicas altas---, esbelta, con la barbilla pronunciada. Se veían todos los domingos, y en el cine, a oscuras, Sonia se arremangaba la falda, pero no se dejaba tocar; eso ya habría sido ir demasiado lejos. Pero Hale le seguía la corriente, solo por pasar el rato, como también hacían sus amigos con otras muchachas.

Algunas tardes de domingo bailaban en los guateques, con un tocadiscos monoaural y unos cubalibres muy cargados de ron a granel. Entonces Sonia se dejaba besar, tal vez porque creía tenerlo en el bote. De ahí no pasaba, y cuando Hale insistía, ella le paraba los pies.

---Tú solo vienes para esto.

Lo cierto es que Hale acabó enfriándose, y cuando había guateque, se iba a ver el fútbol por la tele, puesto que por entonces la tele ya se veía pasablemente bien y mucha gente tenía televisor. Las tardes de domingo se juntaban unos cuantos amigos, y los días laborables, cuando terminaban los

ensayos, Hale esperaba a que Sonia se marchara con una amiga y salía a pasear solo bajo la noche, admirando las incontables estrellas del cielo, escuchando el maullido de los gatos y el rumor de sus propios pasos, ensimismado en oscuros pensamientos.

Algún tiempo después, una tarde de domingo, encontró a Sonia sentada en un escalón del sótano, con el vestido rojo que solía llevar en el cine arremangado y besándose con un chico muy peinado, como los que salían dibujados en el *Manual de Urbanidad*.

En seguida decidió retirarse con las manos en los bolsillos y el rabo entre las piernas.

Sonia acabó casándose con el chico peinado a lo *Manual de Urbanidad*; tuvieron hijos, fueron felices y comieron perdices. Pero aquella noche Hale la imaginó como una santa, con una corona de luz; solo que era una santa un poco especial, porque no llevaba nada debajo del vestido, que se arremangó provocativamente. Tenía los pies descalzos y avanzaba por un salón etéreo, sin necesidad de tocar el suelo, con el novio muy formal a su lado. Llegaban ante el altar para casarse, y acabada la ceremonia el novio agarraba a la novia y se la llevaba al huerto, que era otro salón neblinoso, todo sembrado de lirios, donde se la beneficiaba con creces sobre una nube vaporosa, como una cama de tul.

Porque el novio no era el chico peinado a lo *Manual de Urbanidad*, sino que era nada menos que el mismísimo Hale.

Capítulo 7

La sorpresa fue mayúscula cuando Jamie volvió el verano siguiente, ya convertida en una mujer, y entonces Hale se frotó las manos. Cuando Jamie regresó, Hale apenas dormía, porque iba a ver tocar a sus amigos hasta las doce en el hotel, luego salía con la inglesita y más tarde volvía a reunirse con los amigos, y por mucho que se demorara en levantarse al día siguiente nunca descansaba lo necesario. Pero lo más fantástico era que nunca tenía sueño, y que sus padres no le decían nada, no le reñían por llevar aquella vida tan desordenada, juzgando que era lo bastante mayor para arreglárselas solo y para saber lo que se hacía. Uno de aquellos días incluso llevó a Jamie a su casa, y la chica lo esperó curioseándolo todo mientras Hale se aseaba. Su padre, que estaba escuchando Radio Nacional, le preguntó: ---¿Quién es esta?

---Una inglesa.

---¿Y entiendes lo que dice?

---No mucho.

Su padre no dijo más. Se enfrascó en las noticias. Otro día les vio paseando del brazo por la calle y disimuló, bajó la cabeza fingiendo no haberlos visto. Luego, un día que Hale se mostró malhumorado a la hora de comer, su padre le dijo: ---¿No te fue bien hoy con la inglesa?

Hale no contestó. Cruzó su mente un pensamiento de rebeldía, pero permaneció mudo, ceñudo. Así era Hale. Se limitó a volver a traerla a casa por la tarde, cuando su madre estaba fuera, y su padre, como siempre, escuchaba las noticias de Radio Nacional. Venían de bañarse, y Jamie se había enrollado una toalla que se desenrolló para darse una ducha con la puerta entornada, de modo que el padre de Hale rabiaba desde su rincón. Pero no dijo nada. Ni siquiera cuando Jamie armó un ruido infernal con el secador, un estruendo que forzosamente tenía que impedirle oír la radio. Luego Jamie salió con su hermoso pelo dorado, como una cascada de luz, y con un pantalón muy ceñido.

Al día siguiente su padre le preguntó: ---¿Qué tal hace las cosas tu

inglesita?

---Todavía es muy joven, y no hace «todas» las cosas.

Su padre calló, tal vez porque no se atrevió a preguntar más. Pero otro día Hale la llevó de nuevo a casa, y se puso a dibujarla en la terraza. Su padre apagó la radio, visiblemente contrariado, y miraba el dibujo por encima del hombro de Hale. La chica sonreía, y el padre pareció calmarse. Todavía era joven y, pese a que padecía de los pulmones, tenía ese atractivo maduro que dicen que suelen tener ciertos cuarentones, y Jamie le hacía mimos, traviesa, y decía que Hale tenía un padre encantador.

---*You've got a lovely father.*[12]

Pero desde entonces Hale no volvió a llevar a la chica a su casa, y su padre pudo escuchar las noticias de Radio Nacional en paz.

No volvió a llevarla a casa, pero le hizo más dibujos. Los hacía en las rocas de alguna cala desierta, donde se bañaban juntos como si fueran habitantes de aquel tardío paraíso. O bien los hacía en el sótano donde sus amigos ensayaban, iluminándola con los focos que la hacían sudar, de modo que su piel perlada por la transpiración tenía un encanto irresistible. Parecían una pareja de novios. Paseaban por las calles antiguas de la ciudad, compraban helados en un quiosco, iban a las playas montados en bicicleta, o en el coche de uno de los amigos que ya tenía carné de conducir, y entonces Jamie invitaba a una amiga. Llegaban a veces hasta calas intocadas, donde no había ni siquiera una caseta de pescadores, para lo cual habían de abrir y cerrar barreras, a fin de que no saliera el ganado que pastaba suelto junto al camino; se trataba de caminos particulares, y a veces hasta tenían que saltar paredes divisorias y meterse en orillas plagadas de piedras. Una noche de luna llena se bañaron en una cala rodeada de peñas escarpadas. Hale se zambulló desde lo alto de un risco y como no se veía nada le parecía que nunca iba a terminar de caer, como en esas pesadillas en las que uno se desploma por un precipicio y la caída se prolonga durante un tiempo inverosímil. Pero a Hale bien hubo de sorprenderle el latigazo del agua en el fondo, que después de todo no estaba tan lejos, y le golpeó en plena cara, sin darle tiempo a poner las manos, y se la dejó un tanto lastimada.

Jamie iba con Hale cada noche a ver actuar al conjunto en la discoteca del hotel. Sus amigos tocaban muy concentrados, en lo alto de la tarima, y luego, durante el descanso, bailaban con los discos que sonaban por los altavoces. Jamie y Hale bailaban tiernamente abrazados, como dos tortolitos. Ella solía

llevar vestidos de tela tan fina que podía palparle todos los huesos, y la piel le olía aún a aceite bronceador, y llevaba un perfume tan suave que Hale estaba a punto de marearse.

Salían a la terraza y se besaban a la luz de la luna. Mientras la abrazaba, mientras la besaba, Hale no reprimía su imaginación, y se decía que puesto que apenas dormía no tenía más remedio que soñar despierto. Soñaba que la orilla del mar era una pradera de hierba suavemente agitada por el viento, olas de hierba sobre las que Jamie desfilaba con los pies descalzos, con su espléndida cabellera rubia desplegada, larga, lacia y dorada, resplandeciente como una lengua de fuego. Tenía Jamie un par de cuernos de oro, muy brillantes, en la frente, y era una ninfa excelsa que se alimentaba de pétalos de flores y que cuando te besaba te llenaba la boca de miel, una miel dulcísima, de efectos reparadores, como jalea real. Pero mientras recogía flores para libarlas bebía de una flor negra, envenenada, asesina, y se moría. Una corte de ninfas llevaba el cuerpo inerte de la inglesita hasta un fuego de campamento donde se libaban a un baile frenético, descabezando al gallo del alba cuando comenzaba a apuntar sobre la pradera del mar, una orilla encantada donde nunca dejaban de romper olas rumorosas. Y Hale se fundía todo en la blanca espuma del mar, la espuma de la mar salada, y veía la boca divina, sonriente, de Jamie, que no había muerto, que seguía bailando con él.

Capítulo 8

Pero el verano no fue tan pródigo en ligues como habría cabido esperar a la vista de lo ocurrido con Jamie. Venían más turistas viejos, en busca de paz y descanso, que jovencitas marchosas. Hale tuvo que hacer el ridículo más de una vez, riendo las gracias de los padres de alguna niña virgen, gente de clase media tirando a baja, con una pronunciación del inglés verdaderamente lamentable. Tuvo que conformarse con achucharla furtivamente en algún rincón oscuro, burlando la vigilancia paterna. Y aun entonces la chiquilla profería un cúmulo de protestas, sin dejar de sonreír, como si le hubiera otorgado una gracia divina. Tan ridículo llegó a sentirse Hale que un día dijo basta, y dejó plantada en medio de un baile lento a la inglesita de turno, que ni siquiera se dejaba apretar. Fue a buscar la chaqueta de la mesa donde conversaban los padres de la criatura, y la cogió con tal ímpetu que fue como si la arrancara de las manos de un ladrón.

---¿Qué pasa?

---Que estoy harto de hacer de niñera.

Otro *latin lover* fue a sacar a la niña que Hale había abandonado, y ella no solo accedió a bailar con él, sino que se dejó sobar, mirando con sorna a Hale en la distancia. Luego salieron a la terraza y Hale los perdió de vista.

Pero la noche siguiente la niña en cuestión volvió a acercarse a Hale, que fingió, con la mayor naturalidad del mundo, que no recordaba lo de la noche anterior, como si no hubiera pasado nada. Salieron a la terraza, se sentaron en un banco, a la luz de la luna, y Hale estrechaba a la chica entre sus brazos y la acariciaba como si fuera una perrita cariñosa. La luna era como una raja de coco en lo alto del cielo, y con aquella chica que le ofrecía el tesoro de su intimidad, Hale se sintió casi feliz.

Entonces se acordó de Jamie y le escribió una carta llena de poesía de la de andar por casa, y ella le contestó a vuelta de correo, recalcando lo mucho que lo extrañaba y pidiéndole una foto. Hale le envió una foto en la playa, con un eslip negro y sacando pecho, que le había hecho un amigo, aunque al

principio no pensaba mandarla y solo se decidió por la noche, cuando pasaron por la oficina de correos un poco cargaditos de alcohol y la echó en el buzón. Para asombro de Hale, que estaba un poco preocupado por haber mandado la foto, solo un poquito, Jamie volvió a contestar a vuelta de correo, incluyendo una foto suya de espaldas, con una leyenda escrita en negro sobre la piel que decía: *I miss you*[13].

Con esto Hale se animó y creyó que podía mandarle a Jamie cualquier cosa, y como sus aventuras veraniegas eran más bien pobres, decidió echar mano de la fantasía. Le dijo que una vez, dando un paseo en barca, había visto una sirena, y la había besado con frenesí. La sirena le llevó a una cavidad submarina, donde el agua se remansaba bajo una burbuja de aire, y allí fueron felices, y aquello era mucho mejor que tener que matricularse de Preuniversitario. Después de muchísimos días de amor, cuando ya se caía de cansancio, lo recogió un velero con una sola pasajera. Hale se quedó dormido, y cuando despertó la pasajera era hermosa como el sol, y era nada menos que la sirena.

Crejó, deseó con toda su alma que Jamie le contestara incluyendo una foto en traje de sirena, pero en cambio le mandó una carta escueta, donde decía que ya tenía *boyfriend*, y que su cuento le había gustado muchísimo. Hale miró entonces la foto de la espalda desnuda, con aquella leyenda, «*I miss you*», escrita con letras de molde, y cabeceó pensando lo volubles que eran las mujeres, incluso las británicas. Luego, en un arranque, mandó a Jamie una carta que era una sola hoja con una sola palabra:

Slut![14]

Capítulo 9

Hale se arrepintió en seguida de haber escrito aquella palabra insultante y redactó otra carta que mandó con sello urgente, esperando que llegara primero, y recomendándole a Jamie que rompiera la otra sin abrirla. En esta nueva carta Hale se mostró muy amable, y volvió a mentir afirmando que iba a contarle cómo perdió la inocencia. Le dijo que tenía una prima feúcha que se convirtió en mujer espléndida en una sola noche, lo cual no era cierto ni con mucho, porque su prima fue siempre una chica del montón. Hale jugaba con su prima en la playa, echándole agua en los ojos, sentándose a horcajadas sobre su cuello y tirándole del traje de baño mojado para mirar dentro de su escote. Una tarde se durmieron en la playa, bajo un sol suave, con el mar arrullándoles con su canción monótona. Cuando Hale despertó, entumecido, todo estaba oscuro. Vio una luz tenue, que parecía del otro mundo, sobre la que flotaba una mujer de larga melena, cuyos ojos brillaban con tanto embeleso que a cada parpadeo despedían un chorro de estrellas. Era su prima. Ahí fue donde Hale perdió la inocencia, con su prima.

Jamie volvió a contestar a vuelta de correo. Dijo que menudo rollo y toda la pesca, y Hale se propuso no volver a escribirle, puesto que ya no parecía participar de sus fantasías.

El verano llegaba a su fin. Hale había tenido que contentarse con vivir algún que otro romance fugaz, poco fructífero. Mediado el mes de septiembre hubo de afrontar la realidad y matricularse de Preuniversitario; no hubo más remedio que resignarse. Solo le quedaban quince días de vacaciones, quince días de libertad, y había que aprovecharlos, pero no abundaban las «oportunidades». Hacía, eso sí, muy buen tiempo, un buen tiempo extraordinario, y uno podía permanecer en la playa por las tardes hasta la puesta del sol, y podía bañarse cuando ya había anochecido, porque el agua conservaba la tibieza de todo el día, de todo el verano. El mar estaba liso, perfectamente encalmado, y cuando caían las primeras sombras de la noche ofrecía un aspecto impresionante: era como un vastísimo lago helado, de

temperatura muy agradable.

Hale tenía mucho sueño atrasado, puesto que las horas de descanso nocturno se le iban entre ver actuar a sus amigos y alternar con las pocas hembritas que se ponían a tiro. Después de tocar en el hotel solían vagar por todas las discotecas cercanas, tomando copas, bailando desmañadamente y rastreando las mocitas en edad de desmandarse. Pero eran muchas las noches en que se acostaban decepcionados y cabizbajos, todos los músculos agarrotados de cansancio, los estómagos ahitos de alcohol, la cabeza dándoles vueltas y la moral por los suelos. Maldecían por penúltima vez, fumaban el penúltimo pitillo, veían asomar la calva enrojecida del sol, el primer sol de la mañana, y se despedían a regañadientes.

---Acabo de mear sobre la última sombrilla de la última piscina del último hotel de este puto mundo.

---Dentro de unos años estaremos casados y seremos unos desgraciados.

---Tendremos mujer, niños, trabajo y seremos unos esclavos.

---Pero habremos vivido.

---Si no estamos muertos.

---No, sabremos pararnos a tiempo.

La vida era ya entonces un lapso de tiempo breve y vacío de contenido.

---Cuando me retire voy a escribir mis memorias de «picador».

---*El abuelo fue picadoor, allá en la playaa...*

A menudo se quedaban un rato más bebiendo y contándose sus aventuras, como si no las conocieran al dedillo.

Hale sacaba las cartas de Jamie, y también las fotos.

Alguien decía:

---No quiero verlas, que luego voy a tener que machacármela.

Otro añadía que para hacerlo con arte nada como el sistema de la mosca. Con la bañera llena de agua calentita, cazabas una mosca, le arrancabas las alas y, hala, que se revolcara sobre la parte más sensible, lo único que había que dejar fuera del agua, excepción hecha de la cabeza. ¡Ja, ja! Las patitas torpes de la mosca, pugnando por desplazarse... Era una cochinada. Y si tenías buena puntería, ¡pobre mosca, ji, ji! Salía disparada. Hale pensaba que aquello era el colmo, pero otro lo superaba diciendo que su hermana estaba la mar de buena y que se hacía pajas debajo de la pila cuando ella hacía la colada con el vestidito llamado «saco».

---Saco seco, *sico sico*, saco suco, ¡ji ji!...

Una noche, Hale lo recordaba perfectamente, sentado en la tarima, junto a la pista de baile, alguien se la meneaba mientras tocaban. No era para menos, puesto que el sujeto tenía delante una minifalda de padre y muy señor mío, y sus amigos interpretaban *Nights in White Satin*, que era una pieza de mucho magreo, y hacía tanto calor que los cuerpos se pegaban literalmente.

---Se conoce que ese no tenía a mano una mosca.

Era un desgraciado, contaban, uno que otra noche se dedicó a picar italianas y, je, je, les decía: «*Martini, italiani*», y ellas, «sí, sí», y luego, «*calamari a la romani*», y ellas que sí; vamos, que era un políglota. Dijo: «*Gambi, bien friti*», e hizo una castañeta con los dedos junto a los labios arrugados en un beso, «*che bueni*», y ellas, ¡plas, plas!, lo abofetearon, porque tenía los ojos clavados en la minifalda gloriosa que llevaban, arremangada hasta más no poder.

---¡Ja, ja, el hombre no sabía que las gambas eran las piernas en italiano!

Le estaba bien empleado, por pelota, porque el muy bestia lo hacía con todas, y si eran francesas señalaba la sombrilla y decía: «*Sombril*», y si eran inglesas tocaba la mesa y, «*teibol*», y ellas, «*yes, yes*».

---Les enseña inglés a las inglesas.

---Pero yo creo que las italianas eran tortilleras, porque siempre bailaban solas.

---Pues yo esta noche, siete polvos.

Todos se miraban en silencio, con un poquitín de sorna, y no decían nada.

Amanecía; era un espectáculo bonito, ver amanecer con el estómago lleno de alcohol y la cabeza llena de chistes. Aún se agitaban ante sus ojos las mocitas inabordables, que bailaban de dos en dos en las discotecas, y si habían tenido suerte, si aún tenían en las manos el perfume de ellas ---de sus cabellos, de sus pieles tratadas con aceite bronceador--- les parecía vivir en una nube ideal donde la felicidad aún era posible, bajo la mirada burlona del sol naciente.

Capítulo 10

A finales de septiembre, Hale aún permanecía en la playa hasta muy tarde, hasta que se quedaba prácticamente solo y podía soñar con los ojos cerrados. Paradójicamente, en aquellos últimos días de verano las nativas se le daban mejor que las guiris, y había dos chiquitas que también solían quedarse hasta el anochecer, siempre solas, nunca acompañadas, pese a que estaban muy buenas. A veces llevaban trajes de baño estampados y a veces bikinis de escándalo. Una vez, cuando ya se habían puesto los tejanos ajustados y las blusas de tela finita, se acercaron a Hale y le hicieron un par de bromas. Hale se limitó a abrir ligeramente un ojo. Pero abrió los dos ojos cuando vio que la más delgada de las muchachitas se estaba desabrochando. La otra la imitó. Se quedaron en sostén, un sostén blanco, casi fosforescente, que parecía una cota de malla hecha para las lides del amor. Se soltaron, también, las largas cabelleras, y descalzas y con los tejanos apretaditos estaban la mar de bien. La cosa no pasó a mayores, tan solo las zalamerías y los roces a los que solían librarse las hembritas autóctonas, pero Hale se sintió muy halagado en su honra de macho ibérico.

---Con dos nunca hay nada que hacer, mejor una sola y al filete.

Luego Hale imaginó todo lo que quiso imaginar. Por ejemplo, que tenían alas de seda en la espalda y que le metían en una jaula de oro y se lo llevaban volando sobre el mar, hacia el paraíso del amor. El mar era entonces un gran espejo helado, y las muchachitas plegaban las alas para bailar una danza etérea, y se convertían en mujeres despampanantes. Escapaban del abrazo de Hale, daban dos pasos ingrátidos, fundiendo el hielo bajo sus plantas, y quedaban vestidas de esquirlas de hielo, brillantes como lentejuelas, y cuando se movían no se oía otra cosa que el entrechoque de los cristalillos en el silencio de la noche. Hale las abrazaba ante el ojo de la luna, lleno de resplandor amarillento; las apretaba ante una luna enorme, redonda como una hostia, que se hundía lentamente en el mar.

Unos cuantos días después, Hale se trasladó a Barcelona para estudiar el

Preu, y allí se multiplicaban las imágenes llamativas que le inducían a soñar despierto. Le bastaba con ver a alguna chorbota con minifalda amarilla, que era un color que entonces se llevaba mucho, quizá por aquello del *Submarino amarillo*, aunque bien mirado acaso era al revés, que los Beatles habían escrito *Yellow Submarine* pensando en la minifalda amarilla. Podía soñar despierto después de acudir a recitales de *jazz*, imaginarse aporreando la batería, con la chorbota ideal sonriendo empalagosamente a su lado; podía soñar cuando un nuevo amigo que también lideraba un conjunto cantaba en italiano la canción *Piangi con me*[15], de los Rokes, que tenía un solo de guitarra que te cagabas, y el amigo gritaba: ---*One, two, three, four, piangi con me!*...

Y la chorbota le abrazaba muy fuerte, aunque estuviera *miles away*[16], y juntos volaban a Hawái, y ella se ponía unos tejanos ceñidos y el famoso sostén blanco fosforescente, tan puro como su sonrisa divina, y estaba como para parar un tren. Podía soñar en el velódromo, cuando iban a escuchar canciones de Serrat, Raimon, Llach o Guillermina Motta, a quienes llamaban los *Setze jutges*[17] de la *Nova Cançó*[18]. Podía soñar en la discoteca, los domingos por la tarde, y en la playa, cuando volvía la primavera, porque entonces ya había recitales de *jazz*, y velódromos los sábados por la noche, y discoteca los domingos, y la primavera traía el perfume de las chorbotas minifalderas; entonces, cuando Hale ya se había «independizado» de sus padres, gracias a los estudios en la ciudad.

Clint Eastwood mataba a todo quisque en *La muerte tenía un precio*, y Hale se imaginaba viviendo con la chorbota en una cabaña de madera, y acribillando a balazos a todos los desalmados que la querían deshonorar; porque estaba de paso, tenía que estar forzosamente en una estación de paso hacia la realización de todos los sueños; eso había que creerlo a pies juntillas, por mucho que pareciera un disparate morrocotudo. Se sentaba en la plaza, en la terraza de un bar, prolongada sobre la acera, y soñaba despierto. Soñar, todavía, a su edad... Las chicas pasaban embutidas en sus chaquetas azul marino, agitando al andar sus faldas grises, que les llegaban hasta la rodilla, y por debajo de la rodilla las botas negras, de caña alta, como si todas fueran de uniforme. Se perdían más allá de los toldos amarillos de los restaurantes, toldos que a lo mejor tenían rayas rojas, como la bandera catalana, cuya existencia había descubierto Hale por aquellos días. Deambulaban calle abajo. Se reunían en grupitos de amigos y amigas. Se enseñaban el último LP

comprado en la moderna tienda de discos, las últimas fotos reveladas en blanco y negro, sobre papel brillante.

---Mira, qué gracioso; no, esta no la mires...

---¡...!

---Te dije que no la miraras.

Era una foto de *Playboy*, la revista prohibida, solo que la foto estaba hecha con objetivo «macro» y parecía tomada del natural. Se trataba de una chica joven, al contraluz de una puerta que daba a un campo sembrado de maíz. La joven, naturalmente, solo llevaba las botas de caña alta; se le habían olvidado la falda gris y el chaquetón azul marino, y tenía una mano en la cadera y con la otra se sujetaba graciosamente el pelo.

---A que no te atreves a posar así.

Ji, ji, risitas. La chica, alta, de pelo muy negro y pecho marcado bajo el jersey gris marengo, no se atrevía. El bar estaba lleno de jóvenes, porque entonces todo el mundo era joven. La juventud estaba de moda. Y la música. Y los pelos largos. Tomaban chocolate con nata. Un plato lleno de nata acanalada, como dividida en tres lomas nevadas por dos canales que eran los valles de aquel paisaje sabrosísimo, rociado con azúcar y con dos barquillos de hojaldre hincados a modo de postes amarillentos, como una pista de esquí con telesilla y todo. El flequillo fijado con laca, tras el corte «a la navaja», tanta laca que aquello parecía un casco quitinoso, como el caparazón de un escarabajo, como *Los Escarabajos*.

---Sí, sí, reiros, pero escarabajo se escribe *beetle*, y no tiene nada que ver con los Beatles.

Las mejillas recién afeitadas, finitas como las nalgas de un bebé. Era la moda, y también no llevar bragas, ninguna inglesa las llevaba, y se bañaban en la fuente de Trafalgar Square en pelota picada. Ni calzoncillos, la moda era no llevar calzoncillos, pese a los peligros del cierre relámpago. De noche escapaban en *jeep* hacia la costa ---el *jeep* de papá y mamá---, con tejanos, pero sin calzoncillos, como mandaban los cánones. Cuando llegó la primavera los árboles echaron hojas y las chicas cambiaron de uniforme, minifalda holgada sobre cuatro dedos de muslo escuálido. Se agachaban, a ver si tampoco llevaban, y lo que se llevaban era más de un disgusto, igual que les ocurría con la moda esa de ir despelotado bajo los tejanos. Ellas tenían largas melenas, rubias, doradas, y algunas pecas; labios mullidos, jugosos como una fruta, hechos para morder. Hale las miraba largamente, chupando de una pipa

que no sabía fumar, tosiendo y aspirando el humo del tabaco aromático que le hacía creerse en un lugar privilegiado, propicio a toda dicha. A menudo entablaba con las muchachas una conversación fugaz, que nadie sabía cómo había empezado ni cómo podía terminar. En una tómbola, donde ellas les daban números trucados y les tocaban premios tan inverosímiles como una cacerola último modelo o un cuenco de cristal irrompible, la conversación saltaba de corrillo en corrillo, sobre la acera, rompiendo el hielo, casi triturándolo al instante, pese a que a lo mejor llevaban meses cruzándose todos los días a la misma hora, sobre la misma acera, y era como si fueran amigos desde siempre y para siempre. La cosa, claro es, podía volverse en seguida un poquillo picante, y eso hasta podía terminar relativamente bien. A lo mejor la morena del jersey gris marengo acababa por atreverse y accedía a dejarse fotografiar, por qué no...

Una estación de paso hacia la realización de todos los sueños. Una parada importante. Nada más. Anchos paseos, parques, bancos donde dormitaban vagabundos, cines comodísimos, discotecas de luces cambiantes, músicas estridentes, perfumes de ambientador y el sueño impoluto de un amor que sería eterno. ¿Pero acaso existía el amor? A lo mejor no, a lo mejor alguien se lo había inventado; era creación pura, como Dios. Cuando se emborrachaba, Hale era el dios del amor y de todas las chorbilas del mundo. Entonces se atrevía a sacar a bailar a cualquier tía; muchas estaban cansadas, otras no tenían ganas, otras bailaban a medio metro de distancia, por mucho que Hale pugnara por estrechar el cerco de sus brazos, antes de abandonarlas; pero siempre había alguna que se dejaba. Se iban a un rincón oscuro y ponían la directa. A pesar del amor puro, a pesar de los valores inquebrantables, entonces Hale hubiera jurado que amaba a esa desconocida de pelo negro y acento andaluz que se fundía en sus brazos, que se derretía como si estuviera hecha de cera.

Un mundo hosco, cuando se le pasaba la cogorza la ciudad era un mundo hosco, poblado de callejas marginales, donde le vendían tabaco para el asma haciéndolo pasar por droga, donde se hacinaban hombres con hambre atrasada, hambre de hembra, para pasar revista a las rameritas, donde por menos de doscientas pesetas podías tener a una chica joven, de pelo castaño y mirada turbadora, una que llevaba jersey gris y falda blanca, como si fuera una niña de alto postín, y te guiaba hasta una portería donde había que pagar y recibir una toalla, antes de subir por una escalera estrecha, oscura, hasta un

cuarto sosegado, donde ella te lavaba, ya solo en sostén y medias, después de haberse lavado ella, donde de nada valían los sueños.

---¿Tú crees en el amor puro?

La ciudad cosmopolita, caravanas de coches, películas prohibidas, damas ancianas teñidas de azul, «del salón en el ángulo oscuro», perfectamente peinadas por peluqueras diplomadas, aguardando a un joven gigoló, la música monótona, pies blancos enfundados en zapatitos blancos, falditas oscilando, palomitas de la paz, sueños imposibles; el tiempo nunca se detenía. Ópera, teatro, Marat Sade, Lope de Vega, y una película de *striptease* en la que una señora emperifollada ---*dressed to kill*[19]--- perdía primero el sombrero, después los guantes, después la chaquetilla, después la falda, y luego la blusa, y los zapatos de tacón, y las medias, y finalmente se quitaba el sostén y se daba la vuelta, sonriente, enseñándolo todo sin sombra de rubor; lo último que hacía era soltarse el pelo, antes de avanzar hacia el objetivo, la mar de salerosa, con un desparpajo y una gracia inimaginables.

Capítulo 11

Hale frecuentó en la ciudad a Solange, que era una rubita alta, una «chica bien de casa bien», hermana del nuevo amigo que tocaba en un conjunto de música pop. Hale se burlaba a menudo de ella, precisamente por ser una «chica bien» y por ser él su «*amorsito*», algo que en el fondo le gustaba mucho. Y ella le golpeaba débilmente, pataleando con una gracia infinita, entre exclamaciones que no se sabía si eran de júbilo o de congoja.

---Ya veo que te has chiflado...

Solange profería un: «¡Malo!», que a Hale le parecía estupendo, y empezaba a golpearle con el zurrón que llevaba colgado del hombro a modo de bolso. La cosa solía terminar con un beso largo y profundo.

A veces Hale le decía, «cariño», y otras «vida», o «cachito», «*trosito de sielo* que Dios me dio». En otras ocasiones le decía que era la diosa del amor, y ella se ponía muy contenta. Pero igual añadía después que era su «mosquita», su «perrita», su «chanchita» y unas cuantas cosas más. Ocasionalmente, paseaban bajo la lluvia, sin que les importara calarse hasta los huesos. Buscaban una estación de cercanías destartalada, con su tejado brillante bajo el aguacero y su reloj metálico, para besarse como dos enamorados de película. Al fondo, el mar se confundía con el cielo plomizo en una cinta de arena sucia, interminable.

---Es como *Singing in the Rain*[20].

Ella sonreía con sus grandes ojos grises.

---Solo que más pedestre.

---No seas malo.

Malo, no seas «malo»; le encantaba cuando decía: «No seas malo».

Encontraban un soto de eucaliptos que escondía un caserón de paredes lóbregas, con una verja que se caía de vieja y que parecía dar entrada a un cementerio. El tejado puntiagudo, las dos torres ---todo difuminado en el gris general del día lluvioso---, recordaban un viejo palacete ruso.

Era una mansión abandonada, pero en una de las habitaciones, llena de

mierda, había una cama de hierro renegrido que parecía haber salido de un hospicio, con una mesita medio desfondada. Tenían que limpiar el moho de la cama, situada bajo una ventana muy alta y muy grande, por la que se filtraba la luz tímida, denunciando un dedo de polvo sobre los batientes.

---¿Y si alguien nos pilla?

Hale se encogía de hombros y ella quería decir, «¿Por qué eres tan malo?», pero no acertaba a decir nada, tan solo a suspirar.

El sol acababa asomando entre las nubes, y Solange creía tener a cientos de Hale gritándole a los oídos, diciéndole, «vida» con sorna, de modo que más que una zalamería parecía una burla. Pensaba que si se hubieran juntado unas cuantas docenas más de Hale habrían podido derrumbar las gruesas paredes del caserón con solo decirle «cariñito», con solo engañarla desfachatadamente, con solo reírse de su candidez.

Luego compraban *croissants*, yogur y mermelada, y como que aún tenían hambre adquirirían tomates, cebollas y pepinillos para hacer una ensalada, y de postre, chocolatinas.

---Menuda comilona...

El hermano de Solange contribuía a alegrarles la vida con su música y sus chistes malos. Tocaban bien, los del conjunto del hermano; sobre todo *High Time Baby*[21], de Spencer Davis Group, les salía de perlas, porque el batería era bastante bueno. El día que Hale vio a Solange por primera vez, ya no le cupo duda de que sería un fan incondicional de su hermano, y que se pasaría muchas horas escuchando su música, a pesar de lo difíciles que se presentaban los exámenes. Y es que Solange era en realidad una chica estupenda, con unos jeans ajustaditos y un jersey claro que le destacaba todas las formas. La melena rubia le llegaba hasta la cintura, y calzaba zapatos de tacón alto. Vista de cerca era aún más bonita. Sus ojos grandes, de pupilas grises, verdes según la iluminación, resultaban fascinantes. Tenía el mentón firme y los labios mullidos, tentadores.

Ella confesó que Hale le había gustado a primera vista. Pero Hale se tomó su tiempo; sabía que aquella muchacha era una flor delicada, que no era como una turista fogosa o una chica fácil. Pasó un mes antes de que se le acercara. Fue durante una excursión, en lo alto de unas peñas grises que adquirían formas inverosímiles, coronando la ladera llena de vegetación. Descansaron de la larga caminata en ascensión y veían en la distancia ciudades pequeñas agazapadas en la llanura. Hale se sentía eufórico, contemplando a Solange ante

aquel telón de fondo exuberante, y dijo: ---¿Te sorprendería mucho que te dijera que te quiero?

Ella se limitó a sonreír, halagada.

---Lo escribió Joan Baez en la contraportada de un disco.

¿Qué estaba pasando?

Tenía que vigilar; no fuera a acabar enamorándose...

Quedaba mucho curso para comprobar lo bien que se adaptaban los labios de ella a los de él, con qué primoroso dulzor. Pronto demostró tanta suavidad y ternura, tan acogedores eran sus brazos, que Hale no quería irse nunca, como si ella fuera su madre y él un bebé que se resistiera a nacer.

---Eres mi madre.

Ella volvía a sonreír, complacida.

---Y mi padre, y mi hermana, y mi cachito, «el *trocito* de *sielo* que Dios me dio».

Capítulo 12

Tal vez para no acabar enamorándose de Solange, Hale siguió flirteando con algunas chicas. A final de curso, cuando ya habían terminado las clases y pasaban largas horas estudiando para el examen de la universidad, Hale conoció a Max. Fue un domingo que estaban invitados a comer con una amiga del padre de un amigo, y pensaban que iban a ponerse las botas. Después se irían al cine y a una discoteca, por ese orden; pero por una vez les salió mal la cosa, no pudieron atiborrarse, porque la amiga del padre del amigo resultó ser un cardo de cuidado, que, eso sí, se gastaba unos modales demasiado finolis para ellos. Ya cuando la vio Hale se puso en guardia, y le dijo por señas al amigo que si no sería mejor tomar las de Villadiego. Pero el amigo no se enteraba de nada. La señora era médica, pero parecía un sargento, o un abogado de putas pobres.

Pero era médica de verdad, pediatra, para más señas. Tenía una colección de fetos guardados en alcohol, dispuestos sobre una cómoda muy antigua y muy valiosa ---según recalcó--- que parecían perdices en vinagreta. El piso en sí ya era antiguo y espacioso, de techos muy altos. Todo estaba muy aseado, pero la «dama de los fetos» tenía un aspecto muy cutre, cargada de joyas como un árbol de Navidad, alta y un tanto jorobada, con una papada de aquí te espero. Tenía el pelo blanco, ligeramente tintado de azul, y los pies tan grandes que bien habría podido dormir de pie.

No dejaba de ensartar máximas para buen acomodo de estudiantes, como si estuviera soltando un sermón en lo alto de un podio, pero Hale lo único que acertaba a observar era que tenía muchísimos dientes de oro. La mesa era larguísima, con un mantel primorosamente bordado, flores en medio, cristalería fina, vajilla repujada y cubiertos de plata. Estaban sentados a kilómetros de distancia uno del otro, y una doncella más vieja que Matusalén servía la sopa, con mano temblorosa. Hasta ahí todo era pasable, a pesar de que la sopa ardía literalmente, y Hale soltó un alarido. El segundo plato consistió en serranos fritos, que debían de estar de rechupete, pero que tenían

tantísimas espinas que Hale casi no los probó. La dama-cardo, entretanto, seguía enhebrando proverbios y *ensiempos* para buen uso de estudiantes, como si fuera el Conde Lucanor. Limpiaba los serranos con una habilidad inaudita, como si no hubiera hecho otra cosa en la vida, sin tocarlos más que con los cubiertos, casi sin ensuciarlos. Hale, que no había tardado ni medio minuto en acribillarse el paladar a base de espinas, trataba denodadamente de disimular un par de lágrimas de dolor, mientras se declaraba en huelga de hambre.

---En realidad habíamos desayunado muchísimo...

Y se las veía y se las deseaba para no hacer muecas, mientras se hurgaba el paladar con la lengua, por ver de desenclavarse las malditas espinas.

---Unas peritas sí comeréis.

---Sí, sí; claro.

La «doncella» trajo unas peras enormes, relucientes, abotargadas, hermosas. A Hale le faltó tiempo para agarrar uno de aquellos frutos orondos, que nadaban en hielo humeante. Ya iba a hincarle el diente cuando vio que la dama-cardo pelaba su pera con cuchillo y tenedor. Hale dejó la suya como si quemara.

---Sí, sí que son hermosas.

---Son las primeras que se dan. Y son miel y ambrosía.

---Seguro. Pero, realmente, no podría...

No se le entendía muy bien, con el paladar martirizado de espinas, y la «dama» ponía cara de sorda.

---Qué niños tan ahítos.

Cuando salieron, el amigo de Hale preguntó qué eran «ahítos», y también quiso saber quién era la «Ambrosia». Lo único bueno de aquella comida, de aquel ayuno mortificante, fue Max, que era una sobrina de la «dama de los fetos».

---Hola, tita.

Hale y el amigo se quedaron viendo visiones.

---Mira, Maximita, aquí te presento a estos dos señoritos.

---Max para los amigos.

«Mucho Max» pensó Hale. Pensó que era una monada, es decir, la mar de mona, y la mar de mimada también, a lo que parecía. Era alta, escultural, con el pelo muy largo, los tejanos ajustados y un jersey muy ceñidito. Aquella tarde salieron juntos, y luego Max llamó a Hale varias veces, hasta que logró

desbancar a Solange. Eran los últimos días de clase; el sol comenzaba a apretar y muchos alumnos hacían novillos para ir a bañarse a la playa. Hale se iba con un compi u otro, y luego salía con Max, con lo que muchos días ni siquiera le veían el pelo en el aula. A veces se quedaba a comer con la tía de Max, una vez que hubo refinado sus modales y le hubo echado un poco de coraje, y luego se dirigían a un cubículo que los amigos de Max tenían alquilado para su solaz ---para el solaz de los amigos. Un día que estaba un poco eufórico Hale se atrevió a decirle a la tía: ---Usted mucho comer fino, pero ahí tiene a esos fetos en vinagre.

La tía de Max se escandalizó tanto que Hale creyó conveniente parar el carro.

Pero Max era tan dócil y estaba de tan buen año que merecía la pena hacer el ridículo con su tía. Con Max, en aquel hosco cubículo, lleno de dobles páginas de *Playboy* pegadas a las paredes, Hale se creía el rey de todo el mundo. Desde luego aquel antro invitaba a propasarse. Las mujeres de la pared estaban de campeonato, y había un tocadiscos con montones de discos de coña, y lucecitas rojas y azules. Hale y Max gozaban de lo lindo en aquel cuarto. Max le miraba con creciente adoración, con infinita ternura, y estaba tan hermosa que Hale se sentía profundamente emocionado, y desde luego había olvidado a Solange completamente. Se besaban, etcétera.

---Esto es genial, pero vas a suspender, porque no haces nada.

Hale no respondía. Solo tenía ganas de «Max».

Había dos pruebas, una de Ciencias y otra de Letras. La de Ciencias incluía siempre un ejercicio de matemáticas, y la de Letras uno de francés. Dos días antes del examen, Hale se pasó la noche estudiando, y cuando llegó el momento de realizar la primera prueba en la facultad, él era de los más tranquilos. Cumplimentó su examen, lo repasó y salió con mucha calma. La segunda prueba tuvo lugar en la Universidad Central, en un aula del segundo piso. Hale acudió primorosamente vestido con su traje gris, pese a que la tarde era algo calurosa, y se examinó con la misma serenidad que la primera vez. Cuando entregó el examen ya había empezado a atardecer. Una luz amarillenta se posaba sobre las piedras verdeadas por el tiempo, y Hale identificaba de algún modo aquel resplandor con el anuncio de algo favorable, de modo que estaba seguro de que iba a aprobar.

Fueron a celebrarlo a base de vino y medio pollo asado al *ast*[22] con patatas. Salieron cantando canciones antiguas, cuplés, violeteras, Lili

Marleen... Cuando Hale tocó la cama se quedó frito, con el traje puesto, y soñó un rebaño de ovejas que en lugar de «be, be» decían: «Max, Max».

Cuando despertó decidió alejarse definitivamente de Max.

---Me voy ---le dijo---, y es para siempre. Prométeme que nunca vendrás a buscarme.

---Nunca vendré a buscarte.

La imaginó cien veces, reponiéndose lentamente de un estado lamentable. Pero no debió de llegar la sangre al río, porque a lo mejor ella ni siquiera le quería, a lo mejor incluso tenía novio.

No volvió a verla en su vida.

Capítulo 13

Max pasó a ser un recuerdo, un bello recuerdo. «*It's All Over Now, Baby Blue*[23]», se decía Hale, echando mano de un título de Bob Dylan. Se fue a casa y aquel mismo mes de junio supo que había aprobado. Sus padres estaban muy contentos.

---Ahora podrás estudiar Arquitectura y hacerte un hombre.

Por un breve instante, un brevísimo relámpago, se vio convertido en «todo un hombre», como los que salían en *Aprendiz de hombre*, el libro de Gonzalo Torrente Ballester. Tic, tac, el tiempo pasaba, y Hale tenía muy claro que no quería ser un «hombre», no uno de esos; «trabajador», «honrado», hincha de algún equipo de fútbol y con novia formal.

Ahora que había aprobado podía celebrarlo emborrachándose con los amigos, persiguiendo inglesitas desprevenidas, fantaseando jinetes mágicos sobre las nubes amarillentas de la tarde, que se le antojaban salvas de recibimiento al «hombre», al triunfador ---o toreador---: y cuando había empinado el codo de lo lindo acababa profiriendo jijeos mejicanos y hurras desmesurados.

---*¡No tengo trono ni reina, pero sigo siendo el rey!...*

Desafinaba muchísimo.

---*Cucurrucucú, paloma...*

Tenía la garganta tan seca que se habría bebido el agua de la fuente como si fuera cerveza.

Discutían, embotados por el alcohol.

Pegaban carreritas, se caían.

---Ya no tengo ni fuerzas, soy un viejito...

Entonces acertó a pasar la prima de Hale, sin su novio, pues estaba a punto de casarse y había salido con las amigas a celebrarlo.

---*¡Cuánto tiempo sin verte, Luisa Fernanda!...*

Hale le dio dos besos y recordó sus primeros escarceos amorosos, las tardes de verano con Calíope, el escote del traje de baño estampado y las

visiones invernales, los «sueños» prohibidos. De madrugada, se encontraron sentados en la escalera del puerto, todavía bebiendo en vasos robados, con la prima más que achispada. Reía a la más mínima, sin que viniera a cuento, y se veía a la legua que no tenía costumbre de beber.

---¡La noche es joven!

Reía como una bobalicona. A saber lo que pasaba por su cabeza. Se arremangó la falda, tenía las carnes blancas como la luna. Al ir a andar tuvo que apoyarse en la pared y parecía de algodón, como si estuviera tendida en una cama vertical, y todo daba muchas vueltas. Alguien dijo que estaba demasiado borracho, que aunque quisiera, no podría hacerse una paja. Y ella seguía riendo tontamente, y decía que no se lo iban a creer, pero que a aquellas alturas, borracha, a horcajadas sobre una pared de algodón, con novio formal y todo aún era virgen, inmaculada, intocada, como el día de la primera comunión, ji, ji...

Ji, ji, meaban contra la pared de algodón y Hale recordaba las historias que solía inventar a partir de las figuras derramadas sobre el zócalo de la cochera, al llegar a casa. Se partían de risa, sin que nadie supiera de qué se reían. La noche era magnífica, todavía cargada de estrellas. La prima estaba a punto de dormirse, tendida sobre la baranda. Allá a lo lejos clareaba; debían de ser casi las cinco. Hale se agachó para juntar mucho su cara con la cara de ella y decirle a su prima que entre los monstruos meados en la pared, en los «sueños» de otros tiempos, siempre había un lugar para ella, y ella no tenía reparos en quererle.

---Ya ves...

Dijo que ya veía, no le habría costado nada quererle, y él dijo que eso ya lo había escrito Proust, había escrito *En busca del tiempo perdido*, pero que ya no podrían recuperarlo, aunque es posible que su prima no lo entendiera, es posible que no lo hubiera entendido ni siquiera de no haber estado borracha...

Capítulo 14

Hale empezó a disfrutar del nuevo verano sin demasiado entusiasmo. Sus amigos ensayaban nuevas canciones en el sótano y pronto vendría el peregrinaje por hoteles y salas de fiesta. Todo parecía repetirse. Cuando llevaban poco tiempo ensayando, llegó la carta con la noticia de que había aprobado «Preu». Eso le infundió nuevas ganas de divertirse y aprovechar el verano, sobre todo por la actitud que observaba en sus padres, que lo trataban con más mimo y no le reprochaban sus reiteradas ausencias, su alejamiento casi permanente del hogar.

A última hora sus amigos lograron un contrato para tocar en un club nocturno situado en una hermosa cueva natural de la costa. Eso ya fue una verdadera inyección de ánimo. Aquel lugar era magnífico y había buen ambiente, a base de ingleses que tenían casitas en la playa semicircular, flanqueada por altos peñascos y cruzada por un gracioso riachuelo que se deslizaba entre el fresco rumor del cañaveral. Era como un belén, pero con tías de aquí te espero, alucinantes; era como un cuadro surrealista donde la fantasía fuera verdad, porque las gachís eran de carne y hueso, y la playa, el mar, el cielo, con la puerta natural abierta entre el muro de contención de las rocas, sugerían a Hale aventuras prodigiosas y sueños de oro. Cuando en las noches de luna llena bajaban a la playa con algún ligue casual y se bañaban al amparo de las sombras, a Hale le parecía hallarse en un paraíso perdido, inexpugnable para el progreso, con inglesas esculturales, salvadas como él de un naufragio espantoso, el naufragio de la civilización del siglo decadente.

Cuando una de esas diosas nórdicas, altas, esbeltas y de melenas interminables, se ponía de pie ante la luna, con la piel mojada por el baño nocturno, Hale imaginaba que se trataba de una mujer prehistórica dispuesta a golpearle con una quijada de asno para devorarlo. Y luchaba con ella, la arañaba, le arrancaba cabellos, hacía como que la estrangulaba, jugando ante la mirada indiferente de la luna. Por poco buenas que estuvieran, por grandotas y hombrunas que fueran, aquellas inglesas vacacionales se

convertían en diosas de piel cobriza, en ogresas mal entrañadas, en centaurs con grupa de yegua al ser mojadas por la mar salada y acariciadas por la luz mágica de la luna llena.

En las pausas de las actuaciones, Hale y sus amigos se daban un garbeo por la urbanización. Comían salchichas de Frankfurt de las que un gigante rubicundo servía en un carromato barnizado y adaptado como quiosco al aire libre, hamburguesas con ketchup y mostaza, *bratwurst* y cerveza. En un salón cercano todas las gachís eran yeguas esplendorosas y todos los gachós rubios hijos de la Gran Bretaña. Se sentaban a tomar un cubalibre, y uno de los amigos de Hale, avisadillo y chistoso, inventaba otra combinación a base de Coca-Cola y licor de hierbas y lo llamaba «España-oprimida». Hale, para no ser menos, pedía un «ruso negro», que consistía en mezclar Tía María con vodka, y otro de los amigos quería un café irlandés o bien un *Bloody Mary* con «lots of pepper[24]». Había por allí profusión de andobas melencos, con tejanos ajustados y sin calzoncillos, marcando paquete, y gachonas con minifaldas gloriosas empeñadas en no gastarse ni un penique en corsetería.

La cueva que albergaba la discoteca era un recinto soberbio. Para bajar había que descender infinidad de peldaños de una escalera, a trechos angosta y serpenteante, que bordeaba las caprichosas sinuosidades del acantilado. Desde la escalera, escasamente iluminada, se veía el mar. Este se divisaba asimismo desde la terraza que daba acceso a la cueva, y desde esa altura quedaba tan lejos que siempre era un mar sosegado, liso como un tapete verde bajo la bóveda celeste, como un parche de cuero con infinitas estrías, como un sinnúmero de labios sensuales, que no eran sino leves olitas, adornadas por puntillas de espuma blanca, si es que se alzaba viento y el agua se agitaba.

Un pasadizo practicado en la roca daba acceso a la cueva, que dejaba ver el mar por varias aberturas naturales, un mar inmenso, lejano, cubierto con un manto dorado por el reverbero de la luna, que era omnipresente. Paso a paso, la cueva se ensanchaba y en un momento dado era muy espaciosa y daba cabida a la discoteca. Después volvía a estrecharse, había más mesas, más recovecos, más aberturas al mar. Era como un trasatlántico de piedra cruzando el mar de la fantasía.

Lo mejor, sin duda, era el ojo natural que se abría al horizonte delante de la pista de baile. El balcón, protegido por una barandilla, era como un decorado teatral, con la luna campando en lo alto como una lámpara redonda, escondida entre celajes que parecían cortinas de seda azul, dejando una

larguísima estela, como un sendero de plata sobre aquel mar de cuero negro, lustroso, de pliegues innumerables.

Los ojos de Hale se llenaban de sueños, porque era fácil soñar en aquel paraíso, bastaba con contemplar el escenario fastuoso. Desde luego, Hale «soñaba» con *Noches de Blanco Satén*, la canción lenta, apta para bailar agarrados, de los Moody Blues. Las parejas bailaban, las luces indirectas trepaban por las piernas larguísimas de las inglesas, orlando de oro sus muslos, donde ardía una pelusilla dorada, como piel de melocotón, crepitando un segundo para apagarse en seguida. Los brazos desnudos pegados a la espalda del chulapo de turno, parejas perdidas en el bosque de bailadores, los sobacos sudorosos, las bocas babeantes, los cuerpos fundidos, oscilando mínimamente en la penumbra. Melenas rubias incendiadas por la luna, lavadas con estrellas, labios salados, cientos de miles de labios fluctuando en el mar...

Capítulo 15

Había una chica guapa que se llamaba Salome, una inglesita con nombre bíblico, lo cual resultaba la mar de exótico. Hale se prendó de ella una noche, cuando la vio bailar sin pareja, solo con la luz cambiante de los focos que acariciaban su cabellera, de lo más rubia y lacia, arrancándole reflejos multicolores. Era como una musa de ojos verdes, cuerpo mareante y muslos de vainilla, bailando con los pies descalzos. Llevaba un vestidito rojo, muy corto, y todos los hombres se quedaban contemplándola con el corazón en vilo.

---¿Has visto qué tía más buena?

---Estoy enamorado de ella.

Hale se cargó bien cargadito de alcohol y pronto supo que podía volar con unas alas que acababan de salirle en la espalda. Sonaba la canción *A Whiter Shade of Pale* ---«Con su blanca *palidés*»---, de los Procol Harum. Hale miraba a Salome como si le dedicara la canción con el gesto y con toda el alma. Ella debió de notarlo, porque se acercó a Hale, sonriente, y los amigos le dijeron: ---Ya es tuya.

No sé si le dijeron ya es tuya o está en el bote, pero era una advertencia inútil, porque Hale estaba fuera de sí, completamente obnubilado, y no oía ni entendía nada. Era el rey de todos los mares. Nunca supo cómo se encontró bailando con la chica. Entonces se dio cuenta de que toda ella estaba hecha de oro puro, como un ídolo pagano. Cuando terminó la pieza se quitó la camisa, desplegó las alas de los omóplatos y se llevó a Salome agarrada de la mano, volando hacia el exterior, saltando desde los acantilados colosales y planeando hasta la playa. Se abrazaron, echaron a correr, y cada vez que ella se caía, Hale acudía a levantarla, y se caía muchísimo, debía de estar tan tomada como él. Era un espectáculo genial ---alguien, con menos melopea, habría dicho que era deprimente---, sobre todo allá abajo, ante el telón de fondo del horizonte ensombrecido, en la franja de arena, levemente iluminada, donde rompía el mar roncando como una bestia en celo. Salome bailó sobre las sedas negras de la noche y se comió muchas estrellas, que a partir de

entonces resplandecieron en sus dientecillos, encendiendo su rostro como si fuera el sol. Y cazaba luciérnagas con el vuelo de su cabellera, y dejaba sus huellas en la arena, sin que el mar acertara a borrarlas, y se dirigía a Hale con las manos juntas, muy erguida, reverente como si fuera una sacerdotisa ritual.

---He bailado para ti.

---Pídeme lo que quieras.

---*I want the head of John the Baptizer*[\[25\]](#).

---¡Ja, ja, ja!...

Estaba preciosa, jadeante, con el pecho subiendo y bajando. Se besaron, y ella se lo ponía a Hale todo lo fácil que podía.

Cuando regresaron a la discoteca, siglos más tarde, sus amigos le preguntaron si ya se la había tirado y Hale se limitó a sonreír perversamente, sin llegar a decir que no había sabido.

Capítulo 16

A medida que transcurría el verano, Hale y sus amigos experimentaban una especie de hastío existencial. Despreciaban cuanto veían a su alrededor, como si ya estuvieran de vuelta de todo. Se burlaban de sus padres por haberse casado y por trabajar para mantenerles, perdiendo en ello su dignidad. Tenían un concepto muy peculiar de la «dignidad»; para ellos era indigno entrar en la rueda de la sociedad, ser un engranaje, producir para la colectividad, «tragar» cada día la ración de resignación, de sumisión necesaria para no rebelarse contra lo establecido. En cambio no era indigno ser un parásito, vivir de los padres, y desde luego ser un marginado, un mendigo, un revolucionario o cualquier otra cosa que atentara contra lo establecido resultaba dignísimo, era el no va más del decoro.

Había, entre los usuarios asiduos de la sala de fiestas, un andoba a quien se conocía por Cocol, un tipo alto y delgado, de melena rubia y labios capaces de tomar forma de trompetilla y tocar el «quinto levanta». Decían que se había beneficiado todo cuanto se le había puesto por delante, y desde luego él se jactaba de ello; aseguraba que tanto le daba carne como pescado, mientras dejaran sus buenos monises.

Cuando quería hacerle rabiarse, Hale le decía: ---Según la ley de Mahoma, tan maricón es el que da como el que toma.

Si estaba de buenas, Cocol contestaba lo consabido: ---Pero según la de Jesucristo, el que da primero es el más listo.

Otras veces Hale le recitaba el *Romancero Gitano*, y decía: ---Tienes, por eso no lloras, de plomo la parte trasera.

Cocol siempre tenía una chica a quien estrujar, o bien una vieja a quien desplumar, o hasta algún que otro amariposado a quien ofrecer la flor de su «virginidad», cien veces ofrecida. Sentado en un taburete de la barra, solía contar sus aventuras variopintas, que desde luego eran todas de lo más «digno». Cuando estaba curda, sus ojillos desaparecían en un mar de arruguitas y aseguraba que podía sorber toda una horchata por el culo,

emulando a Camilo José Cela.

Si estaba inspirado contaba que una vez se había codeado con la Flor de Lis, que era la hija del rey de las finanzas de París. Decía que se trataba de una chica finísima y que olía a colonia de recién nacido, con un pelo lacio, brillante, alimentado a base de caviar, langosta y otras exquisiteces. Llevaba medias de seda ---o que parecían de seda--- sujetas con portaliqas, y tenía las piernas más largas y bien torneadas que quepa imaginar. Por supuesto llevaba también faldas cortísimas, que dejaban adivinar el encanto abrumador de su feminidad, y que habrían puesto nervioso a cualquiera que no fuera Cocol. Cada dos por tres se empolvaba la nariz, razón por la cual tenía que acudir al lavabo continuamente; de haberse tratado de un hombre, Cocol hubiera jurado que sufría de la próstata. Pero era maravillosa, un regalo del cielo, y su padre, un donjuán avejentado, con el pelo de plata y una perla en la corbata, se conoce que estaba tan camelado por su hija que le concedía todos los caprichos. De modo que Cocol se paseaba en un descapotable rojo por toda Francia, y se iban a Mónaco y apostaban los dineros del viejo en el casino, y ganaban con una facilidad y un estilo que ni James Bond.

Cocol contaba que el día de autos había tenido que desnudarse por entero en una sala fastuosa, toda forrada de terciopelo rojo, y tocar una lira de oro con una coronita de laurel en la cabeza, como si fuera un «poeta laureado» de los que salían en el diario local. Era invierno, y pese a que el clima de París es muy riguroso, había una calefacción tan buena que se estaba a las mil maravillas. Y los señores de los cuadros parecían mirarle con un deje de sorna en los ojos rebosantes de nobleza y compostura. La Flor de Lis se abrió el manto ---un maxi-abrigo chipén--- y dejó entrever un cuerpo atlético y una piel perlina que hubieran hecho caer la baba al más pintado...

---Nada, que era un capullito de alhelí ---apuntó alguien.

---¡Buen capullito estaba hecho! ---exclamó Cocol---. ¡Porque era un travestí como una casa!

Pero lo mismo tuvo que hacerle un lavado de cabeza, porque como lo había pagado era justo comérselo para darle gusto.

Capítulo 17

Otro de los amores que tuvo Hale aquel verano fue una chica alta y huesuda, de larga melena rubia y ojos azules, que se llamaba Valerie. Hale debía de gustarle mucho a Valerie, pues cuando la abrazaba su corazón latía como un caballo desbocado, retumbaba en su pecho como si fuera el martillo de un compresor. Valerie era una secretaria londinense que se pirraba por la música pop, y como Hale parecía ser su tipo, se habría dejado hacer cualquier cosa por él, yo creo que incluso se habría casado y tenido hijos como una mujercita corriente y moliente.

Valerie presumía de ser una consumada espiritista, y una vez celebró una sesión con Hale y sus amigos. Trajo dos amigas, una escocesa y una galesa; era como el chiste del español, el francés y el americano, solo que con las tres comunidades de Gran Bretaña. Por fuerza tenía que pasar lo que pasó. Al principio todo resultó muy misterioso y hasta incitante. Se sentaron en torno a una mesa camilla, con poca luz, y lo más enervante era que las chicas llevaban minifaldas de pánico y tops de lo más vistosos. En el momento álgido, cuando se oyeron gemidos lastimeros que sin duda alguna procedían del más allá, alguien aprovechó la consternación general para meterle mano a la galesa, y los chillidos se tornaron suspiros y grititos de lo más sospechoso. De modo que Hale soltó la carcajada y encendió la luz, y claro, todo el montaje se vino abajo.

Las chicas también se echaron a reír, mientras las sombras de los espíritus salían en desbandada, proyectadas sobre las blancas paredes de la habitación.

---Creo que los espíritus no están por la labor.

Valerie miraba a Hale con sorna, y él le correspondía con la calma más placentera del mundo. La galesa y la escocesa firmaban la colaboración entre sus pueblos a base de compartir a los latinos, por el sencillo método de dejarse besar según determinaba el juego de la botella.

Cuando días más tarde Hale preguntó a Valerie si todas las sesiones que montaba eran así, la inglesita pareció sonrojarse hasta la raíz de los cabellos,

aunque no se sabía bien si era rubor, con la cantidad de pecas que tenía, o se debía a una excesiva exposición al sol. Hale imaginó entonces que todas sus pecas eran lentejuelas de plata ---o mejor, diamantes brasileños---, y que Valerie era un personaje de Valle-Inclán, uno que respondía al apelativo de Cara de Plata. Era algo absurdo, pero la imaginó muy erguida frente al mar, con el cuerpo huesudo y salino, y con la cara adornada con cientos de brillantes, como un erizo de plata. Lo cierto es que estaba hermosa y tentadora, mucho más hermosa y tentadora de lo que era en realidad. Su corazón latía como una moto, y entonces sus ojos se cargaron de dulzura y dijo que había una secretaria en su oficina que se había hecho limpiar la cara, por complacer a su marido, y había quedado hecha un mapa en relieve. Y le ponía la cabecita sobre el pecho, como un perrito faldero.

Luego Hale la llevó de noche en barca hasta un recodo remansado del puerto y se besaron dulcemente bajo la luz de la luna. El mar mecía la barca con una suavidad infinita, y el sereno de la noche refrescaba sus pieles recalentadas por el sol inclemente de finales de agosto. Hale puso en el suelo una cajita de brillantes, remó un poco más y ella no se movía, con los ojos entornados, como si fuera una estatua de mármol, pero, eso sí, con la cabellera rubia de verdad, peinada por el viento. Cuando dejó los remos era el propio corazón de Hale el que latía desordenado, como si se fundiera de amor o de deseo, como si fuera a convertir a la inglesita en un fetiche. Cogió un brillante con dedos temblorosos y se lo incrustó en los labios mullidos, y aquel puntito lanzó un destello cegador y parecía ser el claro de luna. Ahora Valerie era más hermosa de lo que sería nunca, delicada como una rosa, y no dejaba de sonreír, acogiéndole con la mirada. Hale sintió que era todo deseo, todo nerviosismo, y adornó la cara bronceada de la chica con aquel polvillo de estrellas que la dejaba resplandeciente como la luna llena, y el corazón de Valerie volvía a latir tan rápido como el suyo.

---I love you[26].

La barca se mecía como si estuvieran dentro de una cuna tremendamente grande, la cuna del amor.

Capítulo 18

Entretanto llegó ---volvió a llegar--- el mes de septiembre, y los amigos de Hale dejaron la sala de fiestas junto al mar para pasar a tocar en otra cueva adaptada a *nightclub*, solo que esta había sido antes una cantera y no era natural. Esta caverna era muy profunda y oscura, con una larguísima barra frente a la que colgaban columpios de madera, sujetos con cadenas, a modo de taburetes. La pista de baile se hallaba al fondo, dominada por una cabina encristalada, como un balcón, a la que el *disc jockey* tenía que subir trepando por una escalerilla de hierro.

---*We play in a cavern, like the Beatles*[27].

Instalaron un rudimentario juego de luces que se cambiaban accionando interruptores. Había que estar apretando continuamente las clavijas, con lo que se organizaba un concierto del más puro estilo claqué, a base de cientos de clic-clac estrepitosos y desordenados, un martilleo que hubiera puesto nervioso al mismísimo Job. Pero como el conjunto actuaba delante de la cabina y hacían un ruido de mil demonios, los interruptores ni se oían. Y como había altavoces en todas las columnas y recovecos, el entrechoque de los pulsadores tampoco se percibía cuando ponían música grabada, aunque se tratara de una canción muy lenta. Pero en los fragmentos pianísimos sí habría podido apreciarse el repiqueteo de las llaves, a poco que el que las manejaba se hubiera embalado más de la cuenta.

Eso de encender y apagar las luces al compás de la música les encantaba a Hale y sus amigos. La inspiración, como dicen que ocurre en todos los artistas, les venía en los momentos de mayor desdicha, como cuando acababa de malograrse un ligue, o se había recibido una reprimenda de la familia, o simplemente uno se sentía el ser más incomprendido del mundo por un quítame allá esas pajas. Entonces uno podía emborracharse a gusto y hacer verdaderas virguerías con el teclado de luces.

Algo que también ayudaba a manejar de coña los focos era tener una jipi al lado, porque entonces era la época en que los jipis viajaban sin dinero por el

mundo, vestidos con ropas holgadas y llamativas, y se ponían flores en el pelo en San Francisco, tal como rezaba la canción de Scott McKenzie titulada, precisamente, *San Francisco* («Be sure to wear some flowers in your hair»[28]). Una jipi rubia, de pelo grasiento sujeto con una goma en la coleta, de ojos claros, pómulos prominentes, silueta apetitosa, destacada por unos jeans desteñidos y un jersey negro ayudaba muchísimo. Sobre todo si el jersey tenía un buen descosido en la sisa, suficientemente grande para meter una mano, mientras con la otra se conmutaban las luces y se provocaba el delirio. La cabina tenía cristales rojos y azules, lo bastante opacos como para garantizar la impunidad, y la mano tenía que acabar por fuerza oliendo a perfume de bebé.

Por lo demás la discoteca era como una especie de caverna mitológica, a la que se llegaba bajando una tortuosa escalera, en uno de cuyos rellanos colocaban la mesilla de las entradas, a fin de que no se colara ningún listillo sin pagar. Tenían buen cuidado en situarse lo bastante abajo como para que los turistas desistieran de volverse atrás, una vez descendidos los incontables peldaños de aquel infierno musical. Pero la caverna adquiría dimensiones colosales, según el tamaño de la cogerza que uno se agarraba. Entonces uno podía perderse por los intrincados vericuetos de aquel local fantástico, caminando sobre un suelo húmedo, de tierra apisonada, por donde parecían vagar almas en pena. A veces Hale imaginaba que en algún lugar de aquella cueva siniestra había una abertura disimulada que comunicaba con un lago subterráneo, situado bajo un techo de estalactitas goteantes, plagadas de murciélagos dormidos, colgados cabeza abajo. Pero eso eran los efectos de la mona que espoleaba la fantasía.

Una vez Hale estaba en la cabina con la jipi de turno cuando se dio cuenta de que había tomado tantos vodkas con naranja que la boca succulenta de la chica tenía colmillos de vampiro y encías sanguinolentas. A ambos lados de la frente le crecían además un par de orejas puntiagudas, forradas de un vello tupido, como afelpadas con terciopelo o piel de melocotón. Entonces le ofreció un dedo y ella lo lamió como si fuera un caramelo, sacando una delgada lengüeta gatuna que le hacía muchas cosquillas. Nada, que se fueron a un recodo oculto de la caverna, donde la humedad formaba efectivamente un lago azulado gracias al resplandor de las luces indirectas. La jipi le besó el cuello y se lo lamió con su lengua delicadísima, y él la acariciaba sin medida. Fue cuando ella le clavó los colmillos en la yugular y él se quedó sin sangre,

con la piel azul como los zapatos de ante azul ---*Blue Suede Shoes*--- de Carl Perkins.

Capítulo 19

Había una francesa que se dejaba ver todas las noches en la discoteca, una rubita de melena lacia, muy peinada y brillante, cuyos ojos sonreían al hablar y no dejaban de hacerlo al bailar. Y bailaba todo el rato, y tenía a todos los hombres camelados. Nadie sabía de dónde salía, ni adónde iba a parar cuando cerraban. De no ser porque a veces se dejaba acompañar por un tipejo alto y delgado, de pelo también rubio, un figurín de espejuelos oscuros y ademanes amariconados, Hale habría jurado que de madrugada la rubita se ponía unos harapos y montaba en una calabaza para ir a preparar el desayuno en la cocina de Cenicienta. De modo que dio en llamarla Cinderella, y cuando sus amigos decían que el de los espejuelos era su padre, Hale remachaba: ---O tal vez su madrastra, travestida.

Una noche, que se conoce que estaba más animada que de costumbre, Cinderella se subió al podio y se descoyuntaba bailando como si fuera una *go-girl* de pacotilla.

Llevaba un top de esos diseñados para enseñar la espalda, que era descarnada, de modo que se le destacaba la hilera de nudillos que formaba la espina dorsal. Fariña, el guardia municipal que venía todas las noches a pasar revista, la miraba con los ojos fuera de las órbitas, y se veía a las claras que la boca se le hacía agua. Era un guardia parsimonioso, que caminaba muy despacito, con las manos en los bolsillos, y cuando algo le producía sorpresa en lugar de arquear las cejas levantaba las puntas del bigote, un bigote chorreado, entreverado de cerdas blancas, a trechos amarillento por la nicotina. Fariña se ponía a cien, espiando a la francesita, y sudaba a mares. Era el momento de convidarle a un *gin* y hacerle cantar. Cuando estaba borracho hacía la vista gorda, y desde luego reía y lloraba mientras cantaba: --
-El amor es como el *viino*, quien lo bebe ríe y *lloora*...

Por supuesto, desnudaba a la francesa con la mirada, y los amigos de Hale le convidaban a *gin* una y otra vez y después una vez más, y le decían: ---Venga, Fariña, confiesa lo que le harías.

---No dejaría ni las espinas.

Se conoce que la francesita estaba avisada, porque cuando bajó del podio le dijo a Fariña que a ver si la convidaba, y Fariña, pese a que era muy rácano, le pagó un cubalibre, y ella, zalamera, se le acercaba muchísimo y le hacía sudar a mares bajo la gorra.

---*Chaleur* ---dijo Cinderella, abanicándose con la mano---: Calor...

---*Mucho* calor, je, je...

La francesita sugirió que salieran afuera, al fresco de la noche, que lucía un bonito manto de estrellas, y Fariña se frotaba las manos, a pesar de la cogorza. Reinaba un silencio pesado, como forzado, entre las casas sumidas en sombras, casitas de planta baja, con un jardincito delante y otro detrás, modestas, pero pretenciosas. A lo lejos ladraba un perro desvelado. Los coches pasaban volando por la carretera. De un huerto cercado venía un tremendo olor a cerdo.

---Aquí hay *serdo enserrado* ---dijo Hale desde lejos.

Pero a Fariña la broma no le surtió el más mínimo efecto.

Se metieron en un callejón, perfectamente desierto, y Cinderella pudo continuar bailando sin música, ni falta que le hacía, contoneándose y dejándose acechar por Fariña, que llevaba la lengua fuera cual mastín tras su presa y estaba tan empeñado en la caza que no vio la trampilla abierta de una fosa séptica y se cayó desde lo alto lanzando un aullido tremendo y quedó nadando entre la mierda. Pero la francesa, que se moría de risa, no aprovechó para volver a colocar la tapa, tal como sugerían Hale y sus amigos con risillas perversas, sino que pidió ayuda para que vinieran a sacarle.

Cuando Fariña logró salir todavía tenía cara de pánico y se le había pasado la moña.

Capítulo 20

A finales de septiembre Hale se fue, con una maleta llena de ropa pero con poco dinero, a estudiar Arquitectura. Se instaló en una habitación realquilada, que compartía con otro estudiante, en un piso más o menos céntrico, pero bastante modesto. Desde luego no fueron esos los mejores días de su vida. Había dos viejas tacañas que le escatimaban hasta la luz, y tenía que dibujar casi a oscuras, con un flexo primitivo, sumido en la penumbra de la ventana interior, que daba al lavadero. Trabajaba como un negro, y hasta las viejas ponían voz atiplada, como si fueran un par de pollitas, para decirle: --- Tiene usted que salir más, señor Febres.

Entonces la carrera de Arquitectura no era fácil, sobre todo para alguien que como Hale no tenía la más mínima vocación. Cuando vio el bajísimo porcentaje de aprobados en primero y segundo, se asustó. Decidió que él sería uno de los contados mortales que aprobarían, y se dedicó a estudiar con ahínco, de un modo totalmente absorbente, abusivo, sin salir más que para ir a clase o para comer, a lo sumo para ir a comprar un cucurucho de castañas asadas a la castañera de la esquina, lo cual se le antojaba una excursión al otro lado del mundo.

No salía ni los domingos. Su jornada empezaba a las siete de la mañana. Se vestía elegantemente, con el traje de tela «príncipe de Gales», o aquel otro de «pata de gallo». Iba a coger el tranvía a una parada atiborrada de estudiantes como él, con carteras o libros bajo el brazo, conversando siempre de apuntes, de profesores, de asignaturas, de exámenes... Hale odiaba aquellas conversaciones, y aunque coincidía con muchos chicos y chicas a la misma hora, aunque sabía si estudiaban Farmacia, Ingeniería Industrial o Derecho, según la facultad donde bajaban, nunca trabó amistad con ninguno de ellos ni abrió la boca siquiera para decir mu.

Prefería viajar en aquel tranvía traqueteante como un perfecto desconocido. Se ensimismaba en pensamientos imprecisos, viendo desfilan la ciudad a través de la ventanilla. Uno podía saber el barrio donde se hallaba

sin mirar la calle, con solo observar el aspecto de los pasajeros que iban subiendo, sobre todo los jóvenes. Cuando se acercaban a los barrios de clase alta los chicos iban mejor peinados, llevaban ropa más cara y hablaban el castellano con un acento más remilgado, arrastrando todas las palabras, como si fueran de chicle y las mascaran continuamente, y decían todas las barbaridades de moda entre la gente bien. Las chicas, por supuesto, eran cada vez más pijas; llevaban falditas amarillas y calcetines blancos, con el pelo suelto, lacio y dorado, sobre los suéteres azules que se ponían encima de los hombros.

El tranvía tardaba tres cuartos de hora en llevarle a su destino. Luego tenía que andar un trecho más hasta llegar a la facultad, que era como un dado enorme, sin pizca de gracia, como si los arquitectos, que por entonces se mataban a proyectar edificios aerodinámicos, hubieran carecido de ideas para proyectar su propia casa. Hale se iba al bar antes que a clase, un bar bastante concurrido, que ofrecía buenas vistas, tanto por las chicas vestidas de amarillo como por la panorámica de la ciudad y del campo cercano que podía verse desde los ventanales. Otra ventaja, no menos apetecible para Hale, era que servían unos excelentes bocadillos de tortilla, con el pan untado con tomate, que si bien resultaban algo pequeños, podías solventarlo zampándote dos de una asentada, con un café con leche.

La experiencia de Arquitectura resultó decepcionante. En la asignatura de Álgebra Lineal quedaron en pocos días dos hileras de alumnos, de aproximadamente un centenar. Decían que el profesor sabía muchísimo, que era un genio, pero era tan viejo y hablaba tan bajito y confuso que no se le entendía ni jota; además, explicaba a la velocidad del rayo, llenaba tres pizarras de ecuaciones en menos que canta un gallo; era como una metralleta, a pesar de su edad, escribiendo y borrando, escribiendo y borrando antes de que tuvieran tiempo de copiarlo, y mucho menos de entenderlo. Hale, por cierto, no entendía nada de ninguna asignatura. En Cálculo Infinitesimal un profesor se ensañó un día con él porque estaba hablando con el compañero de al lado. Se puso hecho una fiera.

---¡A ver, ese; sí, sí, el de las gafas!

Era un hombre tirando a joven, con un traje azul marino la mar de formal, y con corbata y todo. Gritaba como un energúmeno.

---¡Venga aquí!

Hale bajó hasta el encerado.

La madera de la tarima se doblaba un poco bajo sus pies. Debía de estar hecha de tablas muy delgadas; era como si la tierra se resistiera a tragarle. El profesor le dio la tiza y ordenó: ---Continúe.

---No puedo.

---¡Vuelva a sentarse!

Su sitio estaba en la novena o décima fila. Hale veía las cejas arqueadas de su compañero, y constataba la expresión compungida de los presentes. Pero algunos debían de pensar que le estaba bien empleado. Por haberse metido en Arquitectura, por creer que allí aprobaban a los niños guapos, por haberse comprado unas gafas nuevas intentando ver mejor la pizarra, por dibujar con una bombilla anémica en una alcoba con dos viejas y una radio, por no tener novia formal, por no ir a misa los domingos, por creer que la música decía la verdad y que los tíos con pelos largos eran auténticos, por pensar que aquello era un cine y estaban echando una mala película.

---¡Estos son los tíos que me ponen frenético! ---dijo aún el profesor.

Hale volvió a su sitio.

---No hagas caso ---dijo su compañero---, todos los profesores son iguales.

---¡Estos tíos me tienen harto! ---aseguró todavía el profesor.

Hale sentía como si el mundo se le viniera encima sin que pudiera hacer nada, presa de una profunda decepción.

El desencanto fue royéndole por dentro, creciendo inmisericorde. Aun así, aguantaba estoicamente lo que hubiera que aguantar. Las tardes desapacibles frente al monumento de los Caídos, haciendo un croquis para la asignatura de Dibujo Lineal, sentado sobre las vías del tranvía y levantándose cada vez que se acercaba el transporte. Si no se hubiera levantado a lo mejor el vehículo ni siquiera habría parado. Morir como Gaudí, arrollado por un tranvía, solo que Gaudí era un arquitecto genial y Hale un pobre diablo. Se encaramaba a la verja de una casa de postín para acotar otro croquis con las medidas exactas, mientras alguien le aseguraba que su dibujo estaba desproporcionado, que el trazo era discontinuo, que no valía nada.

Su afición a las líneas inexactas, a las luces y sombras, le bajaba también las calificaciones en Dibujo Artístico, él que creía que estaba bien dotado para eso. Un arquitecto tenía que ser primero un técnico, y después, si se terciaba, un artista. El profesor se le acercaba por detrás y le daba unos toquecitos en la espalda. Hale levantaba la cabeza para mirarle, y el hombre

tenía media sonrisa bajo el bigote.

---Vean, esto es lo que yo llamo el dibujo de un pintor; impactante, pero no técnico; un pintor no es un arquitecto.

En Física le examinó una profesora muy peripuesta, esbelta, peinada a lo Mireille Mathieu, con unos ojazos fríos, muy segura de sí. Naturalmente, Hale se equivocó, y ella dejó escapar una risilla, antes de corregirle. Hale llegó al límite de la decepción y fue a sentarse.

---Pero continúe... Tenía cosas bien.

---No merece la pena.

La señorita le miró con una lucecita en los ojazos fríos, empañados ahora por un deje de conmiseración.

Comer en los comedores universitarios, sopa Juliana; no se daba ni cuenta de lo poco apetitosa que resultaba, y luego un cuarto de pollo. Pidió un café y un coñac Terry en el bar, y luego se fue cabizbajo hacia el tranvía, con las orejas calientes y el rabo entre las piernas. Se hundió en el asiento, como si fuera de pelo de profesora guapa. Sabía que estaba casada con un arquitecto en ciernes que daba clases particulares a los alumnos de primero, clases de Geometría Descriptiva, en el comedor del piso que tenían alquilado. Pegadas a la pared había dos fotos en blanco y negro, muy artísticas, que representaban unas colinas con cochecitos de carreras; cochecitos, porque ni las colinas eran colinas ni los coches eran de verdad. Lo sabía porque él también había buscado inútilmente el beneficio de las clases particulares. También había un tocadiscos de plato grande y brazo aerodinámico, con un baffle plateado que lucía como el sol. Soñó que la apretaba entre sus brazos, y le decía: ---¿Tienes algo de Mireille Mathieu?

---Tengo de Edith Piaf.

Sonreía, definitivamente estaba muy segura de sí.

Cuando abrió los ojos se dio cuenta de que se había pasado su parada del tranvía.

Capítulo 21

Hale se acostumbró a la comida de los comedores universitarios y hasta la encontraba buena; se ve que iba de mal en peor, que ya ni tenía ánimo de rebeldía, porque la manducatoria era más bien regular. Aprendió a comer naranjas con cuchillo y tenedor, sin tocarlas con las manos. Había un compañero gallego que se daba una maña enorme manejando los cubiertos; aseguraba que podía comerse los percebes sin usar los dedos, y Hale lo creía a pies juntillas, viéndole despachar las naranjas, entre otras cosas porque nunca había comido percebes. De modo que dio en llamar «Percebe» a ese compañero, que era más listo que el hambre: siempre se las arreglaba para acabar los croquis en un santiamén, acotándolos con gran exactitud, y lo mismo hacía con los problemas de cálculo o de geometría. Hale pensaba que cuando llegara el cumpleaños del Percebe ---o el día de «San Percebe»---, convendría invitarle a comer pato a la naranja, pero que su desmedrado presupuesto no le alcanzaba.

---Tampoco me llega para llevarte a un *cabaret* a ver naranjas.

---Solo las enseñan una vez al año, cuando menos te lo catas, y entonces les cierran el local.

En los comedores universitarios también aprendió a jugar al póquer con dados, a la hora del café, y a tumbarse a la bartola sobre el césped, a ver si se acercaba alguna chica. Era vital aprender a relajarse y dejar pasar el tiempo, tomárselo con calma, no ser uno de «esos tíos que ponían frenético» al profesor, asqueados con el masificado sistema educativo que se les imponía, uno de los que «le sacaban de sus casillas».

Otro compañero de Hale era muy aficionado a la música: tenía un tocadiscos, una guitarra y una novia. Era un chico alto, inteligente, que solía llevar un jersey amarillo, de cuello de cisne, y que pronto, según decía, iba a tener coche. Ese, por supuesto, trazaba unas líneas perfectamente rectas, sin regla ni nada, y se encaramaba a los monumentos para medirlos como si fuera a recitar un verso. Cantaba canciones de los Beatles sobre la hierba, y lo hacía

muy bien, quebrando la voz a lo John Lennon, y siempre había chicas mimosas que le rodeaban. Una vez, en una de las fiestas de los sábados por la noche en el vestíbulo de la facultad, cantó con guitarra eléctrica y micrófono, y se reunieron tantas fans que el Percebe agarró una pandereta y pugnaba por seguir el ritmo y comerse todos los roscos. Cuando trajo a su novia resultó ser una morenaza alta que desafiaba al mundo con su gallardía. Iba muy bien peinada, con los ojos pintadísimos y los labios rojos como el coral. Hale pensó que aquel chico era uno de los pocos escogidos, uno de los *happy few*[29].

---No me cabe duda de que tú llegarás a ser arquitecto.

El Percebe se hacía el longuis, pero seguro que aquella tía mollar le había dejado tieso. El Percebe, además de ser un cirujano de naranjas, lo hacía todo con el coño, estaba hasta el coño, vivía en el quinto coño, no hacía más que lo que le salía del coño; pero le tomaban por el coño de la Bernarda, decía «ay, qué coño», se pasaba a todo el mundo por el coño, a veces se estaba tocando el coño todo el día y cuando alguien le fastidiaba le decía que se fuera a tirar del pelo del coño de su madre. Decía que las mujeres eran lo mejor del mundo: con una mujer se podía hacer lo que uno quisiera, bastaba camelarla, y cuando te cansabas, pues la dejabas y a otra cosa mariposa.

---Como ellas no pueden venir, tú vas o no vas, y ya está.

Hale pensaba que tenía más moral que el Alcoyano.

---Ahora mismo tengo una zagala que me está esperando, pero como no me apetece, pues me voy de chachas.

Las chachas acudían a un baile de tarde, que era cuando libraban, porque por la noche tenían que estar otra vez en el curre. Era como ir al cine a las tres y salir en plena tarde, con un sol esplendoroso, algo que no acababa de quedar bien, que no pegaba. El cine, como el amor, pedía oscuridad, manejos ocultos, deseos inconfesables, y exigía salir de noche, a menos que fuera en sesión matinal. Hale también se agarraba a una chacha que parecía de goma, por la faja que llevaba debajo y por lo tieso del pelo atiborrado de laca.

---¡Joer, parece que te la vayas a tirar aquí mismo!...

Después emergían al sol de la tarde, que enrojecía los ladrillos de la ciudad. Pasaba una pija con el pelo trigueño y un sinnúmero de pecas que parecían una constelación de estrellas sobre su rostro celestial.

---¡Coño!...

La pecosilla trigueña sonreía como si fuera un cumplido. La seguían durante un rato, mientras atardecía y se encendían las luces de la ciudad. Una

serpiente de luces ---lucecitas--- fría y ajena, insensible, una ciudad superpoblada. Seguro que llevaba bragas con blondas ensortijadas, como el reborde tostado de un huevo frito.

---¿No os las podríais pirar, vosotros dos?

---Se dice ahuecar el ala.

Sonreía. No estaba enfadada.

Una torta de almendra con miel, con ojos de gata en celo. Hale temió que se transformara en un gato de verdad, o en un profesor que le echara en cara su falta de atención y le dijera que «tíos como estos» eran los que no podía soportar. El cielo frío, oscurecido, salpicado de luces, como protegido por el cristal de la noche, seguía observándoles glacial, impasible.

Capítulo 22

Después de Navidades, Hale decidió abandonar los estudios de Arquitectura. La carrera no le gustaba lo suficiente como para enfrentarse con todos los problemas que planteaba. Se fue a la facultad, para vender los libros y el material de dibujo a otros estudiantes. Los amigos intentaron disuadirle diciendo que los estudios no le iban mal del todo, que otros que estaban peor no cejarían en el empeño hasta salir arquitectos.

---El primer curso todo el mundo lo suspende.

---Mal de muchos, consuelo de tontos.

No hubo forma de sacarle de ahí.

---¿Y qué vas a hacer ahora?

---Tal vez me matricule en Medicina.

Comió en los comedores universitarios, jugó a los dados en el bar y por la tarde se reunió con un grupo de amigos y continuaron jugando a los dados en el piso de un pintor que hacía retratos del Che Guevara. Eran retratos planos, de colores chillones, en tonos azules, rojos y amarillos, todos muy cálidos. Sobre la boina del Che siempre destacaba la estrella, realizada con sumo cuidado, minuciosa, aunque careciera de detalles.

También había amigas, y algunas eran verdaderas esculturas de carne y hueso, y por cierto, las chicas eran las que más reían. Montaron un poco de jarana y consiguieron que Hale acabara olvidando su corta y desgraciada carrera de Arquitectura. Más tarde, recorrió la ciudad en el descapotable de un amigo. Lloviznaba, pero no pusieron la capota. Recibían en el rostro las finas gotas de lluvia, más abundantes debido a la aceleración del coche. Las calles, prácticamente desiertas, relucían bajo el agua, y las luces de las farolas culebreaban en el suelo; algunos paseantes embutidos en gabanes blancos parecían fosforescentes al ser descubiertos por los faros del coche. También había paraguas mojados, brillantes como zapatos de charol, y el aire tenía olor a tierra húmeda, a pesar del asfalto. El cielo era un manto negro, sin reflejos, sin claridades.

Compraron bocadillos de Frankfurt en un quiosco, el pan crujiente y calentito, con un agujero por donde asomaba la salchicha, inundada de ketchup y mostaza. Comieron sin detener el coche, pero luego se fueron al *drugstore* a tomar café, donde estuvieron a punto de encontrar compañía femenina.

---¿Por qué no vamos a ver una película de «Arte y Ensayo»?

Pero bajaron hasta el puerto. Había dejado de llover, y Hale tuvo ganas de largarse cien veces, y otras cien se quedó clavado en el asiento, muriéndose de frío y de zozobra, porque empezaba a darse cuenta de lo que había hecho. Había dejado Arquitectura. Había tirado la toalla, había fracasado. No solo era una especie de inútil, sino que iba a la caza de chiquillas mimadas. Los curas que le educaron tenían razón: el destino de Hale ---mejor dicho, de Antonio Febres--- era el infierno. Tenían razón todos cuantos le habían querido bien, a ese paso nunca sería nada ni nadie. ¿Qué estaba haciendo allí a esas horas? Borracho, en lugar de estar estudiando para convertirse en «un hombre de provecho», que era lo que creían sus padres que estaba haciendo.

Se bajó, asqueado, del descapotable.

---*Abur.*

Sus pasos resonaban en toda la plaza, hacían temblar todos los monumentos de la ciudad.

Al día siguiente se despidió de las viejas y cambió de domicilio.

Capítulo 23

Durante algún tiempo Hale no fue otra cosa que un haragán, un solitario abatido, un desencantado más en la gran ciudad, uno de tantos. Paseaba largamente por calles y avenidas, dejando transcurrir las horas bajo el solecito amable del invierno. La gente caminaba ensimismada en sus «obligaciones», fluyendo como un río humano, dejándose atraer por el lugar de trabajo y la renuncia de cada día. No había ni pizca de contestación en la mayoría de aquellos rostros preocupados, ni siquiera parecían darse cuenta de lo que pasaba fuera de sus cabezas, invadidas por la niebla de las necesidades perentorias. No sonreían hasta que llegaba el domingo; entonces parecían lanzar un suspiro de alivio desde el fondo de sus corazones. Los domingos caminaban despacio, con los chiquillos de la mano, y todo parecía diferente. Los desvencijados tranvías no chirriaban al deslizarse sobre las vías de acero, los rostros se veían felices, descansados. ¿Por qué no podía ser siempre así? Incluso el cielo de la ciudad dejaba de ser gris; era nítido y azul como un mar impoluto.

Los sábados, Hale podía bañarse con agua caliente, en el piso donde ahora estaba realquilado, en compañía de una sola vieja. Mientras se bañaba escuchaba música en el transistor. La música venía salpicada de noticias de robos, redadas en los barrios bajos, y de la moral del régimen de siempre. Le gustaba sentir el calorcillo del agua mientras imaginaba la desdicha de los mendigos que dormían envueltos en cartones, con la palma de la mano vuelta hacia arriba, por si las moscas. Pensaba que también tenía que dejar aquel piso, con vieja patrona y todo, para instalarse en un apartamento sin viejas, a lo sumo con un par de estudiantes, puesto que Hale había llamado a su casa y habían quedado en que siguiera estudiando lo que fuera, y ahora asistía a clases como oyente en la facultad de Medicina, que le parecía el edificio más triste y desolado del mundo, algo así como los hospicios que solía describir Charles Dickens en sus novelas.

---Señor *Jeil*, ¿termina ya de una vez?

---Ya voy.

Hale salió al pasillo envuelto en el albornoz, llevando en una mano el peine y en la otra el frasco de gel. En el pasillo reinaba una oscuridad casi total, solo atenuada por el piloto de luz roja situado debajo de la imagen del Sagrado Corazón. La lucecita del piloto, con su brillo mortecino, parecía una estrella lejana, solitaria. Cuando llegaba borracho, Hale se figuraba que la noche había entrado en el pasillo y que había una sola estrella impenetrable: la lucecita del piloto. ¿Cuánto tiempo hacía que no veía estrellas? Desde que había vuelto a la ciudad.

Avanzó sin tropezar con los muebles; conocía el recorrido de memoria, como un ciego. Entró en su cuarto a oscuras, dejó los bártulos de aseo y salió al comedor, con los ojos cerrados. Se sentó ante la mesa camilla, todavía sin abrir los ojos. Debajo de la camilla había un brasero eléctrico y encima, en medio del mantel, una botella de Delapierre y dos copas vacías.

---Va usted a coger frío.

Hale pensó que aquella vieja debía de estar cuando menos incómoda con el breve atuendo que le cubría. De la calle llegaba rumor de lluvia; era una noche fría, pero sin viento.

---¿Por qué no abre usted los ojos?

Hale imaginó la lluvia cayendo insistentemente sobre el asfalto, sobre el pelo negro de una mujer joven, esbelta, de ojos azules, visibles en la oscuridad de la noche.

---¿Por qué no descorcha usted la botella, ya que la ha traído?

Hale descorchó la botella, todavía con los ojos cerrados; eso le permitía imaginar que la vieja era la mujer morena de los ojos azules. Cuando saltó el tapón la vieja acercó, presurosa, una de las copas, para evitar que el vino se derramara sobre la mesa.

---*Chin, chin...* Esto es lo que dicen ahora.

La vieja no tenía ni televisor donde ver los anuncios de Delapierre.

---A su salud.

---¿Por qué no se viste? Cogerá frío.

---¿Tuvo usted muchos novios?

---¡Uy!... No porque no me haya casado he dejado de tener novios. Una no tiene por qué casarse si no quiere.

La lluvia se dejaba oír en los cristales.

Hale se fijó en las tres bombillas encendidas de la lámpara; las otras tres,

la vieja las tenía desenroscadas para ahorrar.

La radio dejó oír una música pegadiza.

Hale imaginó que bailaba con la vieja. Pero en seguida pasó a figurarse que bailaba con la mujer del pelo mojado y los ojos azules, y se abría el albornoz y ella lo abrazaba, desnudo tal como vino al mundo, con una sonrisa regocijada, hechicera.

Aquella mujer era, decididamente, su verdadero amor.

Capítulo 24

Hale bajó a oscuras la escalera de la casa y salió a la calle. Caminó distraídamente sobre la acera. Luego, otra acera. Se metió en una tasca. Dentro hacía un calorcillo agradable, pese a lo sucio y viejo de aquella concurrida taberna. Un televisor a toda pastilla ofrecía el programa del sábado. Hale pensó que tenía que beberse una copa de coñac, la bebida que aseguraban que era «cosa de hombres». O mejor, cien. Sí, cien copas de «cosa de hombres».

Apuró su copa, pagó y salió del bar. Se sabía un poco desagradable, aquella noche. Se puso a seguir a una jovencita y no entendía cómo ella no echaba a correr, al ver que la seguía un tipo tan desagradable. Era una muchachita de pelo negro, lacio, cortado en una graciosa melenita, que vestía una chaqueta oscura y una falda estrecha. Hale se puso delante, por ver si la asustaban los cuernos del demonio, pues se sentía como el mismísimo demonio. Era guapa, ojos negros como escarabajos, tez muy pálida; caminaba torpemente, como si llevara sus primeros zapatos de tacón.

Ella aminó la marcha, se encogió de hombros y le sonrió. Hale se atrevió a decirle: ---¿No te llamarás Ofelia, por un casual?

---¿Qué?

---Ofelia.

Ella exclamó, «¡Ja!», y Hale decidió que a partir de entonces la llamaría Ofelia. Ofelia dio dos saltitos, con los brazos abiertos, imitando los andares de Hale. Entonces Hale robó una flor de un parterre, la única flor del único parterre que quedaba en la ciudad, al menos la única flor roja como una rosa de invernadero, roja como la sangre. Ofelia la cogió con una sonrisa encantadora. Se sentaron en un banco. Se sonrieron. Luego ella se incorporó y echó a andar, alzándose el cuello de la chaqueta. Hale la alcanzó y le tendió la flor.

---Olvidas esto.

Ofelia siguió andando sin volverse, tan de prisa como le permitían los zapatos de tacón. Se metió en una iglesia y Hale la siguió. En la iglesia, Hale

tuvo que guardar la debida compostura, y ella parecía que se esforzaba lo indecible por no reír.

Se sentaron en uno de los primeros bancos. En la penumbra, Hale volvió a ver la cara compungida de la vieja patrona que le decía que novios había tenido los que le dio la gana, pero que no había querido quedarse con ninguno.

---¿Tienes novio? ---preguntó a Ofelia.

---¡Chist!

---¿Qué pasa?

---En la iglesia no se habla.

Cuando salieron se dirigieron a un café. Entraron, Ofelia se fue al lavabo y salió por una puerta trasera. Había andado un buen trecho cuando se volvió para ver si Hale la había seguido, y en efecto, la había seguido.

Se echó a reír, y luego siguió andando como si tal cosa.

Al cabo de un rato ella entró en un club donde había cantidad de chicos y chicas, y abundaban los jerséis sobre las espaldas, las minifaldas amarillas y las melenas lacias a lo Sandie Shaw. Las conversaciones rebotaban de mesa en mesa y parecían una sola conversación sobre peinados, músicas, revistas, coches deportivos y otras memeces por el estilo. Hale se quedó haraganeando en la barra, esperando a que Ofelia dejara el grupito con el que se había sentado, sospechando que no volvería, que a lo sumo le frotaría por las narices un novio alto, hasta cierto punto amable y muy pijo. Pero se equivocaba; cuando al fin se le acercó dijo, simplemente: ---Vamos.

Se fueron al cine. Hale dijo que la chica de la película estaba mejor que teta de novicia, y en la fila de atrás alguien rezongó algo ininteligible. Salieron corriendo, antes de que terminara la película ---corriendo y riendo---, y se metieron en el metro. Ofelia hacía muecas y decía: ---¿Estoy bien, dime, estoy bien?

---Estás loca.

Subieron a un piso donde a veces dormían tres, a veces dos, a veces uno y otras veces ninguno. La mañana les sorprendió en una cama sin sábanas, con una luz de plata filtrándose por los postigos.

---¿Te das cuenta de que ni siquiera sé tu nombre?

---Me llamo Mark Hale.

Capítulo 25

Hale acabó yéndose a vivir con Ofelia. Llamó a su casa para decir que había encontrado un piso de estudiantes y que a lo mejor estudiaría Filosofía y Letras. Todavía podía matricularse como alumno libre, escoger inglés y francés, lenguas que le eran bastante más accesibles que el latín y el griego, y salvar el curso. Filología inglesa era, al fin y al cabo, una buena carrera; alguien le había dicho a su padre ---al padre de Hale: ---Que estudie idiomas, eso es el futuro.

Y el padre de Hale decía que sí, que desde luego, que con el turismo saber idiomas le vendría de perlas.

---Haz lo que quieras, hijo, pero no vuelvas sin una carrera.

«No vuelvas sin una carrera», estas palabras martillaban el confuso cerebro de Hale. «No vuelvas, no vuelvas».

---Descuida, no volveré.

Con Ofelia iban mucho al cine. Durante los descansos proyectaban transparencias de anuncios publicitarios. Algunos eran de agencias de viajes que ofrecían parajes idóneos para románticas, almibaradas lunas de miel. Hale y Ofelia se miraban, con las manos entrelazadas: lo que ellos vivían aquellos días era como una luna de miel.

Paseaban de la mano por bulevares y jardines. Ofelia bailaba sobre un banco tres compases de una música imaginaria, y luego se metían en una discoteca para bailar muy agarraditos y besarse en los labios. Iban al parque de atracciones y se besaban en lo alto de la noria, o se comían un Frankfurt cada uno por su lado hasta que sus labios se encontraban, pringados de aceite y acaso de la suave melaza del amor. Sí, las lunas de miel debían de ser así, en cuartos más aseados, tal vez, con prolegómenos menos encendidos, menos directos, pero algo así, al fin y al cabo.

Ofelia tenía un novio que se llamaba Lucio, un chico espabilado que había aprendido radio y televisión por correspondencia, con *Radio Maymo*, un chico que decían que tenía mucho futuro. Ofelia le escribía muchas mentiras.

Empezaba con un, «Queridísimo Lucio», introductorio que daba pena. Después le contaba que había visto tal y cual película, y que se había acordado tantísimo de la primera vez que la vieron juntos. Había imaginado que paseaban abrazados por las calles de la ciudad y que se besaban en las esquinas, entorpeciendo el paso de los peatones. Las cartas acababan con un, «Te quiero», que debía de poner en ascuas al muchacho.

Lucio contestaba a vuelta de correo, siempre con una reprimida nota de pasión. Hale leía las cartas con Ofelia y se reía mucho de la caligrafía escolar y las sandeces del novio. Amor platónico; Ofelia se limitaba a sonreír; acaso pensara que Lucio era mucho más digno, más puro que ellos; se quedaba embelesada, se le escapaba un suspiro y decía que Lucio era un tío sano, un mocetón de los de antes.

---El cariño verdadero entra por el meadero.

---Eres más insensible que un adoquín.

Y sin embargo, a su manera, también Hale se había enamorado de Ofelia. Se dio cuenta una noche, mirándola a los ojos en una plaza casi desierta; tenía en las pupilas una estrella de plata del tamaño de una moneda. La besó en los labios y le dijo: ---Me parece que te quiero.

Ofelia lo tomó como un cumplido muy dulce. Al llegar al piso preparó una cena opípara, para lo que ella sabía preparar, que era poco menos que nada. Bebieron una botella de vino, y en los cabellos de Ofelia todavía bailaba la estrellita de plata. Luego la estrellita bajó a sus pestañas, y saltando, saltando pasó a su naricilla, a sus labios húmedos, y Hale volvió a besarla y a decirle: ---Me parece que te quiero.

La estrellita revoloteó por la habitación, buscando una salida, dejando manchas y regueros luminosos sobre las paredes, sobre el techo y sobre los cristales. Al fin, desistió y volvió a posarse sobre los labios de la chica.

---Dímelo otra vez.

Su voz era lánguida, perezosa, y la estrellita había salido disparada de sus labios al hablar.

Hale tenía la estrellita pegada en la punta de la nariz y Ofelia no pudo menos que echarse a reír. Hale se contagió de su risa y al final los dos reían a más no poder, y ya ni siquiera sabían de qué se reían. Al amanecer, la estrellita acabó por fundirse con la luz que penetraba por entre las rendijas de la ventana.

Capítulo 26

Regresó una compañera de piso de Ofelia y trajo consigo a su novio, que al parecer era fotógrafo. En seguida propuso a Ofelia retratarla; Ofelia sonrió y dijo: ---No tengo ropa adecuada para un retrato.

---No te hace falta ropa.

Ofelia se dedicaba ahora a buscar empleo, además de seguir estudiando. Quería tener más pasta, decía. Pero le costaba dar con algo que le gustara. Se ganaba algunas pelás en trabajos ocasionales, como anuncios callejeros de jabones, pelándose de frío con modelitos «sugeres» y pintada como una mona; o venta ambulante de libros que la mayoría de la gente rechazaba con cara de pocos amigos, y hasta noches en vela cuidando niños y escuchando música con los auriculares puestos, para no enterarse de los berridos, o hablando por teléfono con Hale, que le entretenía la larga espera desde casa. De modo que le dijo al fotógrafo que si pagaba, que *okay*, y el fotógrafo se la llevó al parque con un maxi-abrigo negro y zapatos también negros, y resulta que al desabrocharse estaba en ropa interior asimismo negra. La fotografió delante de todas las estatuas y fuentes, sentada en todos los bancos, junto a viejos con gorras que fumaban y miraban de reojo con la mayor desidia del mundo. Su cuerpo esbelto, deliciosamente curvado, su piel muy blanca destacaba sobre las superficies grises y los troncos de árboles caducos, rezumantes de savia, que parecían llorar condenados a la inmovilidad. Hale vio las fotos, y la piel de Ofelia relucía como si la hubiera lamido una vaca.

---Estás de alucine.

El fotógrafo estaba cachas, al decir de Ofelia; tenía el pelo crespo, muy cortito, y los ojos de un gris cambiante, según la iluminación, unos ojos que eran como para morirse. Ofelia le estaba agradecida, porque, al menos por una temporada, podría dejar de hacer de canguro, y en eso Hale, que sentía la comezón de unos celos tan tontos como inconfesados, le daba la razón.

---Gracias a él, tenemos buen papeo.

Hale guardaba silencio, camuflado en la oscuridad.

---Oye, ¿no estarás celoso?

---¡Qué va!...

---Pongamos que fuéramos una pareja tradicional, un matrimonio, por ejemplo, ¿ahora en qué etapa estaríamos?

---Ahora, en la infidelidad conyugal; tú me pondrías los cuernos y yo te los pondría a ti.

---Exacto, ahora ya puedo ponerte los cuernos. Qué bestias somos quemando etapas...

Hale intentó intimar con la otra chica, la novia del fotógrafo, pero le mandó a freír espárragos. Entonces recurrió a la imaginación, que nunca le había fallado. Imaginó que la propia Ofelia se la traía ---le traía a la novia del fotógrafo---, y ella le decía que le gustaba, y Ofelia corroboraba que a ella ya se lo había chivado un sinfín de veces. Era alta, más alta, delgada y bonita que en la realidad, con el cabello corto y muy negro. Se dejaba hacer como si fuera una muñeca, como si estuvieran jugando con ella, y el corazón de Hale latía como el de un colegial, y el de ella también, y se demoraban muchísimo en aquella preciosa ración de amor. La luna escalaba la ventana y antes de desaparecer por la parte superior del marco llamaba a los cristales, y entraba con una máscara de porcelana, y besaba a la novia del fotógrafo con pasión, y sonaba la musiquilla de *My Baby Just Cares for Me*[30], como si fueran dos bailarinas sobre una caja de música. Cuando Hale despertaba aún tenía abrazada a la chica, pero no era la novia del fotógrafo, sino Ofelia, que le hablaba distante, todavía perdida en los remotos fondeaderos del sueño.

Luego supieron que el fotógrafo no era tal fotógrafo, sino que tenía un padre millonario que le mandaba montones de dinero para que pudiera andar por ahí fotografiando a troche y moche. Cuando lo supieron le dijeron que tenía que pagarse una cena por todo lo alto, y la hizo traer de un restaurante y comieron a dos carrillos y bebieron como cosacos y acabaron como cubas. Por lo visto el fotógrafo había metido algo en el vino, porque Hale empezó a ver visiones de lo más grotescas, mientras el muy chungón se divertía como un enano. De pronto se transformaba en un pavo real y tenía muchísimas dificultades para andar, y luego era un corcel negro que corría por la inmensa llanura del cuarto, saltando nubes bajo un cielo de plata, y luego las nubes se desvanecían y el suelo era un desierto de arenas de oro.

---Estoy muy flipado; estoy completamente flas.

Hale consiguió descolgar el teléfono, como si fuera a pedir auxilio a la

Cruz Roja, y luego se quedó ensimismado oyendo su pitido. Era una pitón tremenda, una boa constrictor y Hale se reía tontamente, porque sabía que le iba a comer. Ofelia también tenía una sonrisa desencajada, como un zapato viejo, y no se tenía derecha en el sofá. Y la novia del fotógrafo armaba la de Dios es Cristo porque se había empeñado en meter la copa por el cuello de la botella y, claro, no podía.

Capítulo 27

Hale amaneció con un resaca de aúpa. Bebió directamente del grifo una cantidad inmensa de agua que sabía a lejía y en seguida tuvo que ir al baño a desalojar las vísceras. Cuando regresó al cuarto se dio cuenta de que el fotógrafo dormía abrazado a su novia por un lado y a Ofelia por el otro. En seguida le entró un acceso de celos tan grande que comprendió que si no tomaba las de Villadiego iba a convertirse en esclavo del amor y aquello iba a ser la reoca en patineta. Sin pensarlo dos veces lio los bártulos y se fue a una pensión, y se lo tomó tan a pecho que no regresó al piso de Ofelia ni para recoger lo que allí se había dejado.

La pensión estaba formada por dos pisos unidos, dos pisos antiguos y oscuros que siempre olían a coliflor y patatas hervidas. Las habitaciones eran espaciosas, con grandes puertas pintadas de marrón y con estampas de la Virgen o del Sagrado Corazón en las paredes. Las camas tenían colchones abultados, como enormes gatas embarazadas. En los lavabos había grifos de cobre y espejos viejos que deformaban la imagen. La sala de estar estaba atiborrada de butacas dispuestas en torno a un televisor. Allí se reunían los clientes habituales: un tenedor de libros grueso y calvo, una señorita vieja y zanquilarga, dos viudas enlutadas que eran las patronas y un murciano enjuto que siempre hablaba de la huerta.

Comían y cenaban en un comedor alargado, que antes debió de ser galería de ventanales encristalados y que daba a un patio interior. Comidas abundantes y no del todo malas; mucha patata hervida con espinacas y mucha pescadilla que se mordía la cola, eso sí. Desayunaban en otro comedor, más pequeño, siempre lo mismo: café con leche y pan tostado ---cortezas de pan del día anterior.

A Hale lo trataban como a un señorito, porque a juzgar por los giros que recibía de casa, era rico. Él no se sentía a disgusto en aquel ambiente tan sosegado, incluso iba a ver la tele y a charlar al salón, y no se echaba a reír cuando la señorita zanquilarga decía: ---Qué buen novio podría *usté* haber *zío*,

de no zé tan joven...

Pero aseguraba que la juventud era cosa del alma, y ella tenía un alma de lo más viva, y no solo el alma, porque: ---¡Amos, é que una *entoavía é donsella!*...

Y aseguraba que, *amos*, no é por *na*, pero no tenía *na* que *envidiá a naide*, que *laj* tenía *erguidita lo mimito* que una niña de *veinte*, que si no fuera por la *marraná* ahora *mimo* lo iba a *demostrá*, y al decirlo se ponía *toa colorá*.

A pesar de que dudaba si pasarse a Filosofía y Letras, Hale frecuentaba la facultad de Medicina, que era tan hosca y decrepita como la pensión. Tras las rejas ennegrecidas, que le conferían un cierto aire de cementerio, las gradas que daban acceso al destartalado edificio estaban siempre llenas de corrillos de estudiantes y de internos enfundados en sus batas blancas, inquietantes. Los estudiantes solían armarse de libretas grandes y llevaban jeans y capotes azules, y los días templados se proveían de jerséis de punto que se ponían sobre los hombros, atando las mangas por delante, y que parecían formar parte de un raro uniforme. Abundaban los cabellos largos y las barbas, y hasta las gafas redondas, de cerquillo dorado o plateado, que a menudo eran solo gafas de sol, para fardar.

En la clase había también gran número de alumnos. Hale se sentaba en las últimas filas de la escalinata y oía las explicaciones de los profesores ---que además eran médicos--- con escaso interés. Pronto se conchabó con unos cuantos estudiantes desaplicados que se dedicaban a reírse por lo bajo y hacer chistes de la cháchara del profesor. Pero eran profesores amables, que no se alteraban demasiado. Aun así le llamaron una vez la atención, pero fue para poner un ejemplo de alguien con aspecto de médico sabelotodo, lo cual también servía para curar, y a Hale no le supo mal, más bien al contrario, pensó que al menos aquí se fijaban en él y no era simplemente un número, no era «uno de esos tíos que ponían frenético» al profesor.

Le gustaba deambular por la vieja facultad, imaginándose como un discípulo aplicado que iba rumiando curas universales, un sabio galeno distraído, caminando con las manos cogidas por detrás mientras urdía un remedio genial para enfermedades incurables y plagas de la humanidad. Los bedeles le abrían las puertas y le saludaban gorra en mano, y los cadáveres del depósito sonreían por las comisuras de los labios, aguardando las cosquillas que les haría con el bisturí mientras pronunciaba una lección magistral. Qué gran médico iba a ser Antonio Febres, alias Mark Hale... Sería el gran escultor

anatómico, el cirujano con mano de seda, y sus obras tendrían más mérito que las de Miguel Ángel, porque esas sí que iban a poder hablar para cantar alabanzas de su mano prodigiosa, capaz de convertir a la vieja señorita de la pensión en la mismísima Brigitte Bardot. Y si había de ser ginecólogo, qué mañas se daría con las mujeres, qué manos de pajarito tendría, y cuánta experiencia lo mismo para aconsejar a una mal casada que para animar a una vieja machorra. Porque un médico tenía que ser como un confesor y estar dispuesto a echar una mano en el momento más impensado.

Las moscas zumbaban sobre los cadáveres de los enfermos pobres que habían muerto sin remedio, sobre las tristes comitivas fúnebres, sobre los cráneos pelados de los esqueletos antiguos, aquellas calaveras eternamente sonrientes que servían para las clases. Cuánta miseria se desprendía de aquel caparazón supurante en que se convertía el cuerpo humano, derrotado por la enfermedad, acaso por la falta de amor. Era el lado malo del oficio, la cara oscura, la pesadumbre del médico que no conseguía prolongar el milagro de la vida, algo que Hale, quién sabe, acaso lograría, si no acababa saliendo por piernas.

Porque lo cierto es que, en el fondo, todavía dudaba, y su padre pensaba que tanto dudar le traería a mal traer...

Capítulo 28

Hale se corrió algunas juerguitas con sus nuevos amigos de facultad. Todos los sábados iban al mismo bar del centro a tomar una sangría. El dueño ya les conocía y les preparaba la mayor jarra que tenía, sin escatimar licores, cuanto más fuertes mejor. Al tercer o cuarto vaso la realidad del bar, que era como un salón de película de vaqueros, empezaba a deformarse. Los taburetes parecían dar vueltas en torno a sí mismos sin que los impulsara nadie y temblaban, endebles, como flanes. El pasamano también se reblandecía como si fuera una barra de regaliz. Las chicas que asomaban al local parecían equilibristas de circo, con falditas cortas, llamativas, y camisetas ajustadas, y los chicos eran como domadores con látigos, botas altas y pantalón apretado de torero.

---Empiezo a estar borracho.

---Yo también.

Salían, y la calle les quedaba estrecha, de lo esparrancados que caminaban. Iban a una discoteca u otra, y se les antojaban jaulas circulares, o circos romanos atiborrados de gente, donde uno daba vueltas y más vueltas y regresaba siempre al punto de partida, bajo la música estridente de los altavoces. En las columnas había espejos, y cuando Hale veía su cara, emergiendo de las luces intermitentes de colores, sacaba la lengua, una lengua flácida, como de perro, y se atusaba con los dedos las puntas de las orejas como si fuera un hombre lobo.

Luego se acercaba a la barra y pedía otro cubalibre.

Había discotecas de varios pisos donde uno podía sentarse al pie de la escalera a ver piernas, porque todas las faldas eran cortas. Y en todas las salas había posibilidades de encontrar pareja, sobre todo si uno se dedicaba a las charneguitas, como llamaban a las hijas de inmigrantes, aunque hubieran nacido en el país. Hale llegó a tener una lista tan larga de nombres y teléfonos que ya ni se acordaba de las caras. Se abrazaban sobre sofás furtivos, se besaban, «ya te llamaré», decían al despedirse, y si no las llamaban, si la

montaña no iba a Mahoma, a lo mejor Mahoma venía a la montaña.

---¿Por qué no me llamas?

---Ahora mismo iba a hacerlo...

Algunas veces las amiguitas se le aparecían en sueños, con melenitas rubias «a lo chico» y sonrisas picaronas, y había tantas, y todas parecían tan iguales, como multiplicadas por espejos, que Hale se sentía agobiado, sofocado, como si no le llegara el resuello al cuerpo, y se despertaba gritando: ---¡Ya no puedo más!...

Pero eran sueños estúpidos. Claro que podía más. Al fin y al cabo la juventud estaba hecha para eso, para disfrutarla hasta más no poder, y ojalá durara toda la vida.

Una vez, a la salida de la discoteca de turno, Hale se encontró con la señorita vieja de la pensión.

---¿*Ande vamo tan bisarro?*

Hale se empeñó en invitarla a una copa, aunque ella solo aceptó una horchata. Pero le hizo efecto igual, al menos eso dijo ella.

---*É que etá tan durse, Dio mío lo durse que etá...*

Días más tarde, la señorita amaneció acuchillada sobre la acera de un sucio callejón. Hale no había vuelto a cruzarse con ella, pero sintió un pesar muy grande que le costó Dios y ayuda disipar, por mucho que se dijera que no tenía nada que ver con todo aquel feo asunto. En la pensión se habló durante días de los desalmados que querían robarle, aunque había conservado el bolso con el monedero intacto. Decían que el cadáver tenía un rictus extraño, como si se burlara de la muerte, como si le dijera: ---*Amo, que una entoavía é joven...*

Al final Hale consiguió aliviar su dolor echando mano de la fantasía. Imaginó que la señorita zanquilarga no era tan inocente como parecía y que cada noche actuaba en un *cabaret*. Bailaba, saltaba con sus piernas larguiruchas, y encendía de pasión a los clientes avejentados, cansados de la vida. De pronto abría los brazos y las manos se le desplegaban en sendos abanicos de colores, y tenía una sonrisa de oreja a oreja, mientras la sala se caía literalmente de aplausos.

Capítulo 29

Hale había acabado matriculándose como alumno libre en Medicina, pero no estudiaba nada. Cuando llegó la primavera, y mientras sus amigos pasaban las noches en blanco, repasando para aprobar los exámenes, Hale deambulaba por la ciudad con las manos en los bolsillos como un vagabundo. Iba al cine todos los días, de modo que ya había visto todas las películas de la cartelera, tanto las de estreno como las de reestreno. Viajaba en metro de una punta a otra de la ciudad, lo cual estimulaba su imaginación, pues se decía que era como viajar por un submundo lúgubre y desconocido, y que si a los hombres de otros tiempos les hubieran dicho que podrían recorrer grandes distancias bajo tierra a tanta velocidad, habrían creído que se trataba de una tomadura de pelo, por muchos túneles ocultos que hubieran conocido. Los metros eran las nuevas catacumbas de las ciudades, ergo viajar en metro era viajar en catacumba, engullendo todo el aire caliente, viciado, saturado de carbonilla que había por allá abajo.

Se acercaba a la ventanilla y dejaba que ese aire podrido le acariciara los cabellos y le dejara un dedo de mugre en la cara. La vida de la ciudad tenía eso de bueno, uno podía ponerse la máscara de pringue con solo entrar en el metro, incluso con apenas salir a la calle, donde el aire no era menos impuro. Entrar en un cine desvencijado, que olía a pies y a sudor; pasear con las manos en los bolsillos y con las suelas de los zapatos agujereadas; comer un perro caliente con sabor a refrito; seguir andando hasta el alba por las calles desiertas, demasiado anchas para un solo transeúnte, llenas de cadáveres de hojalata, que eran los coches aparcados, era como un acto de fe que le ayudaba a sobrevivir.

Uno de aquellos días sucedió algo que vino a darle ánimo: se encontró con una chica en una calle, apoyada en un árbol lleno de hojas, sujetando la cadena de un perro esmirriado que ni siquiera era suyo, que era de su madre, pero que se creía el amo del mundo. Hale dio una vuelta en torno al árbol. Casi habría podido decir que era «la chica de sus sueños». Tenía el pelo largo, lacio, la

tez morena, la barbilla pronunciada ---*pro-nun-cia-da*--- y era alta y esbelta como una yegua de pura raza. Su cara era más hermosa que bonita, con unos ojos muy negros y muy grandes que parecían «los ojos de la española». Era como una de esas mujeres que pintaba Julio Romero de Torres, solo que en moderno. Llevaba jeans y camiseta blanca, apretadita; calzaba zapatos de tacón alto, y a lo mejor hasta llevaba mini Belcor.

---Tienes una cara muy mona.

La chica echó a andar sin más, mientras el perro ladraba de forma sincopada; más que ladridos, parecían estornudos.

---Te falta un poco de aquí ---se le ocurrió decir a Hale.

---Y a ti de aquí.

Ambos se echaron a reír.

El perro, en cambio, se desgañitaba ladrando, poniéndose derecho sobre las patas traseras.

---Nos vemos a las diez.

---No va a poder ser.

---¿No te dejan salir de noche?

Volvieron a reír.

Se llamaba Otilia, pero le decían Ot. Llegó a las diez y diez, elegantemente vestida de rojo y negro, con una falda corta, estrecha, y con zapatos de tacón de aguja. Hale silbó y preguntó dónde tenía los guantes.

---En el bolso.

Era la culminación de todo en forma de chica. Demasiado hermosa para ser fácil, demasiado fácil para ser una niña «pija», demasiado lista, demasiado tierna, demasiado todo. Hale prolongó su estancia en la ciudad, aun sin presentarse a exámenes, solo por estar con Ot. Se veían todos los días, generalmente por las tardes, y pasaban las noches por ahí, o en un apartamento que ella compartía con dos amigas. El piso tenía muy pocos muebles y estaba decorado con *posters* pegados sobre los desconchones de la pared. También había fotos de Ot con sus amigas, que eran tan altas como ella, rubias y esbeltas como vikingas. Trabajaban de modelos sin contrato, a salto de mata.

Cuando llegaban al piso ponían música en un tocadiscos que había sobre un cajón pintado de colores, situado casi a ras del suelo. Las amigas de Ot cultivaban plantas aromáticas en macetas, y otras hierbas también. Bebían y fumaban. Hale había fumado muy poco en su vida y quedaba pronto turulato, es decir dormido, y ni siquiera la guitarra de Bob Dylan conseguía despertarle.

---*A hard rain's gonna fall*[31]...

Otras veces iban a discotecas. Ot se contorsionaba en la pista, y Hale la miraba sentado en un sofá, con un Martini con ginebra en la mano. Ot se acercaba, cogía la aceituna y volvía a la pista a menear el trasero. A veces sudaba a mares, pero ni aun así paraba, ni dejaba de sonreír, mirando a Hale de reojo, mientras la música martillaba los oídos desde los altavoces: ---*Back in the USSR, you don't know how lucky you are...*[32]

Y Hale, ciertamente, se consideraba muy afortunado de poder tener aquella chica escultural, aquel producto depurado de la raza que había salido un poco rana a su papá y a su mamá.

Capítulo 30

Hale estaba ahora muy delgado, a base de seguir la dieta de Ot, que era prácticamente pan y agua, algo solo apto para modelos. Llevaba casi siempre un jersey de cuello alto, amarillo, tan estrecho que unos meses atrás no le habría cabido, y un pantalón azul celeste, de un tejido extraño, reluciente, y de pata ancha, pero muy ceñido en la parte superior; sin duda su padre habría dicho que era un pantalón de maricón. Ot, en cambio, siempre variaba de modelito; llevaba vestiditos blancos y camisetas amarillas que dejaban al aire su espalda huesuda, apetecible. Su vestuario se adecuaba al sitio adonde pensaba acudir; blusa y pantalón para ir al cine, vestido elegante para salir a cenar, conjuntos sexy para las discotecas y minifaldas gloriosas para los conciertos; tenía una chaqueta de cuero que llevaba sobre un pantalón andrajoso a los desmadres de «*Rhythm and Blues*».

Para andar por casa solía llevar poca cosa, porque ya empezaba a hacer bastante calor. Una vez fueron a casa de sus padres ---de los padres de Ot--- y fue una experiencia deplorable. Su padre preguntó por sus estudios, por el empleo de su padre ---del padre de Hale---, por el tamaño de su casa, y Hale estuvo a punto de marcharse con viento fresco. Cuando salieron estaba tan cabreado, tan lleno de gases tóxicos que si le hubieran acercado una cerilla habría estallado.

Se fueron al piso y se acostaron en el suelo, porque se morían de calor.

Una de las amigas de Ot salió de la cocina con una taza de té helado.

Era una chica de aquí te espero, y se había traído a un andoba borracho, una montaña de carne que hablaba la lengua más rara del mundo. Hale y Ot estuvieron alucinando hasta muy tarde con proyectos para pasar el verano en la isla de los exámenes perdidos ---que era un lugar que acababan de inventarse---, donde los atardeceres serían dorados y merendarían en un merendero y luego dormirían a la orilla del mar. De día se bañarían en aguas limpiísimas, se tenderían sobre la arena inmaculada y quedarían rebozados de blanco, como pescadillas a punto de freír. Respirarían aire sano, perfumado de

resina, bajo los pinos, y se detendrían a escuchar durante horas el murmullo del viento en las ramas, que traería ecos de un pasado remoto, cuando los hombres aún eran capaces de amar.

Hale se quedó frito, con la música a toda pastilla. Durmió como una piedra, y cuando despertó, ya avanzada la mañana, estuvo trajinando en la cocina antes de bajar a comprar el pan. Solo cuando la prolongada quietud presagiaba una melopea de aúpa ---serían ya las dos de la tarde---, se atrevió a llamar con los nudillos a la puerta de la amiga, a ver si sabían algo de Ot. Entró con una sonrisa forzada, mascullando una excusa muy rara, y se extrañó muchísimo de encontrar solo a Ot, larga como un día sin pan, sobre la cama revuelta de la amiga. En fin, se acercó a zarandearla para intentar despertarla y pedirle explicaciones. Fue entonces cuando percibió la extraña frialdad de su piel. De hecho estaba helada. Hale se puso nerviosísimo y nunca supo cómo llamó primero al hospital y luego a la policía. Solo horas más tarde, cuando ya oscurecía y aún no había probado bocado, empezó a comprender que el andaba borracho se la había cargado al pasársela por la piedra, y cuando se había dado cuenta del tamaño de su fechoría había puesto pies en polvorosa.

No hubo forma de dar con el rastro del homicida, ni de saber qué había sido de la amiga, cuya suerte quedó en los archivos policiales del olvido. Cuando le dieron permiso para ir a recoger sus cosas, Hale fue incapaz de transponer el umbral; bajó corriendo a la calle, buscó un rincón perdido donde vomitar y luego regresó a casa de sus padres más muerto que vivo.

Capítulo 31

Aquel fue un verano malogrado, un hueco en la vida de Hale, un tiempo que no existió, alimentado solo con recuerdos de Ot y de su triste final. Hale dejó de salir con los amigos, y la única canción que tarareaba distraídamente era la que Marilyn Monroe interpretó en *Some Like it Hot*[33], aquella que dice: «I'm through with love[34]». Creía a pies juntillas que se le había acabado el amor. Pero para haberse acabado, Hale soñaba mucho con Ot, volvía a estar con ella en sueños diurnos y nocturnos, y eran tremendamente felices. Tal vez la felicidad fuera eso, pensaba Hale, desde el fondo de su decepción: soñar el amor sin posibilidad de tenerlo.

Fue un tiempo triste. Se refugió en su casa, y nunca se había llevado tan bien con su padre, que empezaba a mostrar signos de cansancio después de trabajar toda la vida, y que estaba enfermo de los pulmones. Se le había despertado el gusanillo de escribir, y se metía en su cuarto y escribía a destajo; llegó a tener montones de páginas teñidas de melancolía que tal vez podrían llegar a conformar una novela. Tecleaba durante horas en una máquina portátil, y aunque procuraba ser discreto, sus padres se enteraban igual.

---Menuda tanda de escribir se está tirando este chico...

Su padre le decía que tenía que vender la novela, que en el sanatorio donde le trataban del pulmón había un paciente que también escribía y publicaba en periódicos locales. Hale replicaba que hay un tiempo para todo, y que un día no muy lejano vendería sus novelas. Entonces su padre callaba, y se abstenía de decir que eso era muy difícil.

---El día que triunfes me vas a sacar del tajo.

---Será lo primero que haga, como John Lennon, que lo primero que hizo fue comprarle una casa a su tía Mimi.

Y su padre se figuraba que sería un señor vestido con chaqué y tocado con chistera, recibiendo a los lectores en el palacete con piscina interior que Hale le iba a comprar en la montaña, para que pudiera respirar el aire puro de las alturas y curarse de una vez por todas. Y su madre ---la madre de Hale---

volvería a ser joven, con los balnearios para el reuma y las saunas para los quilos, y se pondría vestidos ajustaditos y tendría aquella sonrisa tan bonita que tenía cuando se conocieron, que era la mujer más guapa del mundo, la única que le supo enamorar.

---Qué felices seremos...

Qué felices iban a ser... Hale ya lo era, cuando escribía pensando en Ot, en la intimidad de su cuarto, dejando que la luna asomara a su ventana como una hoz de plata. Y Ot también entraba por la ventana, con un pantalón blanco, ceñido, y un sostén de pedrería. Se besaban en los labios ---nunca fueron tan puros sus besos--- y luego salían dándose la mano y se iban a pasear bajo la luz de la luna. Respiraban el relente de la noche de agosto, que dejaba un brillo perlino sobre la espalda de Ot, y bajaban al puerto para sentarse con los amigos y charlar durante horas, siempre con un cubalibre empezado ---o una cerveza con coñac---, con los labios húmedos, como la piel, y los ojos llenos de la luz diáfana de la juventud. Una juventud eterna, la de Ot, porque había muerto cuando estaba en el culmen de su vigor, como los grandes mitos.

---Siglos que no se te ve.

---Lo pasado, pasado está, tienes que venir más con nosotros.

Se iban a una calita, más de medio borrachitos, y se bañaban a oscuras ---ellos y ellas---, y Ot también se bañaba, con su sostén de pedrería, también se bañaba con ellos, por mucho que no la vieran, y con ellos se tiraba de cabeza, solo que ella podía remontar el vuelo en plena caída, porque era ingrávida como corresponde a un fantasma, y hermosa como la luz de la aurora.

Capítulo 32

Cuando llegó septiembre ---septiembre llegaba siempre--- Hale se olvidó de Medicina y se matriculó en Filología con el beneplácito de su padre, que seguía creyendo que los idiomas tenían mucho futuro. Pero lo que Hale estudiaba no eran idiomas, al menos no todavía, porque había una serie de asignaturas comunes que tenían que pasar quieras que no, y que eran de lo más aburridas. Pero Hale iba de estudiante formalito. Su madre, siempre solícita, le había comprado un abrigo a cuadros la mar de mono, y como que era bastante friolero, lo llevaba puesto todo el día. Era un abrigo marrón, y con la barba marrón y el pelo marrón Hale parecía un «marrón», que por entonces era un billete de cien pesetas. Se paseaba por el patio de la vieja facultad de Letras como si fuera un visitante, como si siempre regresara al mismo día y a la misma hora y entrara allí por primera vez. Le dio por buscar al espíritu de Ot por todos los rincones, detrás de todas las columnas y todos los libros, pensando que le habría seguido y que por fuerza tendría que estar allí; incluso la buscó en el agua pútrida de la fuente, tapizada de nenúfares, que fue donde la encontró, o creyó encontrarla, aunque lo que pasa es que alucinaba y evocaba los grandes ojos de Ot, venteados por los abanicos de sus pestañas, verdes como el agua estancada ---aunque quizá nunca fueron verdes---, sonriéndole desde el fondo.

Se alejó cabizbajo, en compañía de Ot, y pensaba que la vida era así: la vieja facultad de Letras era un caserón habitado por los fantasmas de los estudiantes que lo habían frecuentado, y por el espíritu de Ot. El mundo envejecía a marchas forzadas, y donde ahora estaban las ciudades había antes cuadrillas de simios con muy pocos rasgos humanos, y antes había habido lagunas pobladas de reptiles, y después habría cementerios futuristas y escombros de nuestra civilización, de cuyo paso no quedaría ni rastro.

Se fueron a merendar a una chocolatería. Se sentaron muy juntitos frente a una mesa y Hale se gastó los últimos chavos que le quedaban. Pensó que tendría que sisar, si quería llegar a fin de mes, y se fijó en el espejo de marco

marrón ---como su pelo y su atuendo--- que destacaba sobre los ladrillos blancos, y vio que una chica marrón se desternillaba de risa a sus espaldas. Se volvió para verla mejor; tenía el pelo liso y lustroso, como si se lo hubiera lavado con claras de huevo, la tez morena y los ojos chispeantes; era lo que se dice bonita, tan marrón como el mismo Hale ---pelo, ojos y capote---, como si fuera su alma gemela.

---¿De qué te ríes?

---Llevas un buen rato hablando solo.

Se llamaba Blanca ---pero era marrón, casi negra--- y Hale la tenía vista del patio de Letras, que era lo que él más frecuentaba. Luego se fijó que coincidían en muchas clases, y que se reía mientras él grababa en el banco esta leyenda: *Don Quijote personaje plano, Sancho Panza personaje redondo*. Se absorbía escuchando los sermones del profesor de Lingüística, mientras Hale lo pintaba como un Dios Padre en medio de un triángulo, todo barbas blancas y cabellos blancos, pero con una calva tierna, casi aromática como el culo de un bebé. La acompañó unas cuantas veces hasta su casa; empezó a llamarla Bruna, porque tenía la piel tostada y los labios oscuros, sensuales; le dijo que ya no se iban a ver más en clase, porque todo lo que predicaban estaba en los libros, y había decidido empezar a trabajar y empollarse los libros antes de los exámenes, así tendría un poco de pasta y no le sabría tan mal vaciar los bolsillos de su padre, que había trabajado toda la vida como un negro y que estaba enfermo como el «padre enfermo» de la canción de los Animals --
--«Ahora mira mi padre enfermo» cantaban los Lone Star, donde la versión original decía: «He's been workin' and slavin' his life away»^[35]---; y se refugiaron al fondo de un portal para besarse durante un buen rato.

---¿Sabes que donde estamos tal vez hubo antes el palacio de un rey caníbal?

Capítulo 33

Hale empezó a trabajar en Casa Escudero, un almacén de botones, hebillas, conchas de ballena y otros efectos para mercería. Entró diciendo que sabía idiomas, que escribía bien, que podía dibujar y hasta pintar, y que si se terciaba podía dar con un eslogan publicitario pegadizo, pero le asignaron una tarea monótona, poco creativa ---o más bien nada---: llevar las cuentas. Le dieron un libro gordo, encuadernado en piel, que parecía el *Evangelio según San Mateo*, pero dentro todo eran números y más números, ni una sola historia picante. Hale se aburría más que una ostra sin perla, y cuando se acercaba la hora de comer empezaba a ver todos los números iguales; se le juntaban unos con otros, se intercalaban, intercambiaban posiciones, y el nueve le hacía reverencias jocosas, mientras el cinco se mecía como una mecedora. El resultado: que como era de esperar se equivocaba cada dos por tres. Entonces el señor Escudero le mandaba llamar con mucha flema y le preguntaba cuánto eran cinco por cinco, o tres más ocho, o lo que fuera, y cuando Hale respondía ponía su negro dedo de negra uña sobre el papel ---que parecía de pergamino-- del *Evangelio según San Mateo*.

---Y dígame, ¿qué pone aquí?

Nunca ponía lo que debía, y entonces el señor Escudero ponía el grito en el cielo. Hale lo miraba con el ceño fruncido, esperando que se ahogara en su propia rabia, que muriera echando espumarajos por la boca, pero nunca palmaba. Ahora que una vez, que se fue a todo correr por complacer a una clienta y regresó disparado a recoger «las pastillas», como llamaba él a los cigarrillos Ducados, se conoce que cogió tanta aceleración y que iba tan ciego que no se dio cuenta de que las puertas de cristal que daban a la calle estaban cerradas, y volvió con la nariz aplastada, chorreando sangre y gimiendo lastimeramente como un perro apaleado. La verdad sea dicha, Hale tuvo que hacer un esfuerzo para no reír a carcajadas, a lo sumo soltó una risilla sofocada que repetía cada vez que le veía con la nariz vendada como un personaje del TBO.

No era feliz trabajando para Casa Escudero, ni siquiera se alegraba cuando recibía la paga en un sobre de papel de estraza; solo sentía un poco de alivio por su padre, que no tendría que mandarle tanto dinero. Luego salía con Bruna, o con los viejos amigos de Medicina, y se emborrachaba y hasta le entraban ganas de lanzarse a las aguas oleaginosas del puerto y dejar que le pillara un trasatlántico. Con un amigo, bebían media botella de ginebra y luego la tiraban ---pero nunca la tiraban entera---, y quedaban tan fuera de sí que ni siquiera recordaban lo que habían hecho; que habían tenido que darles un café con sal que sabía malísimo, tumbados sobre el asfalto con una pataleta de órdago; que Bruna había llorado y había jurado no volver; que tenían ganas de terminar con todo de una vez por todas.

---Creo que será mejor que no vuelva a beber.

No tenía que volver a beber. Tardaba mucho en volver a beber. Se dedicaba a ser un niño bueno, sumando con los dedos para no equivocarse, y aun así se equivocaba y el señor Escudero volvía a montar el numerito, gritando a mogollón de decibelios por minuto. Un día, pensaba Hale, iba a dejarlo plantado, pero no sería sin haber cobrado la paga, ni sin haberse inventado por lo menos durante un mes todos los números del «Evangeli». Entretanto bajaba la cabeza y se iba con el rabo entre las piernas.

Pero había un par de cosas hermosas en Casa Escudero, el ventanal interior y el mozo de embalajes, a quien llamaban Tenet. El ventanal daba a un patio lleno de mierda, pero con casas antiguas, un amasijo de viviendas colocadas una encima de otra, con fachadas verdes, azules, rojas y amarillas, y con ventanas verdes y cristaleras empañadas, con tendederos de ropa que más parecía puesta a ensuciarse que a secar. Alguna vecina asomaba a regar una maceta, y era una matrona enlutada, con un moño como un huevo de avestruz, cargada de años y de quilos; una que premiaba la callada labor de Hale con una sonrisa en la distancia, con la complicidad de los condenados a galeras. Entonces Hale se imaginaba ágil como Tarzán, capaz de descolgarse por el alambre del tendedero y alcanzar a la vecina, que con su abrazo salvador se convertía en una mocita de pies alados y medias de cristal y recuperaba el ardor de la juventud, y desde allí, desde el otro lado del patio ---desde el otro lado del mundo, como quien dice---, saludaba al pobre creador metido a contable, al pobre galeoto condenado a devanarse los sesos a la luz de un flexo, bajo la vigilancia severa del señor Escudero.

Por lo que hace al Tenet, era bueno saber que había en el almacén alguien

aún más desgraciado que Hale. Se le veía ir a echar el correo bajo la lluvia, sobres que primero tenía que franquear, lamiendo los sellos como si fuera un lameculos, un candidato a tener siempre la lengua acartonada de cola. Y luego tenía que humedecer el papel del precinto, ese que decía: *OJO AL PRECINTO OJO AL PRECINTO OJO AL PRECINTO*. El Tenet era casi tan bajito como la mesa, y siempre se reía con sus ojos asustadizos. Hacía unos paquetes perfectamente redondos, como si tuvieran dentro un queso de bola, y luego lo precintaba con el *OJO AL PRECINTO*, y se reía enseñando dos dientes, y a veces se mofaba de Hale, porque el señor Escudero le echaba la bronca, y entonces Hale se lo imaginaba bebiendo el agua de la bacinilla, como un enfermo deshidratado, y juntando mucho los ojos por delante para que se le cayeran como bolas de cristal, como canicas, con el fin de pegarlas luego al precinto, para que dijera con propiedad lo de *OJO AL PRECINTO OJO AL PRECINTO*.

Capítulo 34

Hale vivía ahora con Bruna y con tres compañeros de piso más. Bruna era un poco esquiva, a menudo jugaba a ponerle cachondo con uno u otro de los colegas, o con cualquier amante ocasional. Luego iba y se lo contaba, y no eran faroles, sino que se perdía en las tardes soleadas por los campos de hierba con algún jovenzuelo enardecido y le daba todo lo que los jovenzuelos enardecidos suelen buscar, y la verdad es que de todo tenía para darle. Luego, cuando el pobre desgraciado venía al piso, lo encaraba con Hale, para que se diera cuenta de que ya le había exprimido todo el jugo y no tenía nada más que darle, que solo se había divertido con él para que fuera bueno mientras durara.

Así era Bruna; también solía mortificar al compañero de piso que tenía la piel pastosa, como pringue, formando grumos y verrugas, y que además tenía un tremendo aspecto de viejo a los veintitantos años. Hale recordaba lo que solía decirle su madre, «Guárdate de una mala mujer, hijo mío», y se figuraba que Bruna era, simplemente, una mala mujer, porque se empeñaba en darle achares y porque tenía bien lelo al pobre jovencito viejo de la cara pringosa, que además tenía el pelo crespo y de un color rubio indefinible, tirando a blanco. Bruna se peinaba durante horas, y sabía que aquel pelo liso, brillante, partido por la mitad por una raya perfecta resultaba de lo más fetichista para el lelo, y luego salía del baño envuelta en una toalla, con la piel tibia, aun impregnada de vapor, como un pétalo lleno de rocío, y se frotaba por entre las piernas del lelo como si fuera un gato flaco, de cola enhiesta. Y el lelo perdía los estribos y tenía que enjugarse el sudor con la palma de la mano, y aquello era un tormento para Hale, que cerraba los ojos y se decía que no le importaba.

---Me importa un bledo...

Otras veces era él quien retozaba con Bruna, y eso ya estaba mejor, porque entonces era como un ángel.

---Podrías haber sido el ángel de mi vida ---le decía.

Bruna jamás preguntaba qué era, si no era «el ángel de su vida», y Hale

tampoco se lo decía.

Uno de aquellos días, hacia final de curso ---Hale aprobó casi todas las asignaturas, pero solo a base de estudiar a última hora---, llamó el señor Escudero y el lelo descolgó el auricular. Hale había puesto en práctica su plan de inventarse todos los números del Evangelio durante el último mes, y después de recibir la paga había hecho, simplemente, mutis por el foro, y si te he visto no me acuerdo. El lelo dijo que el señor Escudero había dicho: ---Dígale que ha quedado como un *serdo*.

Regresó a casa y a mediados del verano ---que Hale volvió a pasar encerrado, escribiendo algo que nadie creía que fuera a tener éxito---, cuando ya ni se acordaba de Bruna, cuando la imaginaba en manos de cien lelos como el lelo y se decía, me importa un bledo, se la encontró un día frente a frente, en el umbral de la casa de sus padres.

---¿Puedo entrar?

Le contó que había estado un mes con un jipi dando tumbos por un montón de ciudades europeas, que luego había recalado durante quince días en una especie de comuna campestre, donde dijo que por la noche no tenían ni luz y no sabían muy bien lo que se encontrarían en la cama. Le confió que tenía un noviete en su pueblo, y se extrañó mucho cuando Hale le preguntó si acaso se llamaba Lucio, que era el nombre del novio de Ofelia ---aunque esto último no se lo dijo. Bruna contó que había batido todos los récords y Hale prefirió callarse la boca. Se la presentó a sus padres, que le dijeron en confianza que aquella chica no les gustaba, y Hale se quedó pensando si realmente le gustaba a él, como si hasta entonces no hubiera ido a caer en ello.

Eso fue después de que se bañaran en todas las aguas resplandecientes y se deleitaran en todos los arenales impolutos, después de que a Hale se le escaparan algunas fantasías, después de que ella se abanicara los ojos marrones con el abanico de las pestañas marrones, poniendo en el empeño una ensoñación llena de poesía. Eso fue cuando ella le preguntó si la quería y Hale respondió: ---La verdad es que a mí todo esto del querer me la refanfinfla.

Capítulo 35

Hale no volvió a ver a Bruna; tampoco es que fuera a buscarla, pero nunca creyó que desaparecería tan fácilmente. Lloró, eso es cierto, pero debieron de ser lágrimas de cocodrilo, porque algún tiempo después se reía con sus hermosos ojos oscuros en compañía de unos cuantos conocidos. Una amiga común le contó a Hale que se había liado en seguida con un tipo muy formal, tirando a maduro, porque ya no quería más pibes imberbes de esos que no sabían de la misa la media; luego le tocó disgustarse mucho cuando supo que estaba casado y que solo salía con ella por lo que pudiera sacar. Entonces se dejó ver con un cantante en ciernes que tenía la voz muy bonita y mucha inspiración, aunque su aspecto era un tanto afeminado. Fue lo último que supo de ella, pero tampoco debió de llegar a nada con el cantante, que luego alcanzó la popularidad y hacía unos gorgoritos muy finos que desataban la histeria de sus *fans*.

Hale soñó ---y lo soñó estando dormido, no fue una simple fantasía diurna-- que Bruna lloraba lágrimas de pena negra, y lloraba tanto que llegaba a formar un mar negro que succionaba a los bañistas hacia la nada. Despertó en mitad de la noche, todavía con aquel extraño sueño mortificándole la frente en forma de migraña, y permaneció sentado en la cama, aturdido, durante un buen rato. Cuando puso el pie sobre las frías baldosas para ir al baño descubrió que el piso estaba todo encharcado, porque había reventado el desagüe.

Su madre le aconsejó que comprara lotería, porque los sueños de mierda significaban ingresos inesperados, pero Hale replicó que todo eso eran supercherías. Le hubiera venido bien un poco de parné para pagarse el segundo año de estudios, durante el cual no estudió nada; se dedicó a escribir y a final de curso ni siquiera se presentó a exámenes. Cuando regresó a su casa y fue a ver a su padre al casino se llevó una fuerte impresión, como si por primera vez se diera cuenta de lo viejo y derrotado que estaba por la vida y la enfermedad. Se le acercó por detrás, mientras miraba a un grupo de jubilados enfrascado en el juego de malilla, y vio su pelo blanco, escaso en la coronilla,

y sus manos gruesas, bastas de tanto trabajar. Él le miró con unos ojos cansados, en el fondo de cuyas pupilas llenas de dulzura se veía un profundo desaliento, junto con una cantidad inmensa de amor. Comprendió entonces cuánto le amaba aquel hombre que era su padre, aquel a quien nunca había sabido escuchar, aquel que no supo jamás de él más que era un joven inconformista, un rebelde, y que parecía condenado a dar tumbos durante el resto de su vida. Le besó en la mejilla y pugnó por reprimir una lágrima.

---Cada tarde vengo a ver jugar a la malilla.

En septiembre Hale aprobó todos los exámenes con buenas notas. Le dijo a su padre que iba a quedarse en casa, escribiendo y estudiando, que se examinaría como alumno libre a final de curso y que así le iba a costar menos dinero. El padre de Hale volvió a esbozar aquella sonrisa tímida, cargada de decepción, rebotante de amor, y expresó su contento por el cambio que estaba dando su hijo. Había tenido una fuerte crisis pulmonar y regresaban del sanatorio una tarde lluviosa en que oscureció a hora muy temprana, como si la noche quisiera adueñarse por entero de sus vidas. Hale conducía el coche y por el camino la lluvia intensa se acompañó de una furiosa tormenta. El padre de Hale dormitaba a su lado en el asiento, y cuando despertó limpió el vaho del cristal con la palma de la mano, ávido por contemplar la lluvia con el resplandor de los relámpagos, que eran lo único en el mundo que recordaba que aún existía el día.

---No temas, no se ha dado nunca el caso de que un relámpago alcance a un coche.

Dijo que las ruedas de caucho actuaban como aislante y cuando llegaron a casa, cuando amainó la lluvia, se comió un gran plato de higos con un hambre felina, como si comer fuera el único placer que aún no le estaba vedado. Se acostó temprano y murió antes del alba. Cuando Hale le vio inerte, bañado en sudor, sintió toda la impotencia del mundo, porque ya no podría demostrarle a su padre su amor, ni su valía, ni corresponderle de algún modo por todo lo que le había dado ---y se lo había dado todo--- a cambio de nada. Lo metieron en un ataúd barnizado, bastante modesto para lo que Hale pensó que merecía, con un Cristo de metal clavado en la cruz. Estaba rígido por el rigor mortis, y eso también impresionó a Hale; en pocas horas un hombre vivo, inteligente, lleno de carácter y dulzura de corazón podía estar tan correoso como para agarrarlo de los pies y del pescuezo como un gato frito en el asfalto; un hombre que siempre tuvo la cabeza majestuosa saludando a su majestad la muerte sin

pestañear.

Lo bajaron a una tumba triste y pusieron encima una pesada losa.

Capítulo 36

Todo el mundo decía que aquello era el fin de Hale como estudiante, pero él se empeñaba en que había de terminar los estudios de un modo u otro, justamente porque se lo había prometido a su padre. También le había dicho que algún día sus novelas se harían famosas, y pensaba cumplir su palabra. Pero entretanto tenía que trabajar para sustentarse, y para ayudar a su madre, que no tenía recursos suficientes para mantenerlo estudiando lejos de casa. Encontró una empresa que precisaba de inmediato un traductor, para recibir a ciertos delegados norteamericanos, y se presentó al puesto con su inglés de libro, de música pop y de conversaciones casuales. Entró a trabajar en un cuchitril con tres secretarias, a cuál más joven y dicharachera. Se pasaba las horas traduciendo cartas con un diccionario, porque se le escapaban los términos específicos del negocio, y bromeando con las chicas, cada una de las cuales tenía su historia de amor particular. Al atardecer los novios venían a buscarlas del trabajo, y se iban cogidos del brazo sobre la acera de baldosas cuadradas, reluciente de humedad, resplandeciente al contraluz de las farolas. Hale, que por entonces no salía con nadie, sino que se encerraba en la soledad de su cuarto a escribir y a soñar, imaginaba que los surcos de las baldosas eran canales venecianos, navegables a uno y otro lado de la calle, y que podía recoger a las tres novias con sus novios y llevarlas en un paseo romántico con una barca de papel de carta ---o de papel periódico---, una de esas embarcaciones que se hacen doblando y desplegando un gorrito de papel. Navegaban en la barca del amor, y en todas las ventanas había luces amarillas, y los vecinos les daban golosinas solo por admirar su juventud y acallar la nostalgia.

Una de las chicas era alta y roja como una aurora boreal, los labios siempre adornados con una sonrisa orlada de puntillas almidonadas; ésa se transformaba en un pomo de flores, envueltas en un cucurucho de seda, y bailaba con alpargatas sobre el agua verde del canal. Otra chica era morena como el ébano, y su melena relucía con los últimos fulgores de la tarde, y

cuando soplabla una ráfaga de aire ondeaba y dejaba escapar pajarillos cantores inspiradísimos. La otra chica era menos agraciada, más seria ---muy eficiente como secretaria---, pero cuando se quitaba las gafas se convertía en una joven fastuosa, capaz de enamorar al Príncipe Valiente, que venía a bailar con ella vestido de entorchados como si volviera a hacer la primera comunión.

Llegó la delegación norteamericana y Hale logró entenderse con aquellos hombres de negocios ---alguno acompañado de su mujer--- que tenían un acento endiablado. Debió de ser buen negocio, porque la euforia era general, y el jefe y el subjefe ---a quien el jefe llamaba «segundo de a bordo»--- se reían a carcajadas a poco que supusieran que los americanos estaban comentando algo festivo; se reían a mandíbula batiente, aunque el americano en cuestión estuviera diciendo la cosa más seria del mundo, y luego hablaban con infinitivos, elevando mucho el tono de voz, como si los extranjeros fueran sordos, creyendo sin duda que así iban a entenderles. Y claro, como no entendían por qué se reía aquella gente cuando no debía, ponían cara de pocos amigos. Y entonces el jefe exhibía una sonrisa de oreja a oreja, como un zapato destripado, y gritaba, a voz en cuello: ---¡No ser nada, no ser *naadaa*, ser segundo de a bordo!...

Se conoce que cuando el negocio estuvo hecho encontraron una traductora inglesa nativa ---que había nacido inglesa---, al menos eso fue lo que le dijeron a Hale antes de pagarle los honorarios y echarle con viento fresco.

---Recuerde que usted estaba a prueba y, además, no está lo suficientemente capacitado...

Hale se fue a casa con el rabo entre las piernas. Le abrió la puerta su madre y a su lado, con aquella sonrisa de amor y de decepción, aquella luz derrotada en el fondo de sus pupilas, estaba su padre, que había regresado de algún lugar insondable de la muerte solo para consolarle.

Capítulo 37

Sin dinero, sin trabajo, sin «estar capacitado», Hale se sentía profundamente abatido. Dejó pasar los días esperando que se le ocurriera algo genial, porque al fin y al cabo él era un genio. Dejando pasar el tiempo también se dejó crecer el pelo, y como apenas comía y tenía la tez muy pálida, en las noches de fiesta más que un bohemio recordaba a un aparecido. Por aquellos días solía llevar un jersey negro, de cuello alto, y un pantalón de pana, también negro, y se identificaba perfectamente con aquella frase de Lennon que decía: «Everybody let their hair down»[36], mientras McCartney tomaba el relevo ---el *lead*--- de la canción *Two of us*. Ponía esa canción una y otra vez en el tocadiscos, y firmaba sus manuscritos Hale & Febres y los mandaba a todos los editores conocidos y por conocer. Las respuestas, si las había, solían ser del tipo: «Sentimos decirle que tenemos el programa completo», de modo que cuando leía «Sentimos» ya no seguía leyendo y rasgaba la carta para echarla a la basura. Luego se emborrachaba en un bar nocturno, uno de esos que tienen la música a toda pastilla, y le echaba la culpa de su fracaso a su *partenaire*, que solía ser o bien Hale o bien Febres, alternativamente. Y se reía, desesperado, hasta que el fantasma de su padre le cogía del brazo y se lo llevaba a casa, y su madre le decía: ---Ya vendrán tiempos mejores, hijo mío.

Pero los tiempos mejores no venían y Hale se detenía a mear en la pared del garaje, bajo la mirada reprobatoria de su padre, y entonces veía muchas caras conocidas entre los personajes meados contra el muro, la mayoría chicas a las que no había sabido amar.

Llegó la Navidad, que siempre había sido una época feliz porque la gente parecía creer en la fantasía, y la ilusión era algo cotidiano y hasta posible. Hale no se fijaba en el montaje comercial que ya entonces era la Navidad. Simplemente, se concentraba en «creer», que debe de ser la verdadera fuerza sobrehumana, el verdadero motor de las conquistas imposibles. Creyó que podía dotar de magia las palabras y componer un libro de calidad. Leyó

mucho, aprendió a escribir en catalán ---algo que nadie le había enseñado--- y se sentó día tras día ante la mesa camilla, con un pobre brasero eléctrico bajo el mantel, intentando escribir una buena historia. Llegó la víspera de año nuevo, Nochevieja, pese a que de un tiempo a esta parte para Hale todas las noches parecían viejas, como muertas. Su madre se gastó unos ahorrillos en un succulento plato de dátiles de mar, con un aderezo que parecía un milagro de los dedos de aquella mujer, que había visto pasar la vida desde su ventana como quien contempla el mar del absurdo.

---Está riquísimo.

---¿Vas a salir?

---Creo que no.

Fue entonces cuando le sobrevino la idea de una historia tan simple y profunda que no podría habersele ocurrido ni en cuatro años de trabajo. Tenía magia, que es lo que tienen los textos verdaderamente inspirados y sentidos. Tenía tanta magia que los dátiles de mar volvieron a juntarse en el plato y aplaudían sonrientes, como si no se los hubieran comido, y debajo de la camilla había una luna redonda, romántica, como un farolillo de colores, y las baldosas blancas y negras de la casa eran un inmenso tablero de ajedrez con figuras humanas, y todas las chicas que había conocido Hale vestían de seda y tenían caras sonrientes de porcelana, y el rey y la reina eran de pasta de hojaldre, con los pelos de cabello de ángel, y eran su padre y su madre.

Aquella noche Hale se durmió vestido sobre la cama y a punto estuvo de coger una pulmonía. Tenía la idea detallada en un papel que apretaba con el puño, como si temiera que los seres risueños de las sombras fueran a robársela. Al día siguiente empezó a escribir, y cuando meses más tarde terminó la novela, la mandó a un montón de editoriales. Siguió un silencio largo y lúgubre durante el cual Hale juró que no volvería a escribir en su vida, mientras se preparaba con desgana para los exámenes, porque siempre volvía a caer en la misma piedra y volvía a «crear» en lugar de estudiar. Por fin, una mañana de febrero, su madre le dijo que iba a llegar algo bueno, porque acababa de soñar que el cartero metía un sobre por debajo de la puerta, y era tan grande, tan voluminoso que no había forma de que cupiera. Hale se fue corriendo a correos y regresó más muerto que vivo.

---Nada. A Dios pongo por testigo que no volveré a escribir...

Su madre tenía un brillo de triunfo en sus hermosos ojos verdes mientras le entregaba un sobrecito azul que Hale, desconcertado, tardó un poco en

identificar con un telegrama. La euforia vino después, con efecto retardado. Le comunicaban que su novela había gustado y le proponían publicarla: ahí estaba el milagro.

Capítulo 38

Hale se fue a ver al editor que había aceptado su novela. Vivía en una bonita villa junto al mar, pero era otro mar ---no el mar suyo de cada día---, y como nunca se había codeado con gente distinguida, Hale estaba un poco encogido. Temía que el hombre, engallado por sus conocimientos, le recibiera con displicencia, mirándole por encima del hombro; pero fue bien al contrario, el editor le trató con tanta familiaridad, con tanto interés que Hale deseó que fuera para él como el hermano que nunca había tenido. Recorrieron el mar y la montaña, acompañados por la mujer del editor, que era una rubia larga como un día sin pan, pero algo ajada. Comieron platos con mucho condimento en paradores rústicos, y bebieron vinos recios que en seguida dejaban a Hale de lo más trompa. Entonces le parecía que era el rey del mambo, y que ya le habían dado el premio Nobel. Peregrinaron por barbacoas invadidas de gambas; pasaron por aldeas olvidadas, con cementerios encaramados en las laderas de montañas que descendían a pico hasta el mar; durmieron en casitas blancas---tejados inclusive--- desde cuyas terrazas solo tenías que aventurar un pie en el agua para saber si estaba fría o caliente. Y una noche cuajada de estrellas el editor se paseó desnudo ante la cama de Hale, con la excusa de buscar unas pastillas. Desde luego a Hale no le hizo maldita la gracia. Luego supo que había llegado a pensar si era marica, porque le trataba con gran respeto y devoción, pero ya veía que no.

---Bueno, dicen que cuando las ganas de joder aprietan ni los culos de los amigos se respetan.

Rieron, y el editor lo llevó a la editorial, donde Hale pudo inspeccionar los originales de algunas novelas legendarias y alucinó un poco. Conoció a otros escritores, algunos ya viejos, que no hacían más que contar batallitas, y otros novatos, que parecían estar a años luz de sus propios logros. Demostró una prudencia que en otro tiempo no habría tenido: no contestó más que con una sonrisa a las pullas de los envidiosos y fingió escuchar los consejos de los carrozas. Había un lechuguino que andaba pisando huevos, que le dijo que si

se dejaba ver con el editor incluso iba a pegársele algo, y a ese solo le dijo: «De eso se trata», como si la cosa no fuera con él. Había también una escritora con una papada como una ensaimada a punto de enhornar. Era como una enorme pelota de playa, de esas a rayas azules, rojas y blancas. Cuando le invitó a comer en su casa supo que en realidad era un abejorro fenomenal, porque tenía un caparazón de cutina bajo el que ocultaba unas alas de seda. Cuando se reía destilaba lágrimas azucaradas ---azúcar moreno---, a base de libar copitas de anís y fumar caliqueños, contra los dictados de su médico. Cuando estuvo tomada se transformó en la muchachita linda que había sido en su juventud, con un vestido vaporoso bajo el caparazón de vieja, con el pelo negro y los ojos grandes y vivos como carbones encendidos. Y entonces leyó un poema, y sus pies descalzos subían por una escalerilla invisible, acercándose al decorado de la luna llena.

---Te aconsejo que no abandones los estudios, por si las moscas...

Esa mujer demostró quererle bien, y tener el alma liviana bajo el cuerpazo abotargado. Hale iba a recordar siempre aquellas palabras, porque sabía que aunque había tenido un éxito, una flor no hace verano, y que aunque el aplauso se repitiera una y otra vez, debía tener algo donde agarrarse cuando vinieran mal dadas.

Capítulo 39

Hale trabó profunda amistad con el editor, y le reverenciaba como si fuera su padre. Sentía por él un afecto verdadero, y se identificaba con su carácter y con el amor a las palabras que ambos compartían. Hale creía que, si le hubieran vendado los ojos y le hubieran metido en un salón lleno de gente silenciosa, el instinto, o aquella especie de corriente telepática que se establecía entre los dos, le habrían guiado hasta donde estuviera el editor. Los dos reían al unísono, y se entristecían por las mismas cosas, y tenían idénticas opiniones sobre temas muy dispares. Pero el editor advertía que era imposible lograr un triunfo permanente, porque:

---No se pueden dejar huellas en la orilla del mar.

Hale se encerró en su casa durante meses a escribir febrilmente, prefería escribir montones de páginas, en lugar de retocar las ya escritas, porque se sentía más creador que perfeccionista, más inspirado que técnico. Cuando oía que los del ramo despreciaban la inspiración en beneficio del sudor, es decir, que trabajaban sus creaciones hasta el infinito, Hale se decía que aquello no iba con él, porque cuanto más enmendaba un texto más lo deterioraba, y lo importante era que tuviera ese toque de gracia de los momentos álgidos, algo que no podía forzarse por mucho que uno se empeñara. Cierto que aprendió a volver sobre lo escrito sin estropearlo, que adquirió un poco de método, pero siempre fue un autor de arrebatos, siempre creyó en las musas, y a lo mejor ni siquiera andaba equivocado del todo. Aquel invierno escribió mucho, y el editor se dejaba caer de vez en cuando por su domicilio, le daba consejos y al final aceptó publicar otra novela que conquistó cierta celebridad efímera. Se titulaba... No recuerdo cómo se titulaba, lo mismo que no logro recordar cuál era el nombre del editor.

Cuando el editor se acercaba a casa de Hale, su madre ponía todo su empeño en preparar platos suculentos, y aquel hombre ciertamente disfrutaba comiendo, lo mismo que su mujer, que no lo parecía, tan flacucha como estaba, pero comía a dos carrillos; «Muera Marta y muera harta», decía la madre de

Hale, y también decía que la mujer del editor era tan alta que cuando la comida le llegaba a la punta del dedo gordo de los pies ya era hora de volver a empezar. Todos reían, y se regodeaban con las zarzuelas de pescado, y con los canelones de salmonetes y gambas, y chupaban el marisco con tanto deleite que parecía que se había desatado un ciclón. Y cuando venía la escritora que comía como siete, gorda como una pelota, aquello ya era la debacle, y la madre de Hale se desvivía asando piernas de cordero y echando picadas de almendra a la caldereta de langosta, con el corazón en un puño, por si marraba el condumio y no lo encontraban a su gusto.

Hale se había afeitado, y cuando comía y bebía con los editores se disfrazaba de angelito retozón, con unas alitas blancas en la espalda, como uno de esos querubines que salen en los cuadros de ciertos pintores relamidos. La mujer del editor también se disfrazaba con él; se ponía una falda blanca, holgada, que recordaba las enaguas de nuestras abuelas, y con los pies descalzos y la tez morena, tan delgada y con la cabellera rubia desplegada, era como una musa, y si no volaba, lo parecía. Todo quedaba en risas y felicidad, y entonces Hale se acordaba de su padre y pensaba lo contento que se habría puesto viéndole triunfar, y se decía que cuando menos como homenaje a aquel buen hombre tenía que terminar los estudios, que aún proseguía, a trancas y barrancas, aprobando un par de asignaturas hoy y suspendiendo otras dos mañana. Entonces era cuando salía a relucir lo de «hacerse un hombre de provecho», como si el tiempo no hubiera pasado, como si todavía tuviera el libro de texto de Torrente Ballester, *Aprendiz de hombre*, que hacía referencia a un oficio poco menos que imposible. Y entonces volvían a recordarle que aún no tenía novia, y le repetían aquello tan manido de «o casarse o quemarse», y él se enternecía rememorando a Ot ---abogada de los amores perdidos---, y decía: «¿Quién me va a querer a mí?», y la mujer del editor remachaba: ---No te querrá ninguna mujer como Dios manda.

Capítulo 40

Todos los amigos de Hale se habían casado ---todavía no se llevaba lo de arrejuntarse---, y aunque ahora era más conocido que nunca, si quería salir, tenía que hacerlo solo. Cierto que encontraba en seguida compañía; había montones de gente dispuesta a beber con él, incluso a emborracharse con él, y en cuanto a las chicas, siempre las había que no se hacían las remolonas y se dejaban abordar lisa y llanamente. Lo normal era que Hale se juntara cada noche con un grupo de chicos y chicas en los bares nocturnos, y que acabara ajumado, como siempre, por mucho que ahora fuera una cogorza compartida. Y cuando estaba curda no sabía lo que hacía. Era capaz de declararle su amor a la mula Francis; y había que ver lo guapas que estaban las prójimas por la noche, a la luz escasa de los faroles, con los destellos cambiantes de las discotecas, y lo distintas que eran cuando amanecían resacosas a la luz de la realidad.

---Un día te va a atrapar una de esas pelanduscas...

Bailaba con ellas. Salía a las terrazas invernales, bajo lunas que parecían frutas escarchadas y estrellas como lentejuelas sobre un manto de terciopelo. Y seguía bailando sobre verdes llanuras, como inmensos tapetes de fieltro, donde las parejas rodaban como bolas de cristal, con un mundo de peces de colores dentro. Y por la mañana despertaba dolorido, más cansado de lo que se había acostado.

Los amigos de Hale se habían unido a chicas «formales», seguramente porque, como decían ellos mismos, ya habían echado todas las canitas al aire y no tenían por qué hacer siendo viejos lo que ya habían hecho cuando jóvenes. De lo que se deduce que los amigos de Hale ya eran viejos antes de los veinticinco. Uno de los amigos había sucumbido a los encantos de una jovencita delgaducha, que era como un «galán de noche» tetón, algo así como un cuadro de Magritte. Otro tenía una esposa risueña, con las piernas más delgadas del mundo, tanto que cuando llevaba falda parecía una pelotita de bádminton, de esas provistas de reddecilla y que se demoran siglos en caer.

Otro compañero tenía una mujer de lo más corriente y moliente, una que decía de sí misma que era una chica «del montón», pero con unos enormes ojos verdes. Otro «camarada» había conseguido a «la mujer de sus sueños», una morena delgaducha, un tanto timorata, que le tenía encendido el corazón, y ese ---pensaba Hale--- era feliz, con tan inmensa cantidad de candor en el pecho; ese vivía la ilusión hecha realidad y tenía la riqueza de la que hablaba cierta canción de los Byrds: *I'm richer by far with a satisfied mind*[37]...

Influido por sus amigos, perdido en la soledad, Hale se buscó una novia. La primavera sonreía ya tímidamente y los árboles empezaban a engalanarse. Hale se había puesto un traje negro, hecho a medida por uno de los últimos sastres de la ciudad. Estaba muy elegante, al decir de su madre, que siempre le veía con buenos ojos. Pero no era la única que le quería bien, muchas mujeres le miraban con mayor o menor disimulo y con los ojos chispeantes, como si fuera el príncipe endomingado que habían soñado.

Hale se acercó a una chiquilla, casi una colegiala, una que era listilla y no era fea, una antigua compañera que, al contrario que él, ya había terminado la carrera. Era una de esas mujeres que saben lo que quieren ---y hasta lo que no quieren---, y no puso el menor reparo en dejarse cortejar. Ahí quedaba eso, los afanes por hacerse un nombre ---como si no se llamara Mark Hale---, las envidias de los que «no lo habían conseguido», los amores secretos con Ot, las advertencias de su madre contra las cualesquiera y pelanduscas que un día iban a atraparle y después sabría lo que era bueno, la obligación de ser piadoso y de derechas, la perentoria necesidad de convertirse en «todo un hombre» una vez superado el aprendizaje, la decrepitud y muerte de su padre, la mirada lánguida, vencida, la memoria de su padre, la lucecita de amor en sus ojos, ahí quedaba todo eso. Tenía una novia idónea ---«Nunca creí que supieras escogerla tan bien»---, iba tirando ---a trancas y barrancas--- en los estudios, era conocido, tenía un editor que era como un padre para él, y la enamorada le quería con todo su corazón, con toda su alma, con los versos de Neruda en noches como aquella ---«cuánto la quise»---, con una sonrisa inmaculada, capaz de transformar la luna en un espejo y el mar en un lago de tinta...

Entonces le entró pánico, pensó que nunca más iba a ser libre, que iba a estar atado al carro de la servidumbre matrimonial para siempre; sintió una desazón que hasta entonces ni siquiera pudo suponer que fuera a existir, y se dijo que debía terminar con su «noviazgo» cuanto antes. Fue una lástima,

porque la chiquita le quería bien, estaba dispuesta a pasar por todas sus rarezas, incluso había accedido a repasar sus páginas, enriqueciéndolas con su amor, dándoles un sentido y una profundidad que no tenían. Porque Hale, con tanto ajeteo, se había vuelto trivial, tal vez por el prurito de producir demasiado. Lo cierto es que su chica le reverenciaba, y que cuando le dijo que no quería seguir con ella, que no sabía qué le había entrado, que no era porque tuviera a otra, sino que simplemente no se veía con ánimos de seguir adelante; cuando le dio cien excusas ella solo le dijo: ---Si no me quieres, lo dejamos.

Y lo dejaron.

---Pero que conste que yo sí te quiero.

Era bonita; era incluso hermosa, con un cuerpo grácil que seguramente estaba hecho de hojaldre. En los ojos tenía la profunda tristeza de quien es desairado injustamente, y en el corazón un abismo de inocencia y nobleza de ánimo. Debió de llorar a mares en la amargura de su soledad, y cuando las lágrimas se secaban debían de solidificarse encima de ella en forma de un caparazón de perlas.

---Creo que he obrado mal.

Había destrozado la vida de una persona que le amaba, que no había cometido más pecado que amarle, y el remordimiento no lo dejaba tranquilo. Pero se veía impotente para reparar el daño, lo único que podía prometer era no volver a dejar en la estacada a nadie que le amara.

---Perdona mi ligereza.

Durante muchos años siguió oliendo el perfume de sus cabellos, viendo el mar atardecido en el fondo de sus ojos tristes, oyendo el eco de su voz.

Su nuevo libro fue un fracaso, y Hale, embotado de emociones contradictorias, desencantado, tardó mucho en volver a escribir. Su amigo el editor le decía que eso era normal, que siempre había altibajos, que tenía madera de éxito y que estaba destinado a «conseguirlo», pero Hale pensaba que aquel hombre le había tomado demasiado aprecio y que ya no le juzgaba con imparcialidad, sino más bien todo lo contrario. Se encerró otra vez en su casa. Llenaba montones de hojas que luego desechaba, desalentado, y cuando protestaba diciendo que nada le salía al derecho, su madre le decía que solo cuando escribiera algo auténtico ---auténticamente sentido--- tendría su premio.

El valor de las cosas sencillas, el vistoso vuelo de una mariposa, la mirada fiel de un perro viejo, los ojos tristes de su «novia», las migas de pan

sobre el mantel, el cuchillo de alpaca ---que olía a polvos de limpiar---, los vasos con el membrere de cierta leche de almendras, la vieja cocina de carbón, la nevera de hielo ---todavía guardada en el desván---, el aparato fonador de las muñecas estropeadas ---un tapón con agujeritos pegado a la espalda---, los orificios en forma de diana de la puerta de la despensa, los cuadernos escolares ---donde escribió los primeros poemas con tinta y plumilla---, el hule que protegía la mesa ---cortado con una hoja de afeitar cuando hacía trabajos manuales---, la pared roja del garaje ---donde él solía mear personajes por la noche---, el plafón del techo ---que era el sol de sus sueños de triunfo---, los «sueños» diurnos con los que se vengaba de la ignorancia del mundo, y de la indiferencia, y del fracaso... Cogió la pluma y empezó a escribir una historia sentida, una historia que contuviera toda su verdad.

Cuando le mandó las primeras páginas del manuscrito, el editor le llamó entusiasmado: ---Tienes que terminar esta historia; ahí tienes un filón...

Entonces Hale se pasó todo el invierno escribiendo. Escribía durante todo el día, y por la noche se iba a un bar y bebía para olvidar todo lo que había escrito, como si la verdad fuera así de insoportable. No tenía relación con nadie, más que con su amigo distante y con los compañeros de juerga que encontraba en los bares nocturnos, ninguno de los cuales sabía nada de su trabajo. Unos eran obreros, otros trabajadores ocasionales, otros meros habitantes de la noche, pero todos compartían con Hale la camaradería de quien sabe que la vida es efímera y que vale la pena vivirla a fondo, valorando la sonrisa de un niño, el amor de una muchacha, las horas libres de trabajo, el poder de la amistad, la inteligencia de quien la tiene y la sinceridad de quien no la tiene, o no sabe que la tiene. Solo cuando estaba muy cansado, muy ido, Hale se relajaba y volvía a soñar despierto, y las piedras se humedecían, y parecía que las paredes arcillosas «sangraban» humedad, y en el cielo se estremecían las estrellas y dejaban caer una lluvia de lágrimas de fresa.

Capítulo 41

Aquel invierno Hale escribió muchísimas páginas; pensaba escoger las mejores, pulirlas, con la perspectiva que le diera un tiempo de reposo, y luego enviarlas al editor. Ya tenía un buen mazo de hojas cuando un amigo ocasional le propuso viajar a la otra gran ciudad, a ver a su novia ---la novia del amigo-- y solazarse un poco, lo cual le haría ver las cosas con la debida distancia. El amigo era un amigo de infancia, uno que hacía trabajos paralelos pero aspiraba a vivir de la pintura. Era el hombre más amable del mundo, respetuoso incluso con las sillas, a las que pedía perdón si acaso las rozaba al pasar, como si fueran personas. Una vez Hale le dijo que tenía un despiste mayúsculo, más exagerado incluso que el suyo, pues él nunca pedía excusas al mobiliario, incluso si se dedicaba a estropearlo a patadas de resultas de un berrinche, y el amigo le dijo que él no se disculpaba con los muebles, sino con los entes que podían estar usando los muebles en aquel momento. Hale se quedó un rato perplejo, pero no dijo nada, y el amigo explicó que ahora mismo, entre los dos, podía haber un ser descomunal, uno de esos que no se ven pero que tienen suficiente poder como para detener el curso de los astros. Hale se rascó la coronilla.

---No digo que no...

Desde entonces, siempre que se sentaba con el amigo, ya fuera en un bar o en su propia casa, ponía una silla para el «ente» invisible ---seguramente alado--- que en aquel momento quisiera ocuparla. El amigo, que era un buen fotógrafo y un pintor meticuloso, sostenía que nada ocurría por casualidad, que todo estaba muy bien acordado, y que los entes eran tan poderosos que podían hacer fotocopias en relieve del universo. Cuando paseaban, hablando de cien burradas, el amigo se detenía ante un parterre, cogía una flor y decía que aquello ---aquella estructura perfecta--- era una maravilla de orden y simetría, un ajuste armónico entre las entelequias imperceptibles y las leyes físicas de este lado de la realidad. Y añadía que sus pasos ---los del amigo y los de Hale--- se habían encontrado por algún motivo que luego se vería.

---¿Cuándo?

---Luego.

Y «luego» tanto podían ser dos segundos como cientos de años. ¿Qué eran, al fin y al cabo, unos cuantos cientos de años comparados con la antigüedad pasmosa de la Tierra? Hale movía negativamente la cabeza, y se iba cabizbajo. Unos cientos de años no eran nada. Él se había levantado aquella mañana ---a las nueve, tampoco había necesidad de madrugar--- y hasta que había desayunado y se había puesto a escribir habían transcurrido «unos cuantos cientos de años», media hora, más o menos. El amigo decía que por las noches, mientras dormía, «su» ente le salía del cogote, y que él se iba a pasear en cuerpo y alma, por obra y gracia de su ente, por este y por muchos otros mundos posibles, y veía maravillas que luego no recordaba, pero maravillas al fin y al cabo, y por eso algunas veces se levantaba tremendamente cansado.

---Tú estás majara...

El amigo se detenía, le miraba ceñudo a los ojos, y viendo en los de Hale la sonrisa divertida, no podía por menos que corresponder con otra sonrisa idéntica.

---Te perdono porque tú al menos tienes imaginación.

Se fueron a la otra gran ciudad y se metieron por descuido en un tren expreso que parecía salido de una película de *cowboys*. Resultado: Hale no pegó ojo en toda la noche, que pasó oteando la luna que campaba sobre la llanura anochecida, como una gran raja de coco refulgente. En cada estación --algunas realmente desvencijadas, como andenes abandonados tras «la fiebre del oro»--- entraban y salían pueblerinos cargados con fajines de insomnio, sin contar los seres invisibles que atiborraban el vagón medio vacío. Al día siguiente, mientras paseaban por un parque muy frondoso, Hale tenía tal conjuntivitis en los ojos, irritados de no dormir, que veía a los seres invisibles columpiarse sobre una hoja minúscula, mientras el amigo la fotografiaba, afirmando como siempre que aquella minucia era el arquetipo de la magnificencia. Se fueron a comer y el amigo pidió entremeses y bistec con patatas; a la hora de cenar se fueron a cenar ---hacían todo a las horas--- y el amigo pidió entremeses y bistec con patatas, al día siguiente comió entremeses y bistec con patatas y cenó entremeses y bistec con patatas, y así sucesivamente; quince días a base de dos comidas diarias, igual a treinta entremeses y bistec con patatas.

---Si hubieras tomado para desayunar y para merendar, a lo mejor te hacían dos por uno....

---Pero es que a mí me gusta.

Cierto, en la vida, a poco que uno pueda, hay que hacer lo que a uno le gusta, y el amigo lo tenía muy claro. Por qué casarse con una chica que no te acaba de gustar, mejor quedarse soltero. Por qué trabajar en un empleo deprimente, mejor privarse de todo. Por qué comer langosta, si puedes comer bistec con patatas...

Otro día alquilaron un coche y se fueron a rondar por los alrededores de la otra gran ciudad. Vieron cosas que nunca habían visto: montañas cuajadas de vegetación; riachuelos saltarines, donde los entes se bañaban a gusto y cantaban canciones acompañados por el rumor del agua fresca; pueblos perdidos, donde una nube de moscas protegía del sol inclemente a los niños que dormitaban en los portales; castillos de antigua prosapia, ruinas de un poderío venido a menos, con almenas que se bamboleaban con el viento, donde los seres invisibles aullaban como lobos para asustar a los incautos. De regreso, se les quedó atrapado debajo de la panza del coche un papelote enorme, y lo llevaron a rastras mucho tiempo, mientras Hale se desvivía por orientarse entre los semáforos.

---¿Y si ahora se pegara fuego?

Hale rugió algo ininteligible.

---No sería la primera vez.

Pero afortunadamente el coche aguantó, y dejaron el papelote en un resalto. Muchos años después, un mediodía caluroso Hale volvió a encontrarse con el amigo de aquellos tiempos. Estaba viejo ---los dos debían de estarlo, los años no pasaban en balde--- y solo esbozó una sonrisa para espetarle: ---¿Ves como podría haber pasado?

---Sí, tienes razón.

Aquella mañana Hale había leído la noticia de que un coche arrastrando una caja de cartón se había incendiado en un arcén, y había quedado como un buñuelo chamuscado.

Fueron a visitar a unos cuantos pintores y a ningún escritor. Hale no quería hablar de sus cosas, pensaba que era la mejor higiene mental y el mejor sistema para ver sus creaciones con frialdad. Pero en casa de un pintor joven, uno que tenía maniqués articulados, de tamaño natural, y una carraca, se sentó a escribir en un mesita de juguete, y los maniqués abrieron los ojos de madera

y hasta lograron sonreír, pese a la mueca forzada, sólida, de sus almas de leño, y empezaron a fisgonear y a saltar ocasionando un estrépito de órdago sobre el parqué. El amigo debió de pensar que todo era una tramoya de los entes invisibles, porque un maniquí femenino ---que era como una hembra fetén--- incluso le sacó la lengua. El pintor anfitrión pensó que era cosa de locos y Hale dijo que solo era el poder de la fantasía, que todo lo podía.

---¿Todo?

---Imagina que eres rico.

---Hecho.

---Tú lo has dicho.

---¿Qué?

Capítulo 42

En algún pueblo serrano los entremeses ---a base de chorizos variados--- y el bistec con patatas estuvieron mucho mejor que los cocidos y rabos de toro, y el amigo de Hale movía la cabeza, saboreando su pitanza, como quien dice: «¿Ves cómo la perseverancia tiene su premio?». La moza que le servía era una chorba de campeonato, y para colmo se desvivía por complacerle, como si se hubiera enamorado de él, de modo que parecía que le había tocado el premio gordo. Hale le llenó muchos vasos de vino, y luego le incitó a que se declarara, pero el amigo solo soltaba una risilla tonta, sin mover un músculo, y decía que él no estaba hecho para aquellos trotes. Al final fue la propia moza quien debió de sospechar algo, porque se soltó la melena ---negra y abundante--- y vino a convidarle sonrisa en ristre. Mientras los dos tortolitos conversaban, acaramelados, Hale se fue a pasear bajo los pinos. Los pájaros, los grillos, las cigarras y los gnomos cantaban un cúmulo de canciones al unísono. Cuando regresó a la posada el amigo ya se había prometido con la posadera, de modo que cuando se le pasó la llorona tuvieron que salir por piernas.

La posadera ---no sé cómo--- averiguó su paradero y vino a buscarle al hotel; entonces el amigo la bañó en la bañera, como si de una escena sexy en una película de destape se tratara, y se demoraba muchísimo frotándole la espalda. La cosa es que luego la posadera apareció un día por casa del amigo, donde se instaló prodigando favores culinarios, y permaneció alojada en el estudio del pintor durante mucho tiempo. Quitársela de encima fue lo más peliagudo; el amigo pidió consejo a Hale cantidad de veces, incluso le llamaba a altas horas de la noche para contarle sus penas, hasta que Hale, mosqueado, le espetó: ---Pásasela a otro.

Dicho y hecho, el amigo encontró otro mirlo blanco, aficionado a los entremeses y al filete con patatas, que se quedó con la posadera, y como que era algo poeta, este último pichi le hacía coplas y todo, versos de mucho mérito, como aquellos cantares que dicen: *Quiéreme y no me maltrates*

Quiéreme bien, posadera No digas más disparates No digas que no te quiera
Hale sonrió, recordando los paseos con el amigo por la otra gran ciudad, las tascas y mercadillos, viéndole embobarse ante las estampas antiguas y buscarse el careto en la faz de los espejos deteriorados, que siempre le devolvían el rostro risueño de la posadera. Las mañanas eran frías, pero el sol del mediodía fundía las legañas del vino *sherry* ---y las telarañas de la garganta---, y el amigo se detenía a hablar con imágenes de yeso que debían de ser santos varones, porque le daban palique como si tal cosa.

Apenas había llegado a casa, Hale lo había escrito todo, pero había convertido al amigo en un cura enamorado de la posadera que se desvivía por sus encantos mientras ella, zalamera, se abandonaba a la danza de lo inanimado: la musiquilla de cristal de las lámparas, el rumor del vino bajando por el gaznate, el runrún del viento entre los pinos, el melancólico bostezo de la mañana en la llanura y los redobles de campanas en todas las iglesias, mezclados con las notas de un piano tocado con mano de nieve. Una noche Hale se fue a tomar vinitos al bar de costumbre, donde tenía un compañero de tedios que siempre le esperaba vaso en mano. El hombre tenía los ojillos más pequeños del mundo, de tanto aguardar, insomne, la venida del amor que nunca llegaba ---y que no llegó nunca---, y le hizo una demostración de su elasticidad, puesto que a base de no comer y de beber vino se había quedado en la piel y los huesos y podía arrugarse hasta el infinito. La demostración consistió en que el compañero de hastíos, fastidios y monotonías se contorsionó hasta poner la cabeza sobre el taburete, sin dejar de estar sentado frente a la barra, y entonces exclamó: ---¡Ahora lo he conseguido!

---¿Qué has conseguido?

---Lo que quería mi madre, que sentara la cabeza.

Capítulo 43

Queramos que no, Hale era algo conocido; la fama podía durarle unos cuantos meses, acaso un año, y pensó que se imponía vivir la euforia del momento. Algunas emisoras le pedían entrevistas, y había ristas de *fans* esperando que les firmara un libro en las presentaciones. Porque entonces hubo que hacer presentaciones para promocionarse, y decir las cosas más estúpidas que te venían a la cabeza cuando te preguntaban otro que tal, como por ejemplo: «¿Cuándo empezaste a escribir?», o bien: «¿Habías publicado ya otros libros?». Hale solía decir que empezó un día en el excusado y vio que no lo hacía mal del todo, o que en otra vida ya había sido «un pájaro de mucho cuidado» pero que escribía con mucha dedicación. A veces le preguntaban cosas aún más peregrinas, como que cuál era su ideal de chica, o cómo le gustaban los huevos fritos, y él respondía que los huevos fritos le gustaban inteligentes y las chicas más bien crudas, con lo que quedaba la mar de bien. Lo había aprendido de la película de Richard Lester, con guión de Alun Owen, *A Hard Day's Night*, titulada por aquí como *Qué noche la de aquel día*, donde los Beatles daban siempre respuestas ingeniosas, del tipo: ---¿Cómo se llama tu peinado?

---Arturo.

A veces se llevaba al compañero de tedios, fastidios, y aburrimientos, para que le alegrara los careos con la prensa. Se sentaba en la barra del bar, que era su ubicación idónea, y cuando le preguntaban alguna chorrada señalaba al amigo con el dedo. Entonces el compañero disminuía aún más el tamaño de sus ojillos, a base de sonreír irónicamente, con lo que la cara se le arrugaba muchísimo y Hale imaginaba que se convertía en una vieja y que echaba chispas. A veces contaba más de veinte meteduras de pata, y tenía que llevarse al compañero cogido por los dos únicos pelos que tenía en la cabeza, trenzados en forma de asa, como si fuera un bote de pintura.

---Pregunten algo consistente y no me quebranten más aquí al compañero del alma, compañero.

---¿Cómo se llama el compañero?

---Ramón Sijé.

Uno de aquellos días fue la reoca, porque a Franco se le ocurrió morir después de un mes de agonía, y entonces todo tenía un sentido político, inclusive la salsa de tomate. Si algún libro tenía una frase así como «el largo silencio de la noche» ---incluso si era algo tan místico como «la noche oscura del alma», de San Juan de la Cruz--- había aplausos a rabiar, y la gente coreaba: «Libertad, amnistía y estatuto de autonomía». Y se quemaban los dedos con los mecheros encendidos, y cantaban canciones cambiándoles la letra y hasta la música. Todo el mundo hablaba de la democracia, que era la estructura de la infraestructura y la superestructura de lo transversal, y era además tener el pensamiento abierto y tolerante, dar lugar al diálogo, dejarse de extravagancias autoritarias y experiencias aniquiladoras, elevar a la categoría de normal lo que en la calle ya era normal, como decía Suárez, y abandonarse a la sexualidad permisiva y al destape frenético. Hale, entonces, pasaba revista a su vida y, lo que son las cosas, decía: ---Ahora descubro que soy un demócrata de toda la vida.

---¿Cómo concibe el gobierno?

---Supongo que ya lo concibió su madre.

Los periodistas parpadeaban; había muchas chicas en prácticas de esas que habían leído a Carlos Marx y a Marcuse, de esas que confundían el culo con las témporas, pero que se pirraban por sus excentricidades, de modo que al día siguiente Hale se veía retratado en primera página, con el jersey a rayas, en actitud de «dar el todo por el todo» a base de leer un discurso muy apañado.

QUIERO UN ESTADO REPUBLICANO Y PROGRESISTA ---Yo solo dije que al gobierno lo debió de concebir su madre.

Y al día siguiente leía: QUIERO UNA DEMOCRACIA LAICA Y FEDERAL

---Esta gente no escucha lo que digo.

Un periodista le dijo: ---¿Te molesta que te utilicen?

---¿Qué quieres decir?

El periodista señaló los titulares de primera página y Hale comprendió, se puso pálido y no le llegaba la camisa al cuerpo.

Luego temió lo peor y casi no durmió pensando lo que iba a escribir aquel hombre, pero al día siguiente suspiró aliviado, porque el hombre no escribió

nada, al menos nada tergiversado.

Habría podido ser terrible, porque después de que pasó una larga cola de gente ante el féretro del que pronto sería «el anterior Jefe del Estado», salió don Juan Carlos de Borbón y Borbón vestido de militar y con cara de circunstancias, como si pensara qué hace un chico como yo en un sitio como este, y dijo con la voz impostada: ---En esta hora, cuajada de emoción y de esperanza...

Capítulo 44

En alguna presentación había una abuela que dormitaba en un rincón y que luego, cuando acababa el acto, despertaba y aplaudía a rabiar como si tal cosa. A veces la vieja se quitaba el disfraz y resultaba ser una piba progre, toda vestida de pancartas, y Hale pensaba que debía de tratarse de una activista, porque como él no tenía ni pizca de sentido político, en no siendo la acracia del pasotismo y del «déjame en paz, amor tirano», se imponía llevar gente que diera cierta «trascendencia» a sus charlas. Pero todos los esfuerzos resultaban en vano, porque cuando le preguntaban respondía a la pata la llana, como por ejemplo:

---¿Cuál es su postura al escribir?

---Suelo sentarme en forma de cuatro.

Lo que sí hacía la gente era celebrar sus salidas extemporáneas; el humor era un arma poderosa, rompía todas las tensiones, de modo que Hale echaba siempre mano del ingenio para quitar hierro a las situaciones. A menudo gesticulaba de un modo exagerado, pegaba saltitos, imitaba los andares retorcidos de los simios y hacía verdaderas monerías, de modo que en su fuero interno pensaba que se estaba convirtiendo en un payaso. Lo que había que hacer para ganarse los fréjoles... Pero le gustaba que se rieran; cuando se reían, Hale sentía que el público era maleable, que en un momento dado podría ponerse serio, o romántico, y su voz, sus palabras calarían hasta el fondo del alma. Era como en la naturaleza, tenía que desatarse la tempestad para que luego viniera la calma, incluso la poesía de ciertos momentos prosaicos.

Algunas caras le ayudaban, como si las caras fueran realmente espejos del alma. Había cataduras terribles, que era mejor no mirar, porque tenían el tedio y la desconfianza reflejados en la frente y te descorazonaban, te desinflaban literalmente. Otras fáchas resultaban totalmente indiferentes, ni frío ni calor, ni dulce ni salado; eran las que Hale llamaba «caras de agua», insípidas, pero en algún momento ---cuando se iluminaban con una sonrisa--- refrescantes. Luego

estaban las «caras que hablaban», las que decían un mundo sin pronunciar palabra, las que te animaban y te hacían sentir valioso, capaz de gustar, genial y todo; esas caras, esas sonrisas eran las que Hale buscaba, las que le aliviaban el cansancio, desvanecían el desaliento, las que le daban alas; eran fisonomías guapas ---todos los talantes joviales le parecían hermosos---, y algunas caras hasta eran preciosas y se le antojaban familiares, como si las conociera de toda la vida. Eso fue lo que le ocurrió con Dona ---con la cara de Dona---; de pronto la vio en segunda fila y supo que la conocía de toda la vida, y que la iba a seguir conociendo durante toda la vida; la vio en dos o tres conferencias diferentes, siempre en segunda fila, siempre sonriente, siempre hermosa, siempre dándole el ánimo necesario para conquistar el mundo y ponérselo por montera. La tercera vez incluso se dirigió a ella micrófono en mano: ---Creo que dedicaré el libro a esa chica que sonrío tanto.

Habría podido decir «que me ayuda tanto», o «que me gusta tanto», pero Hale siempre fue parco en palabras ---a veces cruelmente parco---, y le dio solo la mitad del premio. Ella, naturalmente, amplió el tamaño de su sonrisa, que resultó irresistible.

Algún tiempo después volvió a encontrarla, casualmente, en el bar de costumbre, y el barman de siempre le dijo que además era muy inteligente ---lo que sabe un barman, un hombre-barra, según la traducción---, y el compañero de hastíos, monotonías y aburrimientos dijo: «Una chica preciosa, y jovencísima, una monada y, además, un trozo de pan». Hale estaba acompañado por una nube de mozos poco espabilados ---los avisados hacía mucho tiempo que tenían novia---, uno de los cuales era un poco lanzado, y tan machacón que era capaz de enternecer a una estatua de mármol. El porfiado se arrojó sobre el grupito de amigas de Dona ---en seguida le dijeron cómo se llamaba--- y debía de contar unos chistes muy viejos, porque ellas se reían por educación, casi por obligación, y el arrojado se derretía por momentos, era como si se le fundieran las gafas y la dentadura, y la piel se le iba toda en sudor. Cuando ya era un charco pegajoso en el suelo sucio del bar, Hale se acercó con ánimos de echarle un capote y Dona le recibió con aquella sonrisa y aquella cara de inteligencia que además era hermosa y llegaba al fondo del alma.

---¿Nos conocemos?

En seguida se arrepintió de su poca desenvoltura: claro que se conocían, ella era el ángel de las segundas filas, él era el sudoroso, desesperado de los

suplicios públicos. Hale la convidó a salir con él a la calle, dejando al tío-lapa con las amigas ---sus dientes blancos en medio de las baldosas negras--- y se fueron a cenar a un restaurante.

---Creo que me voy a quedar contigo toda la vida.

Capítulo 45

Ahora descubría Hale lo que era el amor: el verdadero amor era Dona. Era estar sentados, durante horas, mirándose a los ojos sonrientes, sin decir palabra; era vivir mucho más allá de las convenciones sociales que hablaban de la necesidad de ganar dinero, formar una familia, cristianizar a los hijos, amar al prójimo, ceder el paso a los ancianos, besar el anillo del obispo, confesar y comulgar con ruedas de molino. Devolver bien por mal, no hablar pestes de los vecinos, respetar a los ricos, querer a tus enemigos, decirles «mátame despacio, que tengo prisa...». El amor era eso y mucho más, y se reducía a un par de palabras: ---Te quiero.

---Yo también.

Una hermosa ---fastuosa--- coincidencia: querer y ser querido. Hablarse sin hablar ---entenderse---, pensar el uno en el otro, el uno para el otro, el uno por el otro, y no cansarse nunca de estar juntos; en lo bueno y en lo malo ---decían---, en la salud y en la enfermedad. Parecían tontos, a qué había que extender certificados de matrimonio y licencias para acostarse, promesas de fidelidad hasta que la muerte nos separe, si el amor era eso, no poder separarse; bastaba con decir «te amo», y seguir amándose mientras durara el amor.

True love never dies[38]...

Aunque en realidad decían «first love[39]», parecía que los Walker Brothers cantaban «true love never dies». Y volvían a cenar juntos en tascas y chiringuitos, mientras el sol se hundía lentamente en el mar de agosto, dejándolo todo amarillo, como una gran balsa de limonada, y luego se la bebían ---se bebían la limonada--- con una misma paja, y recorrían a pie enjuto el fondo, como si fueran dos rezagados de los israelitas de Moisés. Y el mar volvía a crecer, volvía a ser azul, límpido, transparente, y dejaba ver las algas negras entre el fondo blanco, arenoso, y las boquitas de los peces, todas sonrientes, nadando mientras daban palmadas con las aletas. Luego se iban andando a lo largo de la orilla, y el día duraba muchos días ---o al menos eso

les parecía---, y andaban «un paso hoy y otro mañana», como las carretas de Miguel Ángel Asturias en *Leyendas de Guatemala*, y veían caseríos colgantes sobre peñascos abismales, y veredas empedradas por donde aún transitaban caballos de fuego, y ciudades aletargadas en la marisma, y con unas tijeras recortaban el decorado azul del cielo y detrás había una noche muy densa, con una oscuridad que tiznaba las manos, como si fuera hollín, pero toda cuajada de estrellas.

«La felicidad solo es un estado de ánimo».

Eran filósofos y todo; pero la gente iba por libre, y no podía ---ni quería--- meterse en la piel de dos enamorados. Decían que Hale era un antojadizo que no había terminado ninguna carrera y que había tenido la suerte de que un par de libros gustaran, y que como Dona era una niña, su amor no iba a durar dos días.

«Se equivocan; ya llevamos juntos más de cuatro».

A Hale no le importaba mucho lo que dijeran, y al parecer a ella tampoco. Por qué no se pueden hacer las cosas de otra manera hasta que los nuevos métodos ya están superados... En el colegio les auguraban el infierno por un «mal pensamiento» ---imaginar a una chica ligerita de ropa---, y ahora resultaba que las mujeres estaban en *topless* en la playa y uno no tenía ni que imaginarlas. Cómo podía ser que, en pocos años, las cosas fueran a cambiar tanto... Antes Franco era el Salvador de España, y ahora era el Jefe del Estado anterior...

«No creí que existiera otra cosa que Franco...»

Concursos de vecinitas corrientes y molientes haciendo *striptease*, puedo prometer y prometo, *ja sóc aquí*[40], teatrillos de marionetas, cabinas para el voto que recordaban tremendamente los viejos confesionarios, discusiones bizantinas, al pan pan y al vino vino, todas las actrices folklóricas en paños menores, músicas épicas pidiendo libertad sin ira, «silencios de goma oscura y miedos de fina arena»... El antiguo miedo todavía permanecía aferrado a flor de piel, amargando los labios ---«amarga es la verdad»---, y se traducía en silencio; había unos cuantos que parecía que no tenían nada que perder y todos los demás callábamos, porque nos habían acostumbrado a callar, y el silencio podía ser más ensordecedor que las manifestaciones multitudinarias. Teníamos una democracia ye-ye, casi una *Chica ye-ye*, pero Hale pensaba que nada de eso valía para crear y prefería guardar silencio.

Tenía entonces un amigo pintor del amigo pintor que se había «apuntado al

carro del erotismo hispánico», al decir de los críticos, y ese carro ya le gustaba más a Hale. El amigo era un artista, entendiéndose como tal cosa que vivía del arte. Pintaba del natural, respirando naturaleza y elementos atmosféricos por desfavorables que fueran, porque eso daba autenticidad a sus creaciones. Sus cuadros eran perfectos, pero no todos resultaban agradables, en lo que se conocía que no pintaba por comer, sino por pintar. Ponía el sello de su personalidad ---ácida--- y aquel toque sincero daba vida a los cuadros. Un día llamó a dos amigas y se hizo retratar ante el caballete, con cara de póquer, y luego pintaba la foto con toda meticulosidad. Hale entendió en seguida qué era lo del «carro del erotismo». Pero la gente, decía el artista, no lo entendía, decían que aquello estaba tan bien pintado que parecía que se podía tocar, y no veían más allá.

---Ah, ¿pero es que hay más?

El artista fingía no darse cuenta de la pulla y hacía como que tenía una copa invisible en la mano, juntando el dedo índice y el pulgar en ese redondel que a menudo esgrimen los políticos en los discursos, como quien ordeña las ubres de una vaca voladora, y Hale, divertido, llenaba el vaso inexistente. Resultado: el vino se derramaba por los suelos, y corría escaleras abajo, y luego salía a la calle y se transformaba en un río de sangre. Pero todo era ficticio, el arte era inocuo ---para quien no quería apreciarlo--- y los artistas solo servían para ser raros y hacer el vago.

Capítulo 46

La escritora de la papada de ensaimada, amiga de Hale y de su editor, dio una conferencia memorable. Ya tenía muchos años de escritora ---y muchos quilos también--- y Hale la acompañó en el estrado ---aunque su fuerte no era la oratoria---, junto con el editor y otros literatos, entre los que destacaba un poeta vejete que tenía las manos de plata. El poeta y la escritora demostraban gozar de lo que llaman una química espectacular; el hombre era todo sonrisas, se veía que la poesía era su vida; estaba en trance, y si entonces hubiera llegado el fin del mundo ni siquiera se habría enterado; al contraluz de los focos, tal vez por su tremendo calor, el poeta se convertía en un becerro de oro. La escritora, por su parte, parecía estar en su mejor momento, y daba a su voz unas modulaciones y un sonido tan vivo, tan sonoro, que hacía temblar los globos de luz. En un momento dado se abrió el escote, se rasgó la camisa, se trizó la camiseta y se rajó la panza desastrosa, y debajo, envuelta en una lluvia de flores silvestres, apareció la jovencita tímida que la escritora había sido, vestidita de blanco, con los pies descalzos y la melena muy negra. Y embelesó al auditorio con su inocencia y con la pureza de su palabra.

---Este Hale, si me quiere creer, terminará la carrera, que no solo de pan vive el hombre...

Hale torció el gesto, incapaz de borrar la media sonrisa contrariada. Se imponía acabar la carrera. Pero primero hablaron de libros, y el tiempo se detuvo durante un momento que habría podido durar cientos de años, y del cielo oscuro de la noche, más allá de la carpa, cayó una lluvia de estrellas.

Lo malo era que, entre bromas y veras, había pasado el invierno, y con la primavera llegaba la pesadilla de los exámenes finales. Hale quería quitarse de encima la rémora de los estudios, y calculó que haciendo un esfuerzo ---un esfuerzo sobrehumano--- podría pasar las quince asignaturas que le quedaban en los quince últimos días de curso. Entonces le salió al paso un viejo profesor, un hombre cargado de sapiencia y que peinaba canas ---un literato de verdadera valía, por otra parte--- que soltó una risotada al enterarse de su

pretensión ---de la pretensión de Hale--- y al reírse enseñó hasta la rabadilla. Pero Hale no se rio; se limitó a escribir una carta a los Reyes Magos, y la próxima vez que el viejo profesor abrió la boca, ¡clac!, echó la carta al correo, como quien dice, y el pobre hombre estuvo a punto de tragársela. La carta decía: *Queridos Reyes Magos, quiero acabar la licenciatura para hacerme un hombre de provecho junto a Dona.*

No creía en las carreras, ni en los viejos profesores, ni en las escuelas, ni en los hombres de provecho, pero pasaría por todo eso por ver si le dejaban en paz de una puñetera vez.

Durante aquellos quince días, Hale fue un zombi; estudiaba de noche, hacía monografías de madrugada y aun le quedaba tiempo para dar a Dona lo que era de Dona. Se pasó prácticamente quince noches en blanco, y durmió en los asientos del transporte, en la esquinita del banco que le dejaban los demás estudiantes, en los descansos de los exámenes y entre plato y plato de los restaurantes. Pero tenía una especie de seguridad, de confianza en sí mismo que le decía que iba a sacarlo todo adelante, que no podía fallar. Y no falló; puede que incluso escribiera algún lance entre pregunta y pregunta, puede que tuviera alucinaciones del tipo ver a través de las paredes y dar la mano a los espíritus, puede que volara, como quien dice, pero aprobó las quince asignaturas, algunas con buenas notas y todo. Le ayudó mucho la confianza, porque había leído en un tratado de quiromancia que cuanto más iguales son el índice y el pulgar, mejores resultados se obtienen en los exámenes, y los suyos tenían prácticamente la misma longitud. Además, un vecino suyo era cabalista y le leyó a Hale los arcanos de su nombre y le dijo que si firmaba los libros con el nombre de «Víctor Barengo» iba a tener un éxito apoteósico, porque los nombres que empezaban por «Vi» conquistaban la popularidad y los que empezaban por «Ba» generaban verdaderas fortunas.

---Pero ¿y los exámenes? ¿Voy a aprobar los exámenes?

---Este año será muy bueno.

---Esto ya lo sabía... ¿Voy a casarme?

---Veo una mujer y veo hijos.

Hale le miró con detenimiento; tenía los ojos cerrados y los pelos ---los pocos que le quedaban--- llovidos sobre la frente. Cuando decía cosas buenas esbozaba una sonrisa, sin abrir los ojos, y cuando algo iba a ser malo ponía una cara horrible, como si estuviera viendo al demonio. Hale vio ---o imaginó--- cómo le salían cuernos en la frente, y cómo al abrir la boca

exhalaba una bocanada de fuego que a punto estuvo de quemarle las pestañas. Se cubrió el rostro con las manos y dijo: ---No preguntes más, no preguntes más...

Pero Hale no preguntaba nada.

Necesitó medio verano para reponerse. Al principio soñaba que se pasaba la noche escribiendo a máquina, de modo que se levantaba tremendamente cansado, con todas las bisagras llenas de herrumbre y con los miembros dormidos de puro sueño atrasado. Pero tenía el amor de Dona, que era un bálsamo mágico, una brisa salada junto al mar de su boca, un oasis de sombra con un sol ---dos soles--- que eran sus ojos enormes en mitad del azul del cielo. Paseaban cogidos de la mano, se besaban en las esquinas, retozaban en la orilla y el mar les lamía los pies con su ir y venir pertinaz, dejándolos tintados de azul. La que no cabía en sí de gozo era su madre ---la madre de Hale---, reía y lloraba, y no cesaba de repetir lo contento que se habría puesto su padre. Su padre, por cierto, era uno de esos seres transparentes en los que creía el amigo viajero de Hale, el devorador de bistec con patatas. Caminaba sobre el mar, con su vieja sonrisa apacible y resignada, sabedor ya de todas las cosas y satisfecho con su hijo, en quien en el fondo nunca había dejado de creer.

Capítulo 47

Ahora Hale era requerido en todos los actos culturales de la ciudad. Le hacían jurado de todos los premios, ya fueran de literatura, pintura o música --inclusive de los concursos de salsa mayonesa y de los certámenes de Miss Fotogenia. Fue así como conoció a su *father-in-law*[41], en una reunión de enteradillos que arreglaban esta parte del mundo. Acudió con el pintor amigo del pintor, que gozaba de una fama deslumbrante, porque pintaba «cosas que se podían ver y tocar». El pintor amigo del pintor ya se sabía la lección, y pontificaba sobre cualquier asunto, a base de soltar cuatro medias verdades y dejar al respetable confundido y boquiabierto ---patidifuso. Pero aquel hombre ---el *father-in-law*--- le causó a Hale una profunda impresión. Hablaba por los descosidos, cosa que Hale procuraba evitar, pero además gesticulaba tanto, y de manera tan nerviosa, que parecía que iba a hacerse un lío con sus propios brazos; otra cosa curiosa: daba trato mayestático al pintor amigo del pintor y también a Hale, como si fueran sus majestades los artistas, o dos de los tres mosqueteros. Cuando acabó la reunión, Hale le vio marcharse en una Vespa, y parecía tan distraído, todavía hablando consigo mismo, que corría peligro de meterse en el callejón de las sombras y salir a la otra cara de la realidad.

---¿Quién es ese tipo tan raro?

---*My dear, he's your father-in-law*[42].

Hale creía que se trataba de una broma, pero cuando al fin entró en casa de Dona, sentado en una butaca, fumando como un carretero, se encontró al tipo de la Vespa, y entonces supo que el destino depara siempre estas jugarretas, y que no hay que decir de esta agua no beberé, y que el cántaro va tantas veces a la fuente que al final se rompe, y que de aquellos polvos estos lodos. Estuvo muy comedido; no indagó si tenía un empleo estable, ni le preguntó cuál era su color político ---que no lo tenía---, ni si pensaba casarse pasando por la vicaría ---que no se había detenido a pensarlo---; le trató con guante de seda. Pero esas cosas eran las que llenaban el mundo, y el mundo le tenía atrapado y

él se vengaba fumando, perorando y abandonándose a sus entretenimientos. Ciertamente tenían en común el amor por su hija ---a la que el *father*[43] idolatraba---, así como la afición a la música, pero él prefería la música clásica, y la ponía muy bajito.

«Habría que hacer de tripas corazón».

Poner cara de ciudadano ejemplar, no decir: «Vaya mierda de poesías», decir que la cosecha de aquel año no estaba mal del todo; no decir: «Menuda porquería de cuadros alimenticios», decir que había algunos pintores que tenían mucho oficio; no comentar, acerca de Miss Fotogenia: «Tiene un buen polvo», dejar caer que había alguna señorita muy distinguida. Pasarse la vida disfrazado de eufemismo, renunciar a ser libre, fingir que la política le preocupaba ---cuando en realidad se la refanfinflaba---, casarse por la Iglesia, a pesar de que ya se consideraba casado con Dona, por el mero hecho de amarla, sin papeles, sin licencias para amar.

«Voy a tener que callar mucho, porque calladito estoy más guapo».

También podía escribir un libro, porque en los libros quedaba bien hablar claro, con cierto tono poético-pasota; pero uno no podía ir por ahí soltando verdades como puños; nadie era tan sincero, nadie podía admitir tanta franqueza. Hale lo había comprobado estando borracho, porque entonces hablaba por los codos, y todo lo que decía le salía del alma, de modo que de ser modosito ---prudente--- pasaba a ser un ogro insoportable. No era posible gritarle a la gente sus defectos, echárselos en cara con sarcasmo: nadie veía la viga en el ojo propio, todos veían la paja en el ajeno. Y cuando Hale bebía tenía tendencia a ver muchos capullos.

«Si los capullos volaran nunca veríamos el sol».

Años atrás, un tío de Hale le había regalado un libro que se titulaba *Hace falta un muchacho*, de Arturo Cuyás. Era una porquería de libro, de lo más carca, pero Hale siempre se había preguntado qué hacía falta para ser un hombre en ciernes. Seguramente tenía que gustarte el fútbol, tenías que «castigar» a las chicas, tenías que ser piadoso, beber con mesura y decir muy pocas palabrotas, las justas. Tener un trozo de jardín y cultivar patatas y tomates debía de ser algo que ayudaba a ser hombre, y a lo mejor incluso criar unos cuantos conejos en cajones con alambres. Ir a pescar los domingos y fiestas de guardar, tener una mujer cariñosa ---mejor si era un poco entrometida. Hacer el amor a oscuras, no nombrar jamás el nombre del sexo en vano. Tener pocas cosas dentro de la cabeza, a lo mejor incluso era mejor no

tener cabeza.

Difícil oficio el oficio de hombre; difícil cometido el de aquel otro libro de Gonzalo Torrente Ballester, *Aprendiz de hombre*. Hacerse un hombre era una tarea prácticamente imposible. En el libro de Torrente había cuadros de Goya, un pintor que había conseguido decir la verdad desnuda, pero ¿lo conseguiría Hale? Había también fragmentos de poesía que Hale se había aprendido de memoria; aún recordaba muchos de los versos que Calderón ponía en boca del príncipe Segismundo en *La vida es sueño*. Pero la vida no era sueño, la vida era... apechugar con todo.

Capítulo 48

Un día, paseando por la ciudad con el editor, les salió al paso un erudito de tres al cuarto, que por añadidura se las daba de zalamero y caballeroso. Salió de la tienda nada más verles y les persiguió por un laberinto de callejas con un papelito escrito, donde al parecer se contenía la medida de todas las cosas. Hale ya dominaba entonces muchos de los resortes de la sociedad en que se movía, había aprendido a sortear los escollos de la miseria intelectual, y por supuesto no hacía maldito caso de ningún erudito disfrazado. Intentó perderlo por la maraña de callejones del centro, que los turistas encontraban la mar de típicos; solicitó el concurso de los amigos del pintor devorador de bistec con patatas, esos espíritus con un poder inmenso que les auparon en la palma de la mano y les dieron alas, protegiéndoles con una cortina de aire; pero el erudito les perseguía igual, papelito en ristre y melena despeinada, inasequible al desaliento. Llevaba un traje oscuro con unas rayas finísimas --- como si viniera de una boda--- y corbata con un brillante. Al fin, les alcanzó en una esquina donde el tiempo se remansaba ---era un edificio antiquísimo---, y con una sonrisa de oreja a oreja les convidó a merendar en su casa, no sin antes confiarles el secreto de su clarividencia, el papelito que decía: *La sinrazón es la causa primera de la isoglosa.*

El editor silbó ---un Si bemol--- como si acabara de nacer. Luego sonreía bobamente, sin saber qué decir.

---Falta la infraestructura.

---¿Qué?

---La razón de la sinrazón es la infraestructura del problema.

---Ah...

Naturalmente el erudito caballeroso ---y por añadidura rico--- no sabía si Hale se burlaba o no, pero yo creo que estaba muy claro.

Pasó el *father-in-law* y Hale se subió detrás de la Vespa. Por allí, torciendo por la plazuela, se llegaba al fin del mundo; pero era un lugar fresco en verano, con una sombra nutritiva y con un silencio que regalaba los oídos.

Al final de la plaza había una playa, cuyas olas rompían sin fin, musitando una canción de cuna. Eran aguas azules ante las piedras ocres de las fachadas, pero un poquito más abajo estaba la noche impenetrable, esa cuya oscuridad tiznaba las manos como si fuera hollín.

---Vanidad de vanidades, todo es vanidad.

Hale vislumbró la verdad: la oscuridad llena de tiña era la muerte, franqueada por la playa de la vida, siempre renovándose en el arrullo de las olas, muy cerca de los vertederos de la ciudad. Por la tarde lo comprendió mejor, porque acudieron a la cita del señor erudito, y su mujer ---se conoce que para estar a su altura--- tomaba lecciones de piano, de violín, de canto, de dibujo, de narrativa y de equitación. Vieron salir a un viejo músico dándose de palmetazos en la calva, como quien dice «qué he hecho yo para merecer esto», y también se iba un profesor de dibujo y pintor de algún mérito que parecía haber perdido el habla de puro desconcierto.

---Yo que ustedes no entraría...

Pero ---incrédulos--- quisieron ver y poner el dedo en la llaga. Una criadita con una cofia ---y un uniforme--- les sirvió queso recio, embutido del país, pan de payés y vino tinto, pero estuvieron a punto de atragantarse mientras la señora cantaba su repertorio, perdiendo todas las notas altas y quedándose en una monotonía que daba pena. Era autora de un montón de canciones, y además le habían admitido una novela entre las trescientas que optaban al Premio Planeta, y para colmo tenía pintados una serie de cuadros con la playa del fin del mundo muy bien pintada.

---Señora...

No pudieron terminar la frase del erudito; nadie habría podido, porque no había nada que terminar, y porque en aquel momento el susodicho apareció sobre la franja azul del horizonte, montando al pelo un hermoso caballo negro, más orgulloso que su amo, que trotaba trizando con sus cascos el cristal del mar y añadiéndole espuma con su abundante secreción salival. No se sabía quién tenía la cabeza más mayestática, si el hombre o el animal.

---Es mi marido, parece Zeus a caballo, a que sí...

---Debería dejarse melena.

El editor opinó que la creatividad de Hale podría secarse en aquel mundo estrecho, donde todo tenía un color muy particular, pero él seguía empeñado en no marcharse a la gran ciudad. Continuaría trabajando en la distancia, haciéndose un «hombre de verdad», sacando lo mejor de sí en sus escritos y

haciendo presentaciones cuando tuviera que hacerlas.

---Pierdes el tiempo...

Era probable que el editor tuviera razón, pero él era así de raro ---y de terco--- y tenía que obrar al revés de todo el mundo. Dijo al erudito que lo que hacía su mujer era una mierda ---no pudo evitar ser sincero--- y que si se moría que por favor no le pusieran su frase lapidaria sobre la tumba, que solo pusieran: «Abur». Creyó que aquel hombre engallado, con aquella mujer maestra de nada, iban a ponerle verde, pero fueron muy finos y callaron sin rechistar. Incluso ejercieron su influencia para que entrara de profesor en un instituto de enseñanza media, porque entonces aun iban así las cosas, por mucha valía que uno tuviera, todavía necesitaba influencias. La noche anterior a la primera clase Hale durmió realmente mal, pero no porque le asustaran las aulas, sino porque se asustaba a sí mismo: era un escritor «exitoso», tenía novia, *father-in-law* y hasta empleo fijo: a lo mejor eso significaba que ya era todo un hombre.

Capítulo 49

Era el principio del fin, un fin que podía prolongarse muchos años, pero que igual iba a resultar inamovible. Todo estaba atado y bien atado; Hale pensó que ejercería de profesor ---«maestro», le llamaban los alumnos--- durante uno o dos años, a lo sumo tres o cuatro; luego ya sería demasiado famoso para tener que enseñar al que no sabe. Pero también en eso podía equivocarse y terminar como en los partidos de fútbol «pidiendo la hora» ---la hora de la jubilación. Pero para eso faltaba una eternidad, pese a que ya se había puesto el traje de persona «respetable», con un cierto «prestigio», un empleo fijo y un estado civil que algunos hoteles aún se empeñaban en exigir: casado. Hale ya no era un *Aprendiz de hombre*, era un hombre hecho y derecho. Lo supo uno de aquellos días, cuando un alumno le preguntó si era del Barça o del Madrid. Estuvo a punto de contestarle que el fútbol se la traía floja, pero se contuvo a tiempo.

---El fútbol no es más que un negocio.

Pero era un profesor atípico; le gustaba estar con los alumnos, eso era lo bueno, pero no era amante de la disciplina y creía más en el propio afán de superación y en lo autodidáctico ---*self-education*--- que en la escuela. No dejaba de sorprenderse cuando a los alumnos desaplicados o poco dotados se les daba todo tipo de facilidades, desde clases de repaso hasta paños calientes, pero a los mejor dotados se les exigía el ritmo lento de los lerdos, con lo que acababan aburriéndose de solemnidad. Pero era tarde para reformar el mundo, y tampoco le habrían hecho mucho caso, porque la gran masa incompetente era un ejército frente a la minoría enterada. Nada podía un hombre solo contra el pelotón de las «medianías». Lo mejor fue aquella vez que a una compañera que llegaba medio dormida a primera hora le preguntaron si llevaba las medias, y ella se miró *ipso facto* las piernas y dijo que sí, pero lo que le preguntaban era si traía las notas medias. Lo importante era eso, mantenerse dentro de la media ---*the average*---, el promedio, el montón, el juicioso, razonable «término medio». Una cartera, los *donuts*, ropa

discreta, equivocaciones perdonables ---fallos humanos---, no ser demasiado duro ---*Be not too hard*[44]---, no ser demasiado listo y santificar las fiestas. Qué gran muchacho habría podido ser Hale con solo que cediera un poquito, siempre un poquito más; llevar el pelo corto, afeitarse la barba ---un compañero algo mayor le preguntó si dormía con la barba dentro o fuera del embozo---, dejar de mascullar inglés, no decir «tío» ni «tía», dejar de escuchar canciones en inglés, amar al padre y a la madre y al prójimo como a ti mismo... Ah, y dejar de ser sarcástico, no ser ni siquiera irónico; el director le llamó aparte y le dijo que esto y lo otro y lo de más allá...

---Señor Febres, usted ya me entiende.

Pero Hale no entendía nada. Solo una cosa, había que callar, se imponía la ley del silencio. El director era bajito y fiero, como Napoleón Bonaparte; bien mirado, si aquel hombre se hubiera metido a político, habría podido conquistar medio mundo.

---Ah, y deje usted de poner canciones en clase.

Culpable. Ya antes de nacer somos culpables del pecado original, y de los yerros de nuestros mayores, y de los derroteros por los que transcurre la historia y de la sociedad en que vivimos. Hale era culpable de amar a Dona, de aceptar las «medias» ---las medias verdades y los logros a medias de la cultura media para las clases medias. Y sin embargo, uno de aquellos días, en sesión de claustro, el director hizo constar su felicitación a Mark Hale por haber obtenido un premio literario. Hale se fijó otra vez en Napoleón; seguía siendo bajito, pero parecía más alto que todos los demás, y no es que estuviera sentado sobre cojines, es que flotaba en su asiento a un palmo del suelo, y tenía esa aureola que les ponen a los santos, esa que el amigo pintor aficionado a los bistec con patatas decía que le permitía viajar de noche por los siete mares y uno más. Hale se rio por lo bajo, incluso soltó «media» risotada; todos pensaron que era de satisfacción, pero acababa de figurarse al director cubierto con un paño morado como el que les ponían a los santos por Cuaresma, y luego a todos los profesores carialegres ---incluso los que solo se mostraban comedidos por educación--- cubiertos con paños oscuros, como los que ponía Magritte a los rostros de sus cuadros. Una galería de santos, o de cuerpos sin rostro, surrealistas.

Pero el mundo era muy real, y un día no muy lejano Hale y Dona acabaron aceptando los términos del casamiento, tal y como se los planteaban. Hubo pocos invitados ---fue algo estrictamente íntimo--- y un cura muy moderno que

habló sobre el gozo de escribir para Dios, mientras Hale movía, pesaroso, la cabeza, con los ojos bajos. Pensó: «Nunca digas de esta agua no beberé, ni este cura no es mi padre».

Cuando el celebrante se acercó con la hostia de la comunión, Hale miró a su madre, ahogada en llanto, abrió la boca y dijo:

---Amén.

Fin.

Si te ha gustado Hormigas en los pantalones te recomendamos comenzar a leer
Besos a una mentirosa de *Francine J. C.*



Capítulo 1

Dejo la mirada perdida en el horizonte, donde la línea del Mediterráneo y el cielo se juntan. Esto es lo único que voy a echar de menos de este lugar: el

mar. Todo lo demás me importa un comino. Dicen que esta ciudad es preciosa con todos sus monumentos romanos, museos, sus playas y su fantástico clima. Pues a mí me aburre. Estoy cansada de ella, de su gente y, sobre todo, de mi familia. Se me queda pequeña. Necesito perderme entre mareas de personas desconocidas, donde sus caras me resulten irreconocibles. Que todo a mi alrededor sea nuevo y desaparecer por avenidas interminables.

Y en casa... ya no aguanto el acoso al que me someten mis padres. No me dejan hacer nada, ¡todo les parece mal! Siempre me dicen lo que tengo que hacer, con quién les gustaría que me relacionara, qué debo ponerme... Tengo veintiséis años y, si fuera por ellos, aún me peinarían con coletas y vestirían de color rosa. No respetan mi opinión y echan por tierra cualquier proyecto que quiero emprender. No puedo más. Si quiero vivir mi propia vida, debo marcharme y crear una nueva yo. Vamos, que me he escapado sin que se enteren.

Esta misma mañana ni siquiera sabía que tomaría una decisión tan drástica. Me levanté como cada día sin ningún objetivo y, cuando me quise dar cuenta, estaba paseando sin rumbo por la ciudad. No aguanto las peroratas de mi madre y mi abuela nada más levantarme, cualquier sitio es mejor que quedarme en casa escuchándolas. No prestaba atención a nada hasta que oí a unas chicas reír al salir de un salón de estética. Llevaban el pelo de colores: una azul y la otra rosa. Se las veía tan felices que envidié su alegría. Pensé en lo mucho que me gustaría poder sentirme como ellas, aunque solo sea un poco. Y sí, tuve la estupenda idea de entrar para teñirme. No soy tan atrevida como para ponerme todo el cabello de un tono tan llamativo, pero un mechón... Pedí que me colorearan una pequeña porción de pelo de detrás de mi oreja. Sé que no parece gran cosa, sin embargo, para mí fue como tomar la decisión de raparme la cabeza al cero. Me hizo sentir eufórica. Hasta que llegué a casa, claro. Intenté ocultarlo, pero fue imposible que no vieran el rosa brillante que destacaba de entre mi oscura melena castaña. Mi madre se puso histérica, tratándome de loca y descabellada. Justo en ese momento tomé la decisión de irme.

Como cada viernes, mi madre se iría al salón de belleza y mi padre la recogería después para irse juntos al bingo con los amigos. No volverían muy tarde, pero tendría el tiempo suficiente para hacer mis maletas y huir sin levantar sospechas.

Y aquí estoy yo en el andén de la estación, con dos maletas, una mochila,

dos bolsos y solo dos manos, esperando al tren con rumbo a Madrid.

Cuando me quiero dar cuenta, ya estoy acomodada en mi asiento y con los nervios apoderándose de mi estómago. Esto va en serio, en pocas horas estaré en la capital de España empezando una nueva vida.

Con la excitación del momento, el teléfono ha empezado a sonar y me ha sobresaltado tanto que he soltado un pequeño grito y me he puesto en pie, ante las miradas de asombro de los demás pasajeros.

---Perdón ---me disculpo con las personas que me observan extrañadas---. El móvil me ha asustado. ---La gente empieza a negar con la cabeza para luego ignorarme---. ¡Laura! ¿Vas a poder venir a recogerme? ---contesto la llamada.

---Sí, Gina, allí estaré ---responde con voz cansina, aunque termina soltando una risilla.

---No sabes cuánto agradezco tu ayuda. No seré una carga para ti, lo prometo.

---Tranquila, lo sé. ---La oigo resoplar---. ¿Estás segura de que quieres hacer esto?

---No he estado más segura de algo en toda mi vida ---le garantizo. Me aterrera la idea de que ahora cambie de opinión y me vea sola al llegar---. Mientras no encuentre trabajo, no tendrás que preocuparte de la casa; yo limpiaré, sacaré la basura, cocinaré...

---¡Ah, no! Eso sí que no. No quiero morir envenenada, guapa. ---Suelta una carcajada---. Una mano con la casa no me vendrá mal, pero no pienso comer nada de lo que tú cocines. Ya lo hice una vez y no pienso repetir la experiencia. Aún me duele la tripa solo con acordarme.

---Eres una exagerada ---le reprocho, aunque también me río entre dientes al recordar la indigestión que le provoqué. De pronto se me corta la risa al pensar en la opción de que ahora ella pueda tener pareja. ---Laura, ¿tienes novio?

---¿Y me lo preguntas así, a bocajarro? ---Se carcajea---. No, Gina. Estoy más sola que la una.

---¡Bien! Cuánto me alegro.

---Pero bueno... ---se queja mi amiga.

---No te lo tomes a mal, es solo que me alegra el saber que no te voy a cortar el rollo con ningún tío.

---Pues no tienes por qué preocuparte. Desde que lo dejé con Marcos, no he vuelto salir con ningún chico. Y tú ¿qué me cuentas? ¿Dejas a algún pobre

hombre lloriqueando por las esquinas?

---Nada serio. Ya sabes que voy de flor en flor, probando, pero sin quedarme con nadie.

---Ya entiendo... ¡Lo que quieres decir es que no hay Dios quien te aguante!
---. Ríe con ganas.

---Básicamente, sí. ---Me uno a sus risas---. Mira, te voy a tener que dejar. El tren va a empezar a pasar por túneles y se va a cortar la comunicación. Cuando falte poco para llegar, te vuelvo a llamar.

---Está bien, Gina. Nos vemos luego.

---Lo estoy deseando. ¡Hasta pronto!

Antes de meter el teléfono en el bolsillo, conecto los auriculares y pongo un poco de música para que me ayude a entretenerme y no acordarme de lo que estoy haciendo. Sé que parece ridículo que una chica de mi edad tenga miedo de irse de casa, pero es que no he tenido opción. Mis padres se han dedicado a programarme la vida desde que se enteraron de que había consumido un poco de cannabis. ¡La que montaron! Tenía diecisiete años, estaba en una fiesta con unas amigas del instituto, cuando a alguien se le ocurrió la genial idea de pasarme un porro. Di tres caladas seguidas, porque Adri, el malote y guapo de la pandilla, me estaba mirando y quise aparentar que tenía mucha experiencia en el tema. Lo que pasó después apenas lo recuerdo. Me contaron que me puse a reír como una loca y a beberme hasta el agua de los floreros. Tuvieron que avisar a mis padres para que vinieran a recogerme. Cuando llegaron tenía la cabeza metida en el váter y lloraba amargamente, vete tú a saber por qué. Pasé la noche en urgencias. Después de este suceso comenzó mi infierno. Empezaron las prohibiciones, los interrogatorios, la hora de llegada restringida y, lo peor de todo, los médicos. Me obligaban a ir al psicólogo dos veces en semana y me analizaban la orina cada quince días. Pasé de ser una excelente estudiante a abandonarlo todo. Ya no me importaba nada. Lo que sí consiguieron es que me volviera dependiente de ellos, porque ni terminaba los estudios ni trabajaba. Empecé infinidad de cursos y no aprobé ninguno. En la vida laboral, más de lo mismo. La mayoría de las entrevistas no las superaba debido a mi escasísimo currículum. Solo he trabajado como azafata en algunos eventos; no tenía más que sonreír y aguantar todo el día de pie sobre unos zapatos de tacón. Aunque ya hace muchos meses que no han vuelto a llamarme. Así que aquí estoy yo, rompiendo con todo y buscado una alternativa a mi ineficaz existencia. Puede que de un modo un poco cobarde, al no enfrentarme

a mi familia, pero es que la valentía no es lo mío.

Con el estómago revuelto por la incertidumbre y el temor recorriéndome las venas, me arrellano en mi asiento e intento dormir un rato.

**¿Cómo dar rienda suelta a las ansias de amor y de «conocimiento carnal»
tras la dura represión de la postguerra?**

Cubierta

El protagonista ---a lo mejor tendríamos que decir

con mayor propiedad «los protagonistas» puesto que de algún modo se trata de toda una generación--- de esta novela tienen, literalmente, «hormigas en los pantalones» No en el sentido de inquietud que se da a la expresión en el inglés de América, ants in their pants, o tal vez no solo en ese sentido, puesto que los jóvenes de los años sesenta, los que vivieron la primera llegada de turistas, sentían la inquietud anímica de ver abrirse ante ellos un mundo nuevo ---algo que la gente llamaba Democracia--- y el ansia puramente sexual de descubrir la carne del sexo opuesto libre de los gravámenes de la penitencia religiosa en que fueron criados. Resultado: ¿quién sabe? A lo mejor tendríamos que buscar las consecuencias en la relajación de los tiempos posteriores.

Pero los jóvenes de los años sesenta y primeros setenta ---y Mark Hale, el protagonista, entre ellos--- podrían calificarse muy bien de «nuevos románticos». Todos ellos, después de las veleidades de la primera juventud, encontraron el amor romántico y fundaron familias tan estables como lo habían sido las de sus progenitores. Tal vez incluso más sinceras, porque habían conocido de cerca la tentación de lo prohibido.

Esta novela rehúye regodearse en lo sexual, lo trata con gran finura literaria y con un vocabulario muy adecuado a la época que describe; intenta retratar un trozo de vida en el que también inciden las fantasías, pero como dirían los jóvenes de entonces, y a lo mejor incluso los de ahora, «sin pasarse».

Lo que queda asegurado es el buen sabor de boca que dejará a los amantes de la lectura.

Agatha Allen se confiesa enamorada de Venecia y de París, pero ha viajado por España, Europa y América. Digamos que es una verdadera trotamundos. Se ha dedicado a la pintura y ha expuesto en París y en Nueva York, pero también en Madrid y Barcelona. De muy joven sintió la llamada de las letras y se convirtió en una lectora pertinaz. Le gustan las novelas imaginativas y las que seducen con el lenguaje. Reconoce asimismo que le encantan las narraciones clásicas de aventuras con una buena dosis de romanticismo.

Edición en formato digital: marzo de 2019

© 2019, Agatha Allen

© 2019, , S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-91-3

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

me**gustaleer**

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

NOTAS

[1] FEN (Formación del espíritu nacional) era el nombre de una asignatura obligatoria en el bachillerato español durante el franquismo. Era una de las popularmente conocidas como «las tres marías» (Religión, Gimnasia y FEN).

[2] Tenemos que irnos de aquí, aunque sea lo último que hagamos.

[3] ¿Quieres beber?

[4] Beber, ¿comprendes?

[5] ¿Puedo invitarte?

[6] Vale.

[7] Sencillos.

[8] Gira, gira, gira.

[9] Un tiempo para la vida, un tiempo para la muerte/ un tiempo para el amor, un tiempo para el odio.

[10] ¿Bailar?

[11] Soy virgen.

[12] Tienes un padre encantador.

[13] Te echo de menos.

[14] ¡Putá!

[15] *Llora conmigo.*

[16] A muchas millas de distancia.

[17] Dieciséis jueces.

[18] Nueva canción.

[19] Vestida para matar (muy elegante).

[20] *Cantando bajo la lluvia.*

[21] *Ya es hora, nena.*

[22] Al *ast*: preparación típica de la gastronomía catalana, consistente en asar el pollo insertado en un espetón giratorio.

[23] *Terminó todo, muchacha triste.*

[24] Mucha pimienta.

[25] Quiero la cabeza de Juan el Bautista.

[26] Te quiero.

- [27] Tocamos en una caverna, como los Beatles.
- [28] Asegúrate de llevar algunas flores en tu pelo.
- [29] Felices los pocos privilegiados.
- [30] *A mi chica solo le importo yo.*
- [31] Caerá una lluvia implacable.
- [32] De vuelta en la URSS, no sabes lo afortunado que eres.
- [33] *A algunos les gusta caliente (Con faldas y a lo loco, en España).*
- [34] He terminado con el amor.
- [35] Ha estado trabajando como un esclavo toda su vida.
- [36] Todo el mundo se dejó el pelo suelto (con el sentido de relajarse, de desestructurarse).
- [37] Soy mucho más rico con una mente satisfecha.
- [38] El verdadero amor nunca muere.
- [39] El primer amor.
- [40] Ya estoy aquí.
- [41] Suegro.
- [42] Querido, él es tu suegro.
- [43] Padre.
- [44] No seas demasiado duro.

Índice

Hormigas en los pantalones

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Agatha Allen
Créditos
Notas